Josep Pla

Viaje a pie

Josep Pla se recluyó en su masía gerundense de Llofriú una vez terminada la Guerra Civil Española. Allí se consagró a escribir sus mejores páginas y al ejercicio del periodismo literario. Compaginó dichas actividades con numerosas excursiones cortas por los pueblos y campos del Ampurdán que, a su vez, nutrieron sus escritos. El reencuentro con las gentes de su tierra natal le permitió recopilar jugosas anécdotas y le suscitó personalísimas reflexiones sobre la vida rural en contraposición a la urbana. En 1949, reunió todo ello en *Viaje a pie*, amenísimo y divertido fresco de las circunstancias y costumbres ampurdanesas. La expresiva naturaleza de sus páginas transciende dicho ámbito hasta convertirse en un magistral reflejo de la condición humana.

Josep Pla

Viaje a pie

ePub r1.0
Titivillus 10-05-2023

Título original: *Viaje a pie*
Josep Pla, 1949

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

INVITACIÓN AL VIAJE

A esos muchachos tan simpáticos que encontrándose en el umbral de la puerta de la vida se sienten poseídos del noble impulso de la ambición personal y —yo supongo— del archinoble impulso de la ambición de servir, y preguntan: «¿Qué hemos de hacer? ¿Podría usted tener la amabilidad de darnos una orientación y decirnos lo que podríamos hacer?», yo les aconsejaría un viaje a pie.

Ante todo, un corto viaje a pie por una de nuestras comarcas, por ejemplo, a través de mi país, del Bajo Ampurdán, a base de un itinerario que comprendiera un número de poblaciones muy pequeñas —un número de poblaciones payesas que no pasaran de quinientos habitantes—. Les propondría que pasaran de una a otra población, no por los caminos reales y las carreteras del orden que fueren, sino a través de los caminos vecinales, los atajos y las veredas. Ello les permitiría detenerse en las masías, en las casas de labor, ver el maravilloso paisaje que cada año construyen nuestros payeses. Desde el punto de vista de nuestra estructuración social, nuestras masías son importantísimas: de ellas ha salido, sale y continuará saliendo la mejor sangre del país, su fuerza humana básica, perennemente activa, positiva y ascendente.

Su viaje debería tener un objeto: informarse, enterarse de lo que es el país, de cómo vive en él la gente, empaparse de la manera de ser básica, inalienable, insoluble, del material humano. Sería —lo digo de antemano— un poco difícil de resistir y no solo por las incomodidades que se irían encontrando, que eso no sería nada, sino por la cantidad y la calidad de la información que al paso iría saliendo —que sería brava, desapacible, complicada, a veces de una profundidad insondable—. Es muy posible que pocos la resistieran, a pesar de que la primera vuelta no debería durar más de quince días. Quienes demostraran resistencia podrían luego emprender un viaje de un mes o mes y medio, siempre a pie y pasando por poblaciones del tamaño ya dicho. En definitiva, no

creo que se perdiera nada y desde luego se ganaría el tiempo. Sumergidas en las ruinas de los pueblos, a pesar del saqueo de que han sido objeto, siempre es posible encontrar una u otra cosa bella. Y además está el paisaje, la variedad inmensa de nuestro paisaje, que es una auténtica maravilla.

—Pero en tales pueblos —dirán esos muchachos—, ¿hay algo que hacer?

Como hacer, hay realmente poca cosa. Hay dos cosas, sin embargo, muy interesantes: pasear y hablar con la gente. Los pueblos pequeños viven en un estado de abandono inenarrable, insondable, abrumador. Por ellos pasan los decenios, los siglos y están como el primer día. Atraviesan momentos de pobreza y momentos de prosperidad —ahora estamos en uno de estos momentos— y las cosas permanecen siempre igual: la misma suciedad, el mismo abandono, idéntico gusto por vivir en una decrepitud desagradable y siniestra. Esos pueblos tienen, desde el punto de vista material, un aspecto tan desapacible como desde todos los puntos de vista.

Este país nuestro no tiene aseada más que la cabeza —¡y aún!—. Lo demás es como otro mundo al que no llega el menor interés, ni la más vaga iniciativa, ni la menor aportación del dinero colectivo. En esos pueblos impera la insolidaridad más profunda. A mi entender, esa insolidaridad ha aumentado, en los últimos años, en términos considerables. No puede esperarse hoy que nazca, del interior de ellos, la menor empresa de carácter colectivo. En la atonía, en la pesadez de su aire, la historia es un mero resbalar del tiempo sobre las viejas piedras, sobre los ladrillos nuevos.

Yo no sé si el estado y situación de nuestros pueblos provocarán algún día la formación de algún interés general de sentido renovador, amable, positivo. Lo que sí sé es que nuestros pueblos deberían ser arreglados de buen grado y si ello no fuera posible, por una imposición contundente. Dar a los pueblos un mínimo de sentido colectivo, primero en forma de las exigencias mínimas de la higiene y de la limpieza; luego en forma de urbanismo, al objeto de que vivir en ellos no sea una maldición y una tragedia. Lograr que en verano no haya en las calles tanto polvo y tantas moscas y tanta porquería; que en invierno no se convirtiera todo en un barrizal —un barrizal de cuadra mezclado con un barrizal de lluvia—. La creación de un sistema de algunos, pocos, intereses materiales y concretos, podría ser el principio, quizá, de la

aparición, en un plano general, de intereses más elevados —la iglesia, la administración, las escuelas, las comunicaciones, etc.

—. Y así, con el tiempo —desde luego con el tiempo—, podría llegar quizás a ser posible tener en los pueblos pequeños una conversación con alguien, una conversación que sobrepasara las feroces ambiciones particulares, los crudos intereses familiares y enfocara asuntos más genéricos. Diálogos así no son hoy posibles, porque nada hay común en los pueblos. Es decir, los pueblos no son tales: son grupos de casas aisladas, amontonadas, porque así lo estuvieron siempre. Pasear, pues, por los pueblos podría dar y da —¡y con qué fuerza!— una idea de su estado real y verdadero. ¿Que ello no tiene interés? ¡Válgame Dios bendito! Lo tiene, y enorme. Nada hay, me parece, que ofrezca tanto interés para el ciudadano como saber exactamente en qué consiste su país. Gran cosa es que los observadores dediquen la flor de su tiempo sugiriendo, criticando o mejorando las realizaciones de las grandes ciudades, y en nuestro caso de una ciudad tan fenomenal y enorme como Barcelona. También tiene gran interés que nuestras ciudades medianas —algunas de las cuales poseen una vida intensa y un crecimiento rapidísimo— sean objeto de la máxima atención. Pero de los pueblos pequeños nadie se ocupa. A nadie se le ocurre tan solo que puedan existir. Y sin embargo existen. Y son numerosísimos. Y constituyen toda la base de nuestra vida colectiva. No solamente existen, sino que —en bien o en mal, en sentido positivo o en sentido negativo— su peso es considerable. Reconozco que en el conjunto del país los pesos están en desequilibrio. Barcelona y las ciudades industriales pesan mucho; excesivamente, quizá. Los pueblos, en cambio, pesan cada día menos. Pesan como cantidad y pesan cada día menos como calidad.

Es muy posible que ese desequilibrio sea fatal para la salud colectiva. La campaña que se hace para evitar el trasiego de la gente del campo a la ciudad se ha convertido en el tema de nuestro tiempo. Sin embargo, el desequilibrio es cada vez mayor y el trasiego más voluminoso y abundante. Y yo, que he escrito bastante sobre este tema, me he preguntado muchas veces, paseando por los pueblos, comprobando la soledad y la insolidaridad que reina en ellos, la espantosa pequeñez de la visión, la asfixiante comadrería que constituye el único denominador común de su vida social, si el desplazamiento del campo a la ciudad no será una de las pocas cosas de buen sentido que puedan hacerse en las

presentes circunstancias. Me sabe muy mal haber escrito esta frase. Pero con sinceridad afirmo que la vida en los pueblos pequeños es asfixiante, y a pesar de todos los pesares, a pesar de la tristeza inmensa de la vida en la gran ciudad, yo comprendo que la gente abandone sus pueblos. Yo no me marcharía. ¡Pero comprendo que la gente se marche para siempre!

Así, pues, yo propongo, en los pueblos, simplemente esto: pasear. Con ello se tendrá una idea del aspecto material de las cosas. Y de muchas otras cosas que no son el aspecto material. Aquí está, por ejemplo, la política. Ver la política desde los pequeños pueblos campesinos tiene un interés apasionante. Todo lo que entre nosotros ha tenido, en el plano político, un cierto arraigo, ha empezado por abajo, es decir, por los pueblos. Hay que ir al pueblo, sacarle de la modorra, de la insolidaridad, superar la insociabilidad. Muchas cosas se hicieron en ese sentido: caminos, carreteras, alumbrado, comunicaciones, algún ensayo de agricultura y de ganadería verdaderamente afortunados. Pero no se pasó del primer acto. Los pueblos, la cosa interior, la vida de los pueblos no fue ni aflorada. Es una vida que permanece inviolada. Luego, pasó el tiempo, y con el tiempo todo queda aquí anquilosado. Los movimientos políticos mejor orientados se fueron desplazando hacia las ciudades. El interés por las cosas básicas que tuvieron en un principio, se fue diluyendo y evaporando. ¡Las ciudades! Vean lo que sucede en la realidad: no interesan más que las ciudades, la curiosidad llega puramente a las ciudades, el interés se concentra exclusivamente en las ciudades. De sus suburbios no se pasa. Y, por lo tanto, lo mejor intencionado no ha llegado ni a aflorar la vida interna de los pequeños pueblos. Ahora son como cajas cerradas. Son un auténtico misterio. Son pequeños ovillos de intereses trenzados y revueltos como nidos de serpientes. ¿No cree nuestra joven generación que vale la pena enterarse, y enterarse bien y no solo por el hecho de formar parte del país, sino por la dimensión de interés humano que ello tiene, de la vida mínima, cotidiana, de nuestros pueblos? A base de pasear, pues, se podría formar un cuestionario. Y a base de hablar con la gente se llegaría —si uno sabe hablar con la gente de los pueblos, cosa que no es fácil— a tocar, a ver, a presentir nuestra manera de ser más auténtica y real. ¿Que eso no tiene interés? Pero, entonces, ¿qué es lo que tiene interés? ¿Qué es lo que vale la pena observar?

Yo les propongo, a través de las páginas de este pequeño libro, un

corto viaje a pie —un viaje de pocos kilómetros y escasos días—. Mi finalidad es modesta: describir el país tal como es —tal como yo veo que es—, tratando siempre de hacerme lo menos pesado posible. Si ustedes gustan, emprenderemos el viaje en seguida. Y si ustedes no gustan, ¡qué le vamos a hacer, mala suerte!

J. P.

CUANDO CEDEN LOS RIGORES ESTIVALES…

Cada año, cuando empiezan a ceder los rigores estivales y aparecen las agradables temperaturas de septiembre, me permito una corta evasión de ocho o diez días y realizo un pequeño viaje a pie.

No se trata de unas vacaciones en el sentido literal de la palabra. Hace treinta años que estoy remando en una galera que no permite vacaciones, fantasías y devaneos. No he podido decir todavía:

—Bueno, ahora pasaremos un mes, un par de meses, sin hacer absolutamente nada, sin pensar ni escribir un solo artículo. Nos quedaremos cerrados, absolutamente cerrados a cal y canto a toda influencia originada por las necesidades de la vida, a las habituales preocupaciones. Dejaremos de ver la vida —¡Dios mío!— en forma de artículos, viviremos a la que salta, del aire del cielo.

Esto serían las maravillosas, las excelentes vacaciones con las que uno sueña.

Mis viajes a pie son cosa muy distinta. Consisten simplemente en ir a escribir los artículos a los pueblos vecinos. En definitiva, en cambiar de mesa. ¡Es bien poca cosa! —dirán ustedes—. Esto es, ni más ni menos.

Desde luego, se trata de una manera de pasar el rato bastante placentera. Cuando se llega a una determinada edad sin haber logrado tener intereses directos en la comedia humana, contribuye a aligerar el peso de la vida badulaquear por el mundo —por un pequeño rincón del mundo— y distraerse con las cosas más nimias. Está ya uno curado de la petulancia de creer que sabe algo de las cosas y busca en los demás lo que a uno le falta y necesita. Uno se convence sin embargo de que los demás se encuentran, más o menos, en la misma situación, lo cual es muy satisfactorio, porque todo lo que sea establecer la inanidad humana contribuye a la

propia conformación y al ejercicio de la paciencia.

Para utilizar esta forma de evasión tan humilde como es andar por las carreteras, se necesitan, sin embargo, una serie de condiciones que yo pretendo poseer: se necesita, primero, ser bastante pobre, no estar sometido a la angustia de tener que administrar una fortuna, no sufrir el apremio de estar pendiente de la pesadez ajena, ni vivir del engorro que produce la abundancia de dinero. En la vida, lo importante es la libertad individual. El dinero excesivo, como la pobreza excesiva, le ponen al hombre un yugo insoportable. Hay que tener el dinero justo para lograr, viviendo una vida modesta, ser libre. La mediocridad del clásico —dirán ustedes—. Sí. Pero no la mediocridad brillante, que es la más anhelada en esta época, sino la mediocridad apagada, grisácea, imperceptible. Con todo eso quiero decir que hay que prescindir de la propia vanidad y desconfiar de la ajena.

En mis viajes a pie, no entra jamás preocupación alguna de sentido heroico o deportivo. No devoro kilómetros, ni colecciono paisajes; jamás se me ocurrió escalar picachos, ni descender a las profundidades de la tierra. No suelo ir vestido de excursionista ni de acampado. Me paseo por las carreteras, sencillamente, fumando cigarrillos.

Voy de pueblo en pueblo cuando los lugares están unidos por distancias discretas. Si las distancias son excesivas pido a un payés que me deje subir en su carro. Si me acepta, bien. Y si no me acepta, también. Entonces me es forzoso buscar una más generosa compañía. Si no la encuentro, enarbolo el papel más mugriento de mi monedero y todos me reciben con los brazos abiertos. Estas manifestaciones me enternecen. No cabe duda: pagando se es feliz.

Viajo generalmente por la tarde, porque si las horas matinales son frescas y finas, las de la tarde son maduras y granadas como la popa de las yeguas campesinas. Hablo con la gente si está francamente dispuesta a echar un párrafo sin compromiso. Si no está dispuesta, me quedo tan tranquilo, porque el egocentrismo es cosa de la juventud, y la juventud, como el amor, voló muy lejos ya del pecho mío. A veces se me ocurre visitar a algún viejo amigo, pero esas visitas sin aviso previo no suelen ser del agrado de las esposas ni de las familias de mis amigos. Hay excepciones, naturalmente, pero a las mujeres sólidamente establecidas no les

suelen gustar las apariciones sin justificar, sin que haya un negocio que tratar o una desgracia de familia. Dar de comer sin ton ni son a un tipo que viaja a pie, prácticamente desconocido, es, por otra parte, absurdo. Así, pues, la fonda es el único recurso posible. Suelo llegar a las fondas cuando se encienden las raras y mortecinas luces de los pueblos. Y me sucede casi siempre lo mismo: cuando llego a una fonda y el fondista se dispone a interpretar francamente el papel de fondista noto en su cara y en las de su familia, una desagradable sorpresa. Muchas veces me vienen ganas de decir:

—Señores, dispensen mi atrevimiento… Sin duda he hollado la santidad de su domicilio…

Pero a la postre me contengo y no digo nada, porque podrían tomárselo en serio y acabar dando con mis huesos en un pajar, cosa que no ha sido nunca de mi agrado. Hay que dormir en las camas, sean del estilo que sean y presenten la forma que presenten y dejar los pajares, los olorosos pajares, para otros menesteres. No esperen, pues, de mí aventuras de pajar ni encuentros con trasnochados fantasmas, que así es de débil mi capacidad de heroísmo.

Cuando las primeras sombras de la noche empiezan a cubrir la superficie de la tierra, llego, pues, a las posadas pueblerinas. Pero antes suelo contemplar la puesta de sol, que en septiembre suele ser un espectáculo muy bello. Los crepúsculos tienen ahora, suspendidas en el aire, unas luces de color de carne de melocotón, una luz sabrosa, densa, lenta, de una jugosa morbidez. Cuando estas luces se proyectan sobre las viejas piedras del país, sobre las paredes decrépitas, sobre las paredes doradas y herrumbrosas del sol de los innumerables días, toman una calidad irreal y parecen quedar silenciosamente suspendidas en una luz de sueño. Es una luz que infunde silencio. En las habitaciones campesinas, en las grandes salas de nuestros mansos, en las espaciosas cocinas, esa luz tiende a convertirse en una luz de éxtasis, dentro de la cual los objetos, los muebles, las mazorcas de maíz, los sacos de grano, los utensilios de cobre, parecen vivir una vida de santidad humilde; los aperos de labranza, los carros de labor, los cántaros de agua, pasan transfigurados, de su simplicidad lineal a un pálpito de densa vida. Dentro del aire que suscita esta luz, la gente habla quedo y los ruidos huyen flotantes, amortiguados, como si una caída en la dulzura los envolviera. La luz amarillenta, otoñal, de pincelada

espesa, la vimos ya, quizás, en Vermeer, descendiendo de los ventanales, tocando una seda violácea, transfigurando una pared, una pieza de agua, el volumen alto de unos árboles… Y esa luz constituye, cada año, lo que acaba por tener más intimidad en mi desplazamiento pedestre. Su silenciosa gravedad invita a la conformación, subyuga plácidamente, pone dulzura en la mirada triste, fatigada de vacío.

Ya ve, pues, el lector la intrascendencia de mi paseo por la carretera. Lo único que puede acontecer cuando uno contempla la puesta de sol es que caiga un chubasco que no dé tiempo para llegar al porche más vecino. Estos chubascos otoñales, a mi edad, no suelen tener sentido providencial alguno y acaban por ser manifestaciones de la falta de sincronización entre los minúsculos elementos de la Naturaleza. Con la rociada, la incomodidad es grande y se puede coger frío. Pero ver cómo cae la lluvia oblicua y atraviesa la luz de la tarde de septiembre, de color de carne de melocotón, y cómo la luz se irisa rasgada por la lluvia fría, es cosa de encanto cierto. El agua deja los maizales bruñidos, suaviza el verde de los alfalfares, suspende en lejanía las frondas, palpita en la luz moribunda prendida en el cristal de una ventana campesina. Fue una de esas últimas tardes mientras veía llover, sobre la tierra exquisita, desde una puerta, que se me acercó una vieja mujer seca y morena y me dijo que por aquellos alrededores se habían muerto casi todas las gallinas.

—Y quien dice gallinas —añadió para precisar— dice gallos, pollos, cluecas y polluelos. Todos se han muerto.

Yo recibí con el natural aspecto de consternación la mala noticia, pero no supe qué decir por el temor de formular las habituales tonterías que en esos casos suelen expresarse.

—A mí —añadió la mujer— no me quedan más que cuatro conejos y esos patos que ve usted por ahí comiendo caracoles. Los patos alimentados con caracoles tienen la carne muy buena.

—Con la lluvia, los caracoles correrán…

—Los caracoles que comen los patos corren siempre porque son caracoles pequeños. Pero lo cierto es que las gallinas murieron.

—¿Y qué dice la gente? ¿Los veterinarios no se ocupan de la epidemia?

—Para los veterinarios, las gallinas no cuentan, porque lo que

saben esos facultativos empieza en los cerdos, Pero ¿y si le dijera a usted una cosa? A los de esa casa vecina les dijeron: hay que vacunar a las gallinas. Y curándose en salud y gastando mucho dinero, vacunaron a la mitad de las gallinas. Total: que a ellos se les han muerto las gallinas vacunadas y a mí todas las gallinas.

—Debió ser una mala vacuna…

—¿Cómo quiere usted que sea una vacuna, hombre de Dios? Desgraciada la persona o el animal que ha de vacunarse para no morir…

—Ya comprendo… Y ahora, ¿qué piensa usted hacer, buena mujer? Porque me parece que usted es una persona que no puede estar sin gallinas…

—Ahora volveremos a empezar hasta que se mueran otra vez.

—Así parece ser la vida…

—Sí, señor. Y quien día pasa, año empuja, para decirlo como los pobres decimos.

—Todos somos pobres, señora, de una u otra manera…

—¿Usted también es pobre? ¿Usted qué es? ¿Viajante? No; los viajantes suelen llevar una maleta.

—Yo voy de acá para allá por la carretera…

—Usted se parece a un hombre que antes pasaba por aquí vendiendo un líquido para dar a las gallinas. Usted sabrá, sin duda, algo para que no se mueran las gallinas.

—Yo, señora, no sé nada. No conozco nada que pudiera evitar que las gallinas se murieran.

—¿Pero usted realmente no es aquel hombre que antes pasaba vendiendo el líquido?

—¡Si supiera usted lo que siento no serlo!

—Le advierto que era un buen hombre, un infeliz…

—Gracias, señora, por su amable cumplido.

Y así platicamos un rato la atribulada vieja payesa y yo, mientras la lluvia iba cayendo, mansa y dulce, y la luz del crepúsculo de septiembre se desvanecía en el aire como un sueño que se trasmuta en sombra y en silencio.

PARA VIAJAR PLACENTERAMENTE

Desde luego, viajar a pie tiene sus inconvenientes. A veces, considerables inconvenientes. En primer lugar no se alcanza, viajando de esta manera, ni prestigio ni categoría. Los ricos viajan en sus coches y algunos tienen coches aparatosos, que, al parecer, valen setenta u ochenta mil duros. Los pobres desearían viajar en ellos, pero no hay coches de esos para todo el mundo, porque, según dicen las personas entendidas, no está la ciencia bastante adelantada todavía para resolver el problema. Cuando pasa un vehículo de esa clase por delante del café, a la gente que está sentada en las mesas se le avivan los ojos y la mirada se les va detrás del prodigioso artefacto. La riqueza fascina. Es quizás, en los tiempos que vivimos, la única cosa que fascina realmente. Todo lo demás son puerilidades y simplezas.

—¡Qué buen escritor sería usted si tuviera un coche de esos! —me dijo un día un secretario de Ayuntamiento—. ¡Cuán apreciados serían sus escritos si el público pudiera decir que usted posee un trasto de esa naturaleza!

Cada día aumenta el número de idealistas. Cada día es mayor el número de personas que sueñan con tener lo inasequible. Las personas que se contentan con lo que simplemente tienen, con la materia del pan nuestro de cada día, los materialistas, somos considerados unos infelices. En la Prensa y en las conferencias y en los libros, los materialistas somos objeto de unas rociadas ácidas y destempladas, se nos presenta como los causantes de todos los males de la época. Hay que tener ideales elevados, o sea coches de ochenta mil duros. Hay que tener el ánimo levantado,
etc.

Anda uno por la carretera y al pasar un coche con la nube de polvo que levanta, uno queda inmerso en una espesa bruma mineral. El ánimo queda bastante disminuido. Las carreteras son

polvorientas y, generalmente, malas. Y este es un grave inconveniente cuando se viaja a pie. ¿Cómo obviar la tristeza que produce quedar abrigado, cada dos por tres, por estas nubes de polvo que con tanta frecuencia se levantan en las carreteras? Cuando no hace viento y reina la pura placidez en la superficie de la tierra, el problema no tiene solución. No hay más remedio que enfrentarse con los efectos del progreso técnico a pecho descubierto. Cuando hace viento, hay una solución: ponerse siempre, en relación con el coche que pasa, a barlovento. Para ello, hay que saber la dirección del viento. ¿Cómo saberlo? Hay un método sencillo y antiguo para saber de dónde viene el viento. Consiste en mojarse un dedo, levantarlo en vilo, y donde se siente frescor es por el lado de donde sopla el céfiro. Es un procedimiento sencillo, pero útil para toda clase de vientos —incluso para los metafóricos de la vida pública y de la sociología. Yo he conocido personas que se han pasado la vida con un dedo humedecido y levantado, tratando de fijar la dirección del viento. Es una manera de pasar el rato como otra cualquiera y, desde luego, de una gran utilidad. En la vida hay que ponerse siempre a barlovento, hay que ganar barlovento siempre.

Hay otra manera para soslayar el polvo de las carreteras: consiste en no pasar por ellas. Tomar los senderos y andar prácticamente a campo traviesa. Para andar a pie es lo que me permitiría aconsejar sinceramente. Para gozar plenamente de los campos, para comprender hasta qué punto un paisaje puede ser bello y apreciar la hermosura de la tierra y de las cosas que están en ella, los senderos son excelentes. Viajar por los senderos de un bello país —tan bien cultivado, tan luminosamente ordenado como el mío— es una deliciosa ocupación. A veces serpentean entre los pinares obscuros, solitarios, envueltos en un aire callado, mecidos por la grave y alta sonoridad que el aire hace en las copas de los pinos. Otras veces transcurren entre las arboledas manchadas de sol y de ligeras sombras, en un vivo juego de hojas claras, desvaídos verdes, que al paso del viento repiquetean. Los pinares son secos y su perfume es aéreo. Las arboledas tienen siempre un punto de húmeda frescura, las hierbas de su suelo despiden un perfume terrenal y denso. En ambos parajes, uno tiende a detenerse, a sentarse en una piedra, a tumbarse en el suelo. Por eso sin duda mis

viajes a pie son tan cortos en kilómetros recorridos, porque no son más, en definitiva, que pretextos para andar lo menos posible y contemplar, desde posiciones más o menos horizontales, la belleza de la tierra. A menudo uno no llega ni a mirar siquiera porque el peligro de quedarse dormido es permanente. Para dormir una horita —*una horeta*— no hay nada como un pinar o una arboleda.

Antes se podía leer en los escaparates: «Vacaciones sin kodak son vacaciones perdidas». Bien, yo no llego a tanto; a mi entender, unas buenas vacaciones están íntimamente unidas con un modo o clase de vida en que el dormir sea fácil y hacedero. Vacaciones sin dormir son vacaciones perdidas. No hay más que una manera posible de descansar, que es dormir. Por eso, el horario de mis viajes a pie es sencillísimo. Por la mañana, hay que levantarse a una hora decente, a las diez o algo más tarde, para poder gozar, al abrir la ventana, del espectáculo de la Naturaleza en todo su esplendor y magnificencia. Si hemos de gozar del Sol, lo mejor es que el Sol ya dé de lleno.

Una vez tomado el desayuno, y para el desayuno una naranjada es cosa exquisita, hay que salir de la fonda en busca de una sombra propicia. Desde esas sombras es cosa agradable esperar confiadamente la hora del almuerzo. Hay todavía algún pueblo que tiene en la plaza grandes árboles que fueron plantados por nuestros bisabuelos, los cuales tuvieron el candor de plantar el árbol de la libertad para celebrar el hundimiento del oscurantismo y el esplendor de la vida moderna. Ahora, es de rigor burlarse de nuestros pueriles bisabuelos. A ellos, sin embargo, debemos, en este país, las pocas plazas sombreadas que hay en los pueblos, que si debiéramos contar con los árboles que plantaron los otros, aviados estaríamos.

Una plaza, una calle del país con una fronda arbórea, densa y pomposa, es algo que se confunde con la civilización misma. Los pueblos sin árboles y sin sombras son puros aduares sin integración posible. Un pueblo que tiene sombras, tiene lugares donde se reúne la gente. En mis viajes a pie busco estas tertulias, y, si por falta de arbolado, no las encuentro, me marcho del pueblo. Si las hay, me acerco a ellas y escucho lo que dice la gente. Siempre aprendo. Para aprender hay que escuchar a los demás. Desconfiad de los que no escuchan —son puros fanáticos, auténticos imbéciles, dogmáticos

grotescos. En todo caso, no hay nada que abra el apetito como aguzar un poco la dialéctica hablando con personas desconocidas. Si antes del almuerzo uno ha podido decir una palabra amable a un ser humano desconocido, el almuerzo está ganado con creces.

Y luego, después del almuerzo y de las dos tazas de café de rigor, tan apropiadas a la vida andariega, emprende uno otra vez el camino. La tarde de septiembre se presenta en lontananza con toda su precisión y magnificencia. Y lo agradable al emprender la marcha es dejar la carretera al lado y enfilar un sendero. A veces, sigue uno el curso de una u otra corriente de agua —corriente siempre escasa en todos los tiempos. Pero esta clase de senderos conducen indefectiblemente a frescas arboledas. En otros paisajes el camino pasa al borde de ondulaciones montañosas y entonces se presentan, a la vista, los pinares en paz, solitarios, flotantes en la gravedad de su fronda sonora. Y entonces se plantea el problema de saber qué es lo más adecuado para dormir una horita —*una horeta*—; si un pinar o una fresca arboleda. Tanto uno como otro paraje invitan, dejado que ha sido el pueblo atrás y después de haber andado algún tiempo, a hacer un primer alto y a sentarse al borde del camino. Del sentarse al tumbarse no hay más que un corto espacio, y del tumbarse a quedar dormido hay todavía menos. Ahora, lo interesante sería captar los pequeños matices: los matices que a los efectos del quedarse dormido puede tener un pinar o una arboleda. Para ello, la excelsitud de uno y otro paraje es indiscutible, pero en el momento de escoger, mi ánimo se detiene.

LOS MUEBLES DEL PAISAJE

En agosto, después de la trilla, los campos están vacíos. El sol y la luz abruman al país, el canto de las cigarras aumenta el deslumbramiento del aire, los payeses duermen a la sombra de la higuera familiar. A media tarde, buscan el frescor de los huevecillos.

Pero cuando llega septiembre los campos se animan y empiezan las labores para las cosechas de otoño. Y así, al andar por las carreteras, uno encuentra, en sus márgenes, algún que otro payés.

La Naturaleza tiende a amueblar el paisaje con payeses. Mi maestro Jules Renard dice, en una nota de su inolvidable *Journal*, que los payeses son un mero accidente del terreno. Renard conocía muy bien el campo y era al mismo tiempo un alquitarado representante de la literatura más refinada de su tiempo. En el fondo, como tantos y tantos literatos ciudadanos, tenía mala opinión de los payeses. Los consideraba incapaces de ser conmovidos, de ser influidos por aquellos sentimientos que agitan a las masas de las ciudades. «Todo resbala sobre ellos —decía Renard— sin dejar huella». Decir que los payeses son un simple accidente del terreno es excesivo y, por tanto, falso. El hecho de que sean inconmovibles, será una pena para los que gustan de la plasticidad y el frenesí ciudadano. Pero esa permanencia tiene grandes ventajas. Demuestra que la sociedad tiene un fondo granítico que no llega jamás a estar afectado por lo pasajero, por la fugacidad de la superficie cambiante y movediza.

Uno pasa por entre los campos y el payés que trabaja en la tierra inmediata deja la yunta, saca la petaca y se acerca a la carretera. Una de las cualidades de los campesinos es su curiosidad. Ellos compran, cuando van al mercado, el periódico del día anterior, pero interpelan a los viandantes para saber lo que pasa, para tener las noticias.

—Usted anda por los caminos… —le dicen a uno, con una mirada de abajo arriba, pasándose la mano por el pescuezo.

—Sí, señor, qué le vamos a hacer…

—Poco dinero ganará usted andando por las carreteras. ¡Poco dinero!

—Claro está. ¡Poco dinero!

Después de esta frase sigue una mirada a consecuencia de la cual uno queda definitivamente clasificado; quiero decir clasificado en los más vagos y dilatados horizontes de la modestia.

A mí me gusta observar a los payeses en su propio ambiente. Forman una clase antigua, estática, inconmovible. Lo que realizan con las manos, implica una simplificación lograda a través de enormes cantidades de tiempo. Los trabajos del campo son sencillos y por esto son tan difíciles de dominar. En cambio, la dialéctica de estos hombres es cada día más vaga e indiscernible. La civilización moderna crea un material humano *standard*, que repite los tópicos que ha aprendido en la escuela, que lee en la Prensa, que oye decir a las personas ricas, los cuales, a su vez, lo han sacado de los libros que han leído; en las dos docenas de libros que se leen en esta época.

Cuando un payés mira el sol, es para saber la hora que es. Cuando un payés mira un paisaje, hay que desplazar cuidadosamente de su mente toda tendencia al panteísmo, todo amor a la Naturaleza. El paisaje es bello en tanto que puede ser objeto del contrato de compraventa. Esas viñas, recostadas en la ladera, tocadas ya por el cansancio otoñal, son realmente bellas, incitan a pensar en las dulces horas de recogimiento que la estación nos ofrece, en sus horas de luz suave y decaída. Sin embargo, pueden verse de otra manera. Ni siquiera entra en esa nueva consideración pensar en la calidad del vino que podrá sacarse de ellas. Esas viñas son una cantidad mayor o menor de litros de vino —del vino que sea.

Los ojos de los becerros son bellísimos. Hay un mundo de cosas admirablemente dibujadas dentro del cristalino de estos animales tan graciosos, tímidos, indescriptiblemente tercos, negros, con unas manchas blancas, de una ternura infinita. Este animal puede valer treinta duros. Tiene seis días o siete. Hay en mí un cierto sentido que me lleva a apreciar estas pequeñas cosas, estas maravillas.

Contemplo, con un payés al lado, un gallinero. A mí un gallinero me hace pensar en la obra pictórica de Joaquín Mir. Casi todo lo que pintó Mir contiene, flotando, las plumas, los colorines, de las aves de corral y de los animales domésticos. Posiblemente, Mir llegó a dar el color de la cresta de un gallo con una exactitud perfecta. En Mir está el grisáceo de los conejos, la gamuza de los cuellos de tórtola, los blancos de los pichones, las plumas de las gallinas negruzcas o pintarrajeadas. Se ven —aunque no estén— los zafios gorriones comiéndose el grano minúsculo y rosado de los amarillentos polluelos. Un gallinero, para mí, siempre estará unido con la obra pictórica de Joaquín Mir.

—Todo eso vale, contado el estiércol —me dice el payés— mil quinientas pesetas…

Los payeses han mejorado un poco. Si tienen, considerados globalmente, algún ideal, forzoso es reconocer que en gran parte está conseguido. ¿En qué consiste ese ideal? Algunos dicen que consiste en tener algún dinero, andar con alpargatas y fumar caliqueños. He aquí otra opinión ciudadana sobre los payeses que yo no puedo compartir. Las cosas son infinitamente más complejas.

Los payeses viven en las casas que deberían ocupar los propietarios. De las consecuencias de ese hecho han nacido muchas críticas. Críticas infundadas, porque la culpa es de los propietarios mismos. Estos se han marchado a vivir a la ciudad. Los chicos estudian el Bachillerato. «El mayor —me dice el payés— quiere ser abogado de Asalto. El pequeño, guardia del Estado».

La mujer corrige:

—El mayor quiere ser abogado del Estado; el pequeño, oficial… ahora no recuerdo de qué.

—Pero ¿qué más da? ¡Si es igual! —responde el payés, pasándose la mano por la frente, como si se quitara un peso de encima.

Los payeses viven en las casas del amo. No tienen interés por ellas. Menos interés tienen los propietarios, desde el momento en que han huido de ellas. Muchas masías, y las hay bellísimas, han sido destrozadas por ese contrato de masovería, símbolo milenario de la pobreza del país y de la holgazanería señorial. Las vacas gordas de los últimos años han permitido mejorar algunas. Otras, hace docenas y docenas de años que se están cayendo. Los que

hubieran debido asegurar la continuidad y hacer lo posible para combatir la rutina y la ignorancia, huyeron.

—¿Y por qué se marcharon de este país? —pregunto.

—¡Usted dirá! Para pasársela bien.

—¿Y qué hacen para pasársela bien?

—Pues en invierno van al cine, y en verano a veranear, porque todos quieren ser morenos.

—¿De manera que quieren ser morenos?

—Sí, señor. Quieren ser morenos. Cuando lo supe, yo les dije: si ustedes quieren ser morenos, ¿por qué no se vienen ustedes con nosotros, con la *mestressa* y conmigo a cavar el maíz? Pero no les gustó la propuesta a pesar de que no hay nada como cavar el maíz para tener una buena piel de veraneante distinguido.

Y, después de una pausa larga, durante la cual el payés se ha acercado a mi oído:

—Los amos quieren ser morenos, pero las butifarras están aquí, mal me está el decirlo…

ENCUENTROS DE CAMINO

Mi andar por las carreteras transcurre a muy poca velocidad: a dos kilómetros y medio o tres, máxime, por hora. Es bien poca cosa, desde luego, pero yo creo que esta es una excelente velocidad si de lo que se trata es de ver algo de lo que transcurre ante nuestros ojos. ¿Qué se ve andando tan deprisa? Cuando se pasa de un pueblo a otro raudamente, sin ver nada, sin la posibilidad de ver nada, ¿qué se ha hecho?

Así, grande fue mi sorpresa al encontrarme, una de esas últimas tardes, con un ser humano que andaba todavía menos que yo, puesto que sin pretenderlo me lo encontré a mi derecha, caminando por el mismo camino. Nos saludamos afectuosamente. Era un fraile lego de un convento de franciscanos del país, que va por los pueblos y masías a pedir limosna para de este modo aligerar un poco la parvedad y pobreza del convento. Era un hombre ya viejo, ligero de cuerpo, con unos ojos azules muy plácidos, acostumbrados a mirar los campos y las lejanías, los pinares y las arboledas.

—Señor lego, le veo a usted muy solo… —yo le dije—. ¿Dónde ha dejado usted a su borrico?

—El borrico murió el pasado invierno porque era ya muy viejo —contestó el lego— y no tenemos dinero para comprar otro borrico. ¡Si usted supiera lo que vale hoy un mal burro, un desecho!

—Pero tengo entendido que también las misas han subido y que por un buen sermón se pagan substanciosos precios.

—No hay comparación posible —dijo el lego con un aire de tristeza—; han subido mucho más los borricos. Además, ¿sabe usted lo que vale en los presentes tiempos mantener a un animal de esos? Cuando andaba el país con el último que he tenido, los payeses me decían: usted coma lo que más le guste, pero mantener a ese burro será cosa más delicada. Y así sucedió que yo siempre comí, porque como usted sabe, donde comen seis, comen siete, mientras que el

burro comió bastante menos. Eso me dio muchos disgustos, porque los burros si no comen en los establos, pretenden comer fuera, lo que hacía que se me atascara en los ribazos y en los campos de hierba. Comprenderá usted que no podía pasarme las horas tirando del ronzal del burro hambriento. Con un burro mal alimentado, no se pueden usar las persuasiones. Hay que tirar del ronzal fuerte y siempre.

—Eso no es trabajo de frailes ni de legos…

—¡Claro está! Hoy un burro vale un dineral, y con lo que cuesta mantenerlo se daba antes carrera a un chico. Por lo demás, ¿de qué me serviría hoy tener burro si llegaría al convento con las alforjas vacías?

—¿No le van bien las cosas, señor lego?

—Regular, regular… Ahora, las cosas valen mucho y cuando las cosas valen, la gente les toma apego. La recogida de limosnas en especies, que es lo que yo hago, ha ido muy de capa caída. Cuando una docena de huevos valía un puñado de calderilla, me fue siempre posible llevar un par de cestos al convento. Pero ahora que se los compran en el gallinero a tres pesetas veinticinco la pieza, ¿cómo quiere usted que a nadie se le ocurra hacerme la limosna de un par de huevos? ¿Y cómo quiere usted que me den un pan, si un pan se paga a nueve o diez pesetas el kilo?

—La gente ha cambiado mucho…

—A mí me parece que la gente es siempre igual y además que la gente es muy buena. Lo que pasa es que se encuentra hoy tentada por toda clase de facilidades y de alicientes. Estamos rodeados de toda clase de demonios y el peor de todos es el que llevamos dentro. Conviene no tentar a los hombres, aun a los mejores, a los más buenos, y conviene sobre todo que el demonio que llevamos dentro no nos tiente. Y no hay que tentarlo, y menos que nos tiente, para evitar sorpresas y sobre todo para evitar lo que me sucede a mí, o sea llegar al convento con las alforjas vacías. De poco me serviría, pues, el asno, siendo la gente tan rica.

—El señor lego es muy sutil…

—Si fuera sutil, ya no sería lego… Yo soy un bendito que anda por el mundo pidiendo limosna por el amor de Dios. Pero ello no quiere decir que no sepa que los pobres han dado más, desde siempre, que los ricos, porque si dieran a proporción, ya no serían

tan ricos. Además, con las limosnas sucede una cosa: todo ha encarecido, todo aumenta sin cesar, según dicen. La gente encuentra natural pagar, por cualquier niñería, una barbaridad de dinero, pero las limosnas siempre son las mismas: diez centimitos. Por eso ya no hay pobres como los de antes, de esos que andaban de pueblo en pueblo. Esos ya no lograrían subsistir.

—Pobres hay más que nunca…

—Sí, señor. Pero no hay mendigos. Quiero decir mendigos de calderilla. Y no crea usted que esta clase de pobres hayan desaparecido porque no hay calderilla. No. Aunque la hubiera tampoco existirían —en el campo, digo. No los hay porque de la caridad de los demás ya no se puede vivir. La tarifa de las expansiones caritativas no ha variado en un mundo en que las cosas han subido siete u ocho veces. Yo lamento sinceramente la desaparición de los mendigos de carretera. Me hacían la competencia, pero éramos amigos. Ellos y yo éramos el único pretexto para que la gente esponjara un poco sus sentimientos, para que realizara una buena acción desprendiéndose de una parte mínima de lo que poseía. Ahora, no hay ni eso. Y la gente al notar que no le piden limosna se cree en primer lugar muy buena y luego sospecha que todo o casi todo está resuelto…

—Afortunadamente queda usted para recordar, con su presencia, las verdades eternas.

—Yo me mantengo, entre otras razones, porque conozco el país al dedillo. Hace más de veinticinco años que lo transito. Con lo que saco me mantengo justísimo, hasta el punto que toda mi aportación al convento la traigo encima.

—No parece llevar mucho peso, en efecto…

—Nada, papelitos.

El lego se rio. Todo el diálogo se estaba desarrollando en medio de una risueña mansedumbre. No demostraba aquel buen hombre ni sombra de preocupación, pero tampoco asomo alguno de optimismo. Hablaba del burro, de los payeses, de las limosnas, de los mendigos, acentuando su dimensión eterna. Como todas las cosas serias que existen en el mundo, que los naturalistas llamaron reinos pensando en las monarquías absolutas del siglo XVII que fueron tenidas por estables y permanentes —el reino vegetal, el reino mineral, el reino animal—, el lego daba la impresión de

formar parte de un reino. Sin duda formaba parte de la forma que el reino del cielo mantiene en esta miserable corteza de la tierra. Era un hombre que parecía tan absolutamente desasido y al mismo tiempo tan sólidamente instalado en esta corteza, que sus palabras parecían una mera digitación, una leve huella sobre el paso del viento. La conversación se desarrollaba muy lentamente y se alternaba con paradas largas que aprovechábamos para contemplar los campos y el horizonte de los Pirineos. En la lejanía se veía el Canigó y en los picachos de sus alturas se divisaban ya las primeras capas de nieve. En un recodo del camino apareció, sobre un campo cerrado por una arbórea pared de chopos enanos, un rebaño de ovejas tocado por la luz de septiembre, por la luz mórbida, densa, amarillenta de septiembre. El pastor dormía tendido en el suelo. Los animales comían con una magnífica indiferencia. El campo, tan cerrado, recogía la luz que flotaba sobre la blanca lana de su cuerpo. A la sombra de los chopos y de los tamarindos, estaban tendidos unos patos que se reflejaban sobre un charco inmediato de agua clara, inmóvil, fría.

El señor lego se paró un momento y quedaron sus ojos arrobados en la simplicidad de lo que se presentaba a la vista. Me señaló con el dedo unos corderillos que después de mamar un rato retozaban sobre la hierba y saltaban con sus piernas rígidas. Luego me dijo que la Naturaleza es muy bella. Mientras me lo recordaba, mi imaginación se trasladaba a otros terrenos. A otros terrenos materiales y vulgares. Pensaba que las cosas se transforman incesantemente y que a la vista de un rebaño pudo escribir un poeta:

> *Et cet agneau, têtant sa mère.*
> *N'est qu'un avenir de gigots!*

Lo cual quiere decir que el lego tenía razón cuando decía que es mal asunto tentar a los hombres, por más buenos que sean. Cuando las cosas son abundantes y baratas, todo se convierte fácilmente en poesía. Cuando son escasas y caras, se les toma apego y se transforman, con más facilidad aún, en posibilidades culinarias y alimenticias. Cuando se come bien, las efusiones con la Naturaleza se dan perfectamente y de eso debe nacer el romanticismo literario. En épocas de estrechez lo mejor de los rebaños tocados por la luz de

septiembre es el recuerdo de la carne asada a la parrilla. Pero todo eso no se lo dije al señor lego por respeto, a pesar de que esas son deducciones naturales de sus puntos de vista.

Y así hablando y contemplando las cosas se fue pasando la tarde. Al anochecer no habíamos llegado todavía al pueblo donde acordamos pernoctar. El día moría; un día no es más que eso: sale el sol, llega a su cenit y luego se oculta detrás de las montañas de poniente. Es poca cosa. Lo que es exactamente un día se ve sobre todo navegando en el mar, con los horizontes libres de tierra. Un día no es nada, y, sin embargo, nuestra vida no es más que una sucesión limitada, escasa, de salidas de sol y de ocasos en las montañas de poniente.

Se había hecho muy tarde. Estaba anocheciendo. Propuse entonces al lego subir a un carro de un payés que se dirigía al pueblo con el maíz de su campo. Nuestro transporte fue accedido. Entramos en el pueblo sin hablar siquiera: escuchando los grillos mortecinos, mirando las luciérnagas moribundas que el carro transportaba. El maíz húmedo nos dio un cierto sopor en las posaderas, y en cuanto llegamos nos despabiló el mugir de las vacas que en su cuadra el payés tenía. Al compás de los movimientos que el carro iba dando en los baches de la carretera, me pareció que mi compañero desarrollaba unas cabezadas muy significativas. Era casi seguro que se había adormilado beatíficamente.

LA REALIDAD

Cuando el carro llegó al pueblo, el señor lego se despertó y dimos las gracias al payés por habernos conducido, sobre las cañas de maíz, sanos y salvos a destino. A la luz de una amarillenta bombilla eléctrica colgada del ángulo de una casa comprobé que el buen hombre había tenido un despertar fresco y pacífico.

—Ahora —me dijo— hemos de buscar alojamiento…

—Usted irá sin duda a la casa rectoral. ¡Beatos ustedes que tienen corresponsales en todos los pueblos…!

—Tengo mis dudas. En los presentes tiempos no se pueden pedir peras al olmo. Los curas en general y los curas rurales en particular son pobrísimos. Son muy pobres. Si no se molestara usted le diría…

—No podría usted molestarme aunque quisiera…

—Si no se molestara usted le diría que en los pueblos rurales, la casa más pobre es en general la rectoría. Los párrocos no pueden vivir de lo que tienen. Cuando han de comprarse unos zapatos o unos pantalones han de hacer mil combinaciones para pagar, a largos plazos, estas prendas. Una sotana, una miserable sotana, cuesta hoy un ojo de la cara, lo que usted oye, un ojo de la cara.

—¿Qué es lo que no cuesta hoy un ojo de la cara, señor lego? Sin embargo, hay curas rurales que se defienden…

—¡Claro! Los que tienen un huerto o una pequeña tierra y conocen el arte de la agricultura, vivotean. Sacan unas patatas y unas legumbres frescas. Algunos crían gallinas y tienen cuatro conejos. Pero los curas estudiosos, en los pueblos, lo pasan mal, lo pasan miserablemente. Los más abstrusos problemas de la teología no son nada al lado de las dificultades que presenta para un cura pagar al sastre, hoy, unos pantalones sin consistencia. Por esto he pensado alguna vez que a los estudiantes de seminario no les iría mal que les enseñaran, al lado de la retórica, de la filosofía y de la teología, el arte de la agricultura, el cultivo de la tierra y el manejo

del azadón…

—¿Y no cree usted que estos reverendos señores deberían conocer también la estrategia del cazador? En otras épocas hubo tonsurados que tuvieron una excelente pierna y fueron muy buenas escopetas.

—A mi entender y salvo mejor criterio, los curas no han de tirar tiros, ninguna clase de tiros.

—Sin embargo hay que vivir y el franciscanismo no resuelve hoy estos problemas. Los milagros, hoy, no están en el campo de la pobreza, sino en el de la riqueza.

—Los milagros están en todo el ámbito de lo creado.

—Sí, señor. Desde luego. Pero ¿dónde encontraremos alojamiento? Si el cura de ese pueblo es estudioso y poco dado a la agricultura seremos recibidos con una cierta reticencia. Ello será sin duda penoso para el señor lego, acostumbrado a la hospitalidad y al huerto del convento.

—No se haga usted muchas ilusiones sobre esa clase de huertos. Para su cultivo, el personal escasea. Cada vez es mayor el número de personas, en todos los estamentos, que se dedican a trabajos llamados intelectuales. Para cultivar esa clase de huertos la simplicidad de ánimo parece haber desaparecido.

—La tierra, señor lego, es muy baja, y para cultivarla, hay que encorvarse demasiado.

—Todos queremos ser sabios… ¡Eso es lo triste!

—Todos queremos ser sabios, pero, dígame usted: ¿dónde iremos a pernoctar? ¿Por qué no se viene usted conmigo a la fonda?

—¿A la fonda, dice usted? ¿Y cómo pagaré la fonda si hoy no he hecho nada? Cenar y dormir en la fonda cuesta hoy mucho dinero. No entra en mis posibilidades ni tenerlo ni encontrarlo.

—¿Pero no irá usted a dormir a un pajar…? ¿No habrá en el pueblo una familia pía para ponerle un plato en la mesa y una cama en un cuarto?

—La piedad está muy agotada porque hace muy pocos días que pasaron por el pueblo las Hermanas, las Hermanitas, con sus sacos a cuestas.

—Las Hermanitas se mueven mucho y se las encuentra pidiendo en todas partes. Desarrollan una gran actividad. ¿No cree usted que las Hermanitas desarrollan una muy grande y cristiana actividad?

El señor lego me miró con una mirada plácida y una tierna sonrisa en los labios. Después, dejó caer con su mansedumbre habitual:

—Ya sabe usted que a las señoras no hay quien las aguante cuando les parece que han de ser activas.

Se fue haciendo de noche y se presentó apremiante el asunto del alojamiento. Traté de llevar al señor lego a la fonda sin conseguirlo. Se despidió de mí con una gran tranquilidad de ánimo y se perdió en las sombras de la noche. Sin duda se dirigió a la casa rectoral, con la intención de comprobar si el cura era más inclinado al empirismo agropecuario o a la especulación teológica. Supongo que algo se puso en claro porque ya no le vi más.

El lego me dejó muy buen recuerdo, pero sentí a su lado la extraña sensación que se percibe ante las cosas o personas que están a punto de desaparecer. ¿Será el último lego que encontraré por estos caminos? Esta es una clase de personas que va de capa caída. Sin borrico y sin limosnas, con inflación y estraperlismo, ¿qué harán los legos en las presentes circunstancias? Las Hermanitas son más adecuadas a la realidad de los actuales tiempos, son más funcionales, tienen el desparpajo adecuado a las necesidades urgentes.

Cada época, cada situación económica produce sus tipos específicos y en el escenario del mundo entran y salen las figuras según se tire la cuerdecilla correspondiente. Cuando una forma externa toma un aspecto arcaico, suele desaparecer, aunque su substancia sea todavía más antigua. Aquel incomparable ser humano era un puro arcaísmo.

La fonda pueblerina tenía un café adyacente. Para esperar la hora de la cena me personé en el establecimiento. Había dos o tres grupos de payeses jugando a cartas, que al finalizar las jugadas, al discutirlas, gritaban desaforadamente. En cambio cuando carteaban se hubiera podido oír volar una mosca.

Al terminar las partidas uno de ellos contó que había estado en el mercado del pueblo de al lado, que había comprado un par de zuecos a un mercader de cucharas y tenedores de boj y que los zuecos los llevaba puestos como podían ver los ojos de los circunstantes. Yo me acerqué —mientras esperaba la cena— a contemplar los referidos zuecos, que me parecieron excelentes,

aunque un poco funerarios, puesto que los habían pintado de un negro muy acentuado.

—¿Sabe usted lo que me han costado estos zuecos? —me preguntó el payés con la sonrisa del hombre que está a punto de ser considerado como una persona bastante adinerada.

Pero teniendo una idea bastante vaga del precio de las cosas, no supe qué contestarle.

—Estos zuecos me han costado cuarenta y dos pesetas.

La gente quedó bastante asombrada. Todos vivimos hoy en un continuado asombro —asombro que los hechos van refrescando sin cesar constantemente.

—¿Qué hubieran valido antes? —preguntó un payés.

—Cinco o seis reales.

—¿A qué precio habremos de vender las alubias este invierno para ir tirando? —preguntó rápido otro payés.

Con gran detrimento de mi natural ingenuidad pude comprobar que a nadie se le ocurrió contestar: ¡a precio de tasa! Por el contrario; un payés de cara muy rolliza y de un aspecto acentuadamente nacional, lanzó una cifra que por parecerme muy grande me hizo dibujar una sonrisa de extrañeza.

—¿Usted se ríe, verdad? —me atajó el rollizo con una profunda seriedad—. ¡Váyase usted riendo! Lo que fuere sonará.

No es necesario decir que quedé bastante apabullado. Me consolé pensando que eso nos sucede casi todos los días a las personas que esperamos de un momento a otro la entrada en la ansiada normalidad. Esa entrada se está haciendo muy cuesta arriba y no acabamos nunca de llegar a la meta.

Con esto, el propietario de los zuecos se descalzó de uno y la concurrencia se lo hacía pasar de mano en mano. Algunos afirmaron que el zueco, como tal zueco, era un excelente zueco. Otros sostuvieron que el zueco, si bien era un buen zueco, hubiera podido ser mejor, más ligero y confortable. No se pusieron de acuerdo más que en una cosa: en que dado el precio del zueco, las alubias debían ponerse al unísono de las circunstancias.

—En ningún caso podríamos hacer un papel ridículo… —dijeron los circunstantes.

Desde luego: no hay que hacer ningún papel ridículo jamás.

Si los legos fueran a los cafés y aquel buen señor se hubiera

quedado conmigo, hubiera acabado de comprender la realidad de los hechos.

Pero llegó la hora de cenar y me dirigí a la mesa. Los payeses continuaron hablando de los zuecos.

MEDITACIÓN SOBRE LA REALIDAD

En la mesa apareció una chuleta de cerdo de muy buen ver, acompañada de una verdurita fresca y pimpante y de una ensalada de tomate. Pero no teniendo a nadie con quien hablar, traté de hacer, entre bocado y bocado, una recopilación de lo que había oído aquella tarde.

Pues, sí, señor. Las Hermanitas se mueven mucho en este momento. Se las encuentra en todas partes. Algunos espíritus meticulosos llegan a afirmar que viajan en el tren de balde. Desde luego, son personas muy apreciadas en los organismos oficiales. Sus institutos reciben a menudo sacos bien repletos de la Fiscalía o del Gobierno. Cuando llega Navidad, entran en el reparto de dinero que se hace. Las Hermanitas no se duermen en la paja y su labor es incesante. Pulsan, sin parar, las cuerdas sensibles de los tributarios y fiscalizados.

En este sentido, el lego tenía razón: las órdenes mendicantes son hoy esencialmente femeninas. Los legos antiguos que andaban con el asno y las albardas ya no se encuentran hoy por los caminos y las carreteras. Aquellos viejos trotadores conocían perfectamente el oficio y lo llegaban a detallar pasando por todas y cada una de las casas y salas. Les gustaba el paisaje. Las Hermanitas no detallan tanto. No han llegado todavía al despoblado, pero sin duda llegarán. Las viandas son siempre más frescas y sabrosas en el campo.

En cambio, los legos parecen haberse vuelto hoy más ciudadanos. Los legos están en el asfalto. Me dice un amigo, aficionado a los encantos conventuales, que en las ciudades a las dos y media de la tarde los elementos propuestos a la mendicidad levantan el vuelo de sus establecimientos y suben por los pisos pidiendo, por el amor de Dios, lo que les hace falta. Algunos toman café en familia, porque no les faltan amigos, a veces muy gratos.

Todo esto contrasta un poco con la situación del clero rural… y ciudadano. En los pueblos rurales —insisto en ello— el cura forma parte del grupo de personas más definitivamente pobres, sobre todo si el cura no tiene disposición para hortelano, si es uno de esos curas que los payeses llaman sabios. Supongo que en los últimos años se les habrá subido el sueldo. Pero parece ser que lo que caracteriza, desde tiempo inmemorial, estos aumentos es su parvedad. Cuando Lerroux, en la época republicana, les aumentó de treinta o treinta y cinco céntimos al día, «El Diluvio» tituló el telegrama que traía la noticia: «¡¡Los insaciables!!». Sí, señor, ni más ni menos: «Los insaciables».

Y la situación del clero ciudadano es aproximadamente la misma que la del clero rural. Antes daba gusto ir a las rectorías campesinas. Eran casas hospitalarias, que gustaban de obsequiar. Siempre había un poco de buen vino en una botella y galletas o *carquinyolis* para roer mientras se hablaba. Ahora, en esas casas, no hay nada. Casi todas fueron saqueadas. En algunas casi es difícil sentarse. En un rincón, sobre una estantería improvisada, hay cuatro libracos. El ambiente es pobrísimo, glacial.

Pero en Barcelona la pobreza es idéntica. Hay en Barcelona muchos sacerdotes cuya renta total diaria suma de diez a quince pesetas. Deduciendo los gastos de vivienda, tranvías, correo y algún otro indispensable (jabón para lavar la ropa y el afeitado, el arreglo de los viejos zapatos, el zurcido de los calcetines,
etc.
), les quedan para comer de cinco a siete pesetas diarias. Con la particularidad de que si el cura cae enfermo y no puede celebrar misa, no dispone siquiera de la cantidad que acabamos de señalar.

Los curas ciudadanos que no tienen algún cargo oficial o no oficial acumulado, llevan una vida pobrísima. La compra de un par de zapatos, de una sotana, de un abrigo, de una medicina, de una bufanda, son problemas de suma dificultad.

Las personas que conocen la vida de nuestros pequeños pueblos rurales, tan silenciosos, duros, esquinados, impermeables, dominados por la obsesión del interés, absortos en las cosas del dinero, ensimismados en el placer de la avaricia; los que conocen la vida en esos pueblos donde no se puede hablar con nadie, donde es absolutamente imposible hablar de nada con ánima viviente, esos

saben la grandeza del cura rural.

«En toda parroquia hay un hombre sin familia, pero que pertenece a todas las familias; un hombre que nos toma del seno de nuestra madre y no nos deja hasta la tumba…; un hombre a cuyos pies los cristianos depositan sus más íntimas confesiones; un hombre que por no ser de ninguna clase, pertenece a todas: a la inferior, por su vida pobre, a la superior por su educación, ciencia y delicadeza de sentimientos; el hombre que lo sabe todo y tiene el derecho de decirlo todo y cuya palabra cae sobre las inteligencias y los corazones con la autoridad de una misión y el imperio de una fe que no engaña».

—¿Quién ha escrito esas líneas?

—Las líneas son un poco afectadas, como todo lo que escribió en prosa el grande, el inolvidable poeta Lamartine. ¿Ha podido usted hincar el diente en su «Historia de los girondinos»? Yo que me precio de ser un lector de todo lo que me cae en mano, sobre todo si es del género histórico y largo, le confieso que la pasta floja de ese mamotreto impresionante se me atragantó a las primeras y no pude continuar a pesar de los momentos que la obra contiene de auténtica música celestial. Sin embargo, las líneas que acabo de entrecomillar están muy bien y han sido universalmente saqueadas sobre todo por los oradores parlamentarios, cuando se trata de aumentar parvamente el sueldo del clero rural.

Y así, pensando en Lamartine y su poesía que tan ajustada está con las noches estrelladas, terminé de cenar, después de lo cual me dirigí al *otro* café, porque es de advertir que en los pueblos rurales que se precian de tener una importancia —aunque se trate de la mínima expresión de la importancia— hay siempre dos cafés, como hay siempre dos grupos o facciones irreconciliables.

El café fue francamente malo, pero cuando me dijeron que era el café de la situación no me sorprendió. La característica de toda situación que se estime es no preocuparse por nada. El establecimiento estaba casi vacío. El cafetero, viejo zorro del naipe rural, conocido mío de muchos años, me presentó a un joven con gruesas gafas y una trinchera, que estaba ensimismado en una mesa del rincón leyendo el papel provincial.

—¿Tan joven y ya es usted maestro? —le dije yo por decir algo.

—¡Y bueno! —apoyó el cafetero—. Todos están contentos. Lo

que sucede es que esos hombres tan ilustrados…

—¿Qué pasa con esos hombres tan ilustrados?

—Se lo diré en dos palabras: se mueren de hambre. Pero, eso, a mi entender, hace daño. Los payeses respetan más al cura cazador u hortelano, quiero decir al cura que a la hora de comer está bien situado, que al párroco de muchos latinajos y palabras. Y a los maestros les pasa igual. El maestro que en la mesa tiene recursos y conveniencias, siempre será tenido por los payeses como mejor pedagogo que el maestro escuálido. ¿Se acuerda usted de la época en que entre los maestros había tantos lisiados? ¿De aquellos cojos, tuertos y mancos tan pobres que tenían la carrera de maestro?

—¡Pero, hombre! Eso pasó ya. Actualmente, en el magisterio hay hombres apuestos y muy guapos.

—¡Déjeme terminar, por favor! —dijo el cafetero—. Lo que digo es que en aquella época, los payeses no se tomaron jamás en serio a los maestros lisiados. Y no se los hubieran tomado en serio aunque aquellos hombres hubieran sido unos sabiazos. Lo cual, a mi entender, redundó en perjuicio de la instrucción y de la educación general.

—¡No tanto, no tanto!… —dijo el joven de las gafas, notoriamente confundido.

—¿Ve usted? —dijo el dueño—. Estos hombres tan ilustrados no se enteran de nada. Los payeses odian a los maestros, como odian a todas las personas que no trabajan en la forma que ellos trabajan. Para ellos, un maestro es un ser inútil, un parásito. Ellos quieren enseñar y educar a sus hijos, pero todo es labia. Yo conozco casos de maestros de pueblos rurales que para leer tuvieron que esconderse para no escuchar las chanzas de la clase rural.

—¿Esto es verdad?

—Sí, señor. Es la pura verdad. Por esto yo digo: si un maestro no puede dar la impresión a los payeses al menos de que come bien, ¿cómo es posible que se defienda el desgraciado? Si además de ser tenido por un inútil y un parásito, resulta un parásito mal alimentado, ¿cómo quiere usted que llegue a tener la menor consideración social? Si con la ilustración que tiene usted pudiera dar la impresión de agarrar, de tanto en tanto, en la mesa, una perdiz, unos tordos o una becada, sería mucho más escuchado y hasta quizás tendría alguna lección particular, que, como usted

sabe, son las mejor pagadas.

Todo eso es para decir que en los pueblos rurales los curas y los maestros forman parte de la clase más indigente y que lo soportan con mucha dignidad.

LA CATÁSTROFE DE LOS PUEBLOS

En el curso de mis viajes me sorprende a veces un aguacero. El mes de septiembre es propicio a esa clase de fenómenos meteorológicos. Si me sorprenden en despoblado, me revientan. Si su caída coincide con el estar bajo techado, me ofrecen un magnífico pretexto para ver directamente los matices de la vida en los pueblos pequeños.

Desde luego vivimos un régimen meteorológico abrupto y destartalado. La lluvia es tan indocta que a veces parece que no sabe ni llover. No llueve apenas, pero cuando caen cuatro gotas se produce un finimondo. El agua cae del cielo a chorros, como si la regalaran, los tejados chorrean por doquier, las canalizaciones no pueden engullirla, las calles se convierten en torrentes, los campos se anegan y nuestros minúsculos ríos, que están como en la época prehistórica, por escaso pretexto que tengan, perpetran sus habituales y rutinarios estropicios.

Estando hoy en la fonda de un pueblo, la Naturaleza nos ha obsequiado con uno de esos estrepitosos fenómenos. Ha sido magnífico. La fonda de ese pueblo fue construida por un señor notoriamente optimista. Puso en ella cierto número de lavabos, espitas, grifos y todo lo que generalmente el agua necesita para aparecer a la vista del público de una manera ordenada y decente. Aquel buen señor, que debía ser sin duda un optimista, hasta puso una bañera. Pues bien: mientras en la calle caía el agua a cántaros y los tejados se habían convertido en una pura resonancia musical, abrí una espita del lavabo de la fonda y resultó que el agua manaba por doquier menos por la espita de referencia. La fonda estaba rodeada de agua por todas partes, pero dentro de ella no había manera de encontrarla.

Acostumbrado a vivir durante tantos años en lugares en que no había más que dar una vuelta a la espita para tener agua, a veces, sin darme cuenta, de una manera absolutamente automática, doy la

vuelta al grifo. Coincidiendo con esa acción mía, a veces se percibe un ruido raro: un poco de aire que aprovecha la oportunidad para salir de su encierro. Pero generalmente ni eso se produce. No se produce absolutamente nada cuando giro la rosca de la espita. Nada. Atonía completa. Eso es triste: una de las cosas más tristes del mundo es abrir una espita de agua y comprobar que no sale de ella absolutamente nada, la inanidad pura, el cero, cero, cero.

Cuando se prepara un espectáculo meteorológico de este tipo, se puede prever de antemano todo lo que sucederá. En primer lugar nos quedamos sin correo. Caen cuatro gotas y la primera consecuencia es que nos quedamos sin correo. Ya verá usted —dice la gente en los pueblos— como nos quedaremos dos o tres días sin correo. Y en efecto: al día siguiente, a la hora del reparto, encontramos al cartero en el café jugando al tute y fumando la pipa.

—¿Qué ha sucedido? —preguntamos.

—No se sabe nada —dice el cartero—, pero parece que se ha producido un desprendimiento de tierras.

Cuando caen cuatro gotas se produce ineluctablemente el consabido desprendimiento de tierras. A veces, estos desprendimientos, que por su indefectible regularidad parecen castigos de Dios, van acompañados de ligeros descarrilamientos. Digo ligeros, porque no suelen ocasionar desgracias personales, debido sin duda a la experiencia de los maquinistas. Cuando en este país se escucha la palabra «descarrilamiento», la gente levanta las orejas. He notado que las personas realmente enteradas de las cosas, admiran la candidez de que estamos poseídos todos los que formamos parte de la ciudadanía.

Cuando se produce un desprendimiento de tierras, hay que hacer trasbordo… y así nos quedamos sin correo. En el invierno pasado, a consecuencia de la caída de cuatro copos de nieve, nos quedamos ocho o diez días sin correo. Pero ¿qué más da? —dirán ustedes. La regularidad del correo es una mera reminiscencia de la época boba. Busquemos la satisfacción en otras manías. ¿Es que no nos lo dan todo hecho?

Otra cosa que deja de funcionar cuando caen cuatro gotas es el teléfono.

—Señorita, por favor, el número tal de tal pueblo…

Uno espera en la fonda, sentado o de pie, el tiempo de la

comunicación, o sea la demora indefectible —los teléfonos en los pueblos están generalmente como el día en que fueron milagrosamente inaugurados— y luego resulta que el pueblo no contesta.

En vista de ello, nos acercamos a la central de teléfonos. Desde la puerta vemos la cabeza de la señorita orlada por el arco de la taquilla. La señorita nos dedica —si está de buen humor— su sonrisa más administrativa.

—Siéntese usted —nos dice.

—¿Es usted muy pesimista, señorita?

—Depende…

—¿Depende, de qué?

—Es usted muy curioso. ¡Siéntese!

Y uno, claro está, se sienta en el banco que suele existir en esta clase de oficinas. Hay que sacar la petaca y el papel y liar el cigarrillo. Eso es siempre aconsejable de hacerlo lentamente. Así se pasa el tiempo. Una cosa es también aconsejable en estas circunstancias: tener una novela a mano, aunque sea una pura lata, para pasar el rato de una manera digamos entretenida. Los periódicos no sirven. Están leídos en un santiamén, es decir, son capaces de no ser leídos ni en un santiamén. El tiempo empieza a pasar con aquella majestad que tiene el paso del tiempo. La señorita saca y mete las clavijas. Vuelve a sacar y meter las clavijas. Los tubos de las clavijas forman a veces un verdadero lío. A veces cae una pequeña chapa de la fachada de la centralita y la señorita enchufa otra vez la clavija. ¡Qué vida más divertida! Y así se va pasando el tiempo con aquella mediocre melancolía de las esperas.

Pero a la postre, con el ánimo un poco desfallecido, uno se dirige a la señorita en busca de noticias.

—Comprenderá —dice la señorita—, han caído cuatro gotas, y…

—Pero ¿qué ha sucedido?

—Parece que se ha derrumbado un poste… —dice la señorita con la naturalidad de las personas enteradas— y ya sabe usted que los postes…

—Yo no sé nada de los postes, señorita. Ni de los postes ni de los hilos. Mi ignorancia es completa…

—Todo se aguanta por un hilo…

—¡Ya comprendo! ¿La interrupción será de muchas horas?

—No sabemos nada… Las brigadas…

—¡Las brigadas, los postes, los hilos!… ¡De acuerdo!

Luego se producen los apagones de la luz eléctrica. Mi experiencia en este asunto, que es bastante larga, me lleva a creer que hay dos clases de apagones: el apagón lacrimógeno, o sea una sucesión de apagones breves, en el curso de los cuales las bombillas se extinguen como un párpado que cae sobre un ojo lentamente, y luego, al cabo de un rato, se iluminan otra vez; y el apagón en seco. A veces, la mera preparación del espectáculo meteorológico produce el apagón, sea dulce o seco. Otras veces, se produce mientras cae el agua del cielo. El primer apagón es preventivo. El segundo es obligado por la coyuntura atmosférica.

Ante el apagón dulce, la primera cosa que a uno se le ocurre es pedir a la criada que traiga, por favor, una vela. La productora registra armarios y cajones buscando una vela, pero la vela no se encuentra. En las buenas casas suele haber velas, claro está. Son esas velas de color de rosa, acarminadas o de color de mantequilla, generalmente rizadas, que ponen en los interiores de las casas ricas los adornistas o decoradores, para que sus propietarios puedan transportarse *in mente* a la época del clavicémbalo.

—Son las velas de Mozart… —me dijo un día una señora rubia y soñadora, indicando con un gesto de la mano estos delicados objetos.

¡La época de Mozart! Bueno, bueno… Pero estas velas no suelen utilizarse para la combustión, porque para lo que sirven es para hacer bonito y para que sus propietarios cultiven sus ilusiones retrospectivas.

De las otras, de las velas corrientes, no hay ni rastro en la fonda. La criada ha registrado todos los cajones, todos los armarios, las mesillas de noche y las alacenas y no ha encontrado nada. Y entonces hay que formular la orden que se formula cuando caen cuatro gotas —orden que formula el fondista muy rígido y serio: «Que mañana se compren unas velas». Pero la perspectiva de pasar una noche obscura en un cuarto horrible es segurísima.

Es una orden que se da de mala gana. En primer lugar, porque las velas son carísimas. Las personas modestas no las podemos emplear hoy más que para colocarlas sobre los altares, para que los santos se apiaden de nosotros.

Pero hay otra razón por la cual damos la orden de mala gana. Por esta: porque vivimos en plena vida moderna. Y si vivimos en plena vida moderna y de pronto la solución es echar mano de las reminiscencias de la vida antigua, sentimos, al dar la orden, que hacemos un papel ridículo. ¿Quién nos había de decir que algún día necesitaríamos el horno de cocer pan que derribamos porque creímos que lo realmente natural era ir a la panadería? ¿Y no nos burlamos de la abuelita porque su capacidad para hacer las cosas en el plano de lo casero nos parecía una antigualla absurda? ¿Y el pequeño trujal de aceite que había en la casa de esos vecinos y que fue demolido cuando se instalaron los trujales modernos accionados por motores Diésel? ¿Y las tinajas y prensas que había en el pueblo, por qué se vendieron? ¡Si resucitara la abuelita y tuviéramos el horno de cocer el pan, qué bueno lo comeríamos! ¡Y qué excelente vino beberíamos! ¡Y qué aceite sabroso sacaríamos de las viejas piedras, en comparación con el que sacan de los trujales de hoy, que se abren cuando las aceitunas están casi podridas! Nos habíamos hecho muchas ilusiones. Hasta creíamos que la meteorología había cambiado y que el interés de la gente era favorecerse mutuamente. Sí, sí… ¡Naranjas de la China!

Cuando se produce el apagón en seco y la interrupción se alarga porque se ha derribado algún poste dado ya de baja hace mucho tiempo, vamos a tomar café y hemos de apechugar —ya que el funcionamiento de la máquina se ha interrumpido— con el café de colador que aquí llamamos *de barretina*.

—Hoy lo tendrá usted que tomar de barretina… —nos dice el dueño del bar, melancólicamente.

El dueño del bar, aficionado como un servidor a tomar un buen café, sabe que el café de barretina es una pócima imbebible. ¡Pero el mundo es así!

Y eso es lo que sucede cuando caen cuatro gotas. Gotas que por otra parte conviene que caigan porque de lo contrario el secano nos devoraría. Conviene que caigan a pesar de los estropicios que producen, y aunque sepamos que después de tanto ruido casi toda el agua se habrá perdido. Suele ocurrir, en efecto, que después del aguacero apenas se puede labrar. A las veinticuatro horas los ríos, riachuelos y torrentes vuelven a quedar secos.

EL POBRE PAYÉS

Y así, andando por el país, me encontré que en un pueblo se celebraba la feria de ganado. Por la mañana percibí, desde el cuarto de la fonda, el movimiento de carruajes y de carros, el parloteo de la gente y la sinfonía, para mí tan agradable, de los ruidos que emite el vacuno, la cerda, el lanar y el caballar. A las nueve de la mañana —hora en que salí a la calle— vi que en un café despachaban vermut con almejas. En un rincón del establecimiento, un tratante de blusa y vara de fresno contaba dos palmos cúbicos de billetes de Banco.

La feria se celebraba bajo unos magníficos plátanos. Estaba muy animada. Había payeses, tratantes y gitanos. Un joven muy elegante, con un sombrero verde ladeado y un clavel en el ojal, iba de grupo en grupo como una libélula petulante. Era el señor veterinario.

Me acerqué a un grupo numeroso y al asomarme me encontré situado entre un hombre que me pareció un payés pobre —que también los hay— y un gitano verdoso y jorobado.

Acabo de escribir: un payés pobre, que también los hay. ¡Y tal si los hay! Hay que acabar de una vez con ese infundio según el cual todos los payeses en Cataluña son intercambiables y que todos se han enriquecido por igual. Sería bastante fácil establecer las diferencias que señala la realidad.

Hay en primer lugar el tipo de payés hortelano, el payés que trabaja en las zonas de regadío —en la Maresma, en el Llobregat—, el payés que ara con un mono puesto, va al café cada día y vive, prácticamente, como un obrero industrial calificado. Esa clase, bastante nueva en la payesía catalana, no tiene prácticamente nada que ver con la manera de ser payesa ancestral.

Está luego el payés de secano. Pero el secano tiene una matización, en nuestro país, literalmente impresionante,

correspondiente a las innumerables diferencias de riqueza, de calidad, de producción, de situación de los terrenos de secano. Hay un secano opulento y un secano pobrísimo. Hay fincas enormes y fincas irrisorias. Hay fincas bien cultivadas y otras mal cultivadas. Hay payeses ricos, payeses pobres y payeses medianos. Luego hay el payés de montaña y de alta montaña que también tiene su matización, debido generalmente a la buena o mala racha de los asuntos forestales.

En Cataluña, la vida tiene una característica profunda: la diversidad.

En aquella feria, un tratante estaba vendiendo un vagón de yeguas de labor, de grupa bíblica, redondas y mansas. El hipotético comprador era un payés gordo y pequeño, de media edad, de color de ladrillo, con una gorra enorme, como una nube, que dejaba ver un cabello muy blanco. Sobre su respetable abdomen caía una cadena de reloj con el retrato —sin duda— de su señora, muy emperifollada.

El gitano, que estaba muy atento al trato, me dijo de pronto en voz baja, mirando al señor payés:

—Ese hombre debe de ser muy rico…

—¿Por qué lo dice usted…?

—Porque lleva un traje de pana flamante. ¿No percibe usted cómo huele la pana?

El gitano tenía buen olfato.

—El traje de pana que lleva puesto ese señor vale al menos novecientas pesetas…

—¡Es lo que vale! —corroboró sentenciosamente con una mirada triste el payés pobre que estaba al otro lado.

Antes había en este país una verdadera clase única de traje para la gente trabajadora. Era el traje de pana. En el país, se fabricaba la pana magníficamente. Duraba años y años. Era muy barata. Por un puñado de pesetas se tenía un traje de pana que no envejecía jamás. A la gente les gustaba esa clase de trajes, eran cómodos y de una economía muy agradable. Ahora, se han impuesto otras clases únicas. La pana —que era lo propiamente *standard*— se ha convertido en un auténtico lujo. Un traje de pana vale hoy un dineral. Adelante.

—Esas yeguas —dijo de pronto el tratante— podrían ser

francesas…

—*I un be negre*… —objetó el gitano, sarcástico, en voz muy baja.

—¿Dónde han sido compradas? —preguntó el payés con una vocecita atiplada, encendiendo un caliqueño.

—En Cerdaña… Y además, casi podría asegurarte…

—¿Qué es lo que podrías asegurarme?

—Que la yegua está preñada…

—Eso, lo veremos en mayo o en junio. Por el momento, nadie lo sabe.

El payés depauperado, que miraba al animal con unos ojos encandilados, arrobados, como si estuviera ante la verja del Paraíso, dijo risueño:

—Y ¿por qué no lo podría estar? La yegua es guapa, es muy guapa.

Se pasó luego a los ritos propios de esa clase de operaciones: se examinó la boca del animal, se le palpó el cuello y fueron concienzudamente miradas y remiradas las extremidades.

—¿Quieres que llamemos al facultativo? —dijo riendo el tratante.

—¡Déjalo! Está demasiado ocupado… —Y luego—: ¡La yegua tiene más de catorce años! —afirmó con gran seguridad iniciando un movimiento de despegue el payés acomodado.

—Si no nos conociéramos de hace tanto tiempo, te diría que eres un carcamal… La yegua tiene de ocho a diez años. La realidad es la realidad.

—La yegua es sucia de piernas y tiene la edad pronosticada…

Y se enzarzaron en una discusión pintoresca e inacabable que se limitó primero a los defectos y cualidades del animal y luego pareció entrar en cuestiones personales. Cuando el gitano observó que la cosa se enredaba dijo con una seguridad que hubiera envidiado el difunto profesor Wundt, de psicología experimental:

—El payés ha picado. ¡Comprará!

—Bueno y ¿cuánto pides por tu penco? Estoy cansado de oírte hablar…

Se hizo en el grupo un silencio sepulcral.

—¡Veintidós mil! —dijo el tratante mirándole en la cara—. Y te la doy porque eres tú y porque nos conocemos desde tantos años.

Sentí que me cogían de un brazo. Me volví. Era el payés pobre. Me pareció que estaba exaltado y que se había vuelto muy pálido.

—¿Cuánto ha dicho? —me preguntó con su cara en la mía, con los ojos exaltados:

—Veintidós mil…

—¡Virgen Santísima! ¡Es un escándalo!

—¿Qué le sucede?

El negociante y el payés regateaban. El payés contratacaba con ardor, pero no soltaba la prenda de una contraoferta. El negociante hacía el papel del enervado. Nada parecía importarle.

—¡Vete a la fonda y encarga un arroz! —dijo de pronto a un mayoral que tenía al lado—. ¡Para las doce! Marcharemos en seguida. ¡Estoy harto!

Y luego, dirigiéndose al payés:

—Dentro de cuatro o cinco meses, tú mismo pagarás por la yegua lo que te he pedido y mil duros más.

—Dentro de cinco meses, estaréis todos en la cárcel…

Sentí que me cogían otra vez del brazo. Era el payés pobre.

—¿Cuánto ha dicho? —preguntó con una voz blanda, muy deprimido.

—Veintidós mil…

—¡Virgen Santísima! ¡Qué barbaridad!…

El animal murió en veintiún billetes grandes —quiero decir de mil pesetas cada uno— porque los de cinco mil, a pesar de la expectación con que son esperados, todavía no han aparecido en la comarca. El grupo se disolvió lentamente. El gitano dijo a modo de despido ante nuestras largas caras:

—Las cosas valen lo que valen…

—¿Qué ha querido decir con eso ese gitano jorobado? —preguntó uno del grupo con cara de atontado.

—¡Qué sé yo… cosas de gitanos! —yo dije para despejarle.

Cuando todo el mundo se hubo marchado, quedamos frente a frente el payés pobre y yo, debajo de un pomposo plátano. Dábamos sin duda la impresión de dos seres pensativos, notoriamente abrumados. El hombre miraba obstinadamente al suelo. Yo fumaba una de esas labores entrefinas mirando el cielo azul que se entreveía a través del follaje del plátano.

—Yo llevo —me dijo el payés cuando estuvo un poco más

reanimado— un pequeño manso de secano. Soy pobre. Tengo familia. Poseo un caballo muy viejo. Es tan viejo que no tiene más que los dientes de delante. El ideal de mi vida hubiera sido tener una yegua. Las yeguas trabajan y crían. Los caballos solo trabajan. Las yeguas dan más. En una casa de campo son indispensables. Si yo hubiera podido tener una yegua hubiera salido adelante. Cuando pienso que el caballo es tan viejo hasta me dan ganas de reír. ¡Hemos pasado tantas horas juntos él y yo, labrando el secano! Cualquier día se morirá. Lo podría vender para la carne, pero lo quiero demasiado. Quizás cuando llegue a casa estará ya muerto. ¿Y entonces qué? ¿Sabe usted lo que hubiera valido antes esa yegua que hemos visto vender? Seiscientas pesetas máximo. Ahora, ¡veintidós mil!…

—Veintiuna mil exactamente…

—¡Es igual!… Seiscientas pesetas se podían tener antes, en siete u ocho años. ¿Cómo es posible tener ahora, lo que han pedido por ese animal?

—Lo que han dado por ese animal…

—Exacto. Sí, señor. Lo que han dado. Entonces ya ve usted el panorama. Cuando se muera el caballo, que es tan viejo que no puede aguantar más, ¿qué quiere usted que haga? No se puede llevar tierra alguna sin un animal. Tendré que marchar de la casa. Vendrá otro que tendrá una yegua. ¿Al propietario, qué más le da? Así, yo, a base de esos precios, no llegaré jamás a nada. Cada día seré más pobre, más pobre que una rata…

Era el momento de invitar a vermut. Pero el pobre payés no quiso aceptar.

—Después de lo que acabo de presenciar —dijo mirando el suelo— me haría daño…

POR EL OTRO LADO

A pesar de que en Cataluña las instituciones jurídicas sobre las que descansa la vida agraria son admirables —el contrato de aparcería, por ejemplo, es un contrato socialmente positivo, magnífico—, la vida de los payeses fue, en las épocas que hemos dado en llamar normales, bastante pobre y precaria. Cuando, por las razones que todo el mundo sabe, empezó la época de la escasez, los payeses se resarcieron y el tono de su vida subió notoriamente. Los productos de la tierra hubieron de pagarse muy caros. Los payeses levantaron cabeza. Cuando se pudieron vender, sin salir de casa, las judías blancas a catorce o quince pesetas el kilo y la tendencia alcista navegaba a velas desplegadas, ya se pudieron establecer algunas comodidades.

Así, los payeses entraron de lleno en la vida moderna, compraron sábanas, pantalones y aparatos de radio, hicieron obras, frecuentaron las peluquerías con más asiduidad que antes. Las ciudades, que en los períodos de escasez, son siempre las más perjudicadas, contemplaron el repintado de los payeses con ojos asombrados. Sobre el asfalto vive generalmente la ilustración, la crítica y el sarcasmo. Desde luego, todo el mundo comprendió que los payeses debían vivir mejor, de una manera más limpia y desahogada y que las formas arcaicas de su existencia anterior debían ser relegadas, con plena justicia, al pasado. Pero ello no quiere decir que los payeses no fueran objeto en las aglomeraciones urbanas de observaciones más o menos irónicas, a veces sarcásticas. Yo sé algo de esto porque mi vida transcurre, casi todo el año, entre los payeses catalanes. Con la manía que han tenido los campesinos de poner en sus masías cuartos de baño, me han ocurrido algunas escenas chuscas, muy típicas para explicar su manera de ser —manera de ser que no hay que olvidar si se quiere comprender un poco el fondo de Cataluña. En Cataluña no hay que olvidar nunca el

campo.

—Habrán puesto cuarto de baño, claro… —le dije un día a un payés prudente y sagaz.

—¡Hombre, claro! El primer año que vendimos bien la alfalfa.

—¿Buen cuarto?

—¡Regio! Hicimos lo que quiso mi mujer. Ella dijo: «Ya que hay que hacer un sacrificio, hagámoslo». Y lo hicimos, como es natural.

—Cuarto completo, desde luego…

—Completo, sí, señor, con toda la *requincalla*. ¿Lo quiere usted ver? Me parece que le gustará.

Subimos al cuarto y desde la puerta comprobé que realmente se trataba de un excelente cuarto de baño. A la legua se veía que había sido instalado por un albañil de pueblo y que la obra en conjunto se resentía de exceso de celo y de una preocupación excesiva para hacer las cosas como en el catálogo. Pero de pronto me sorprendió ver, sobre el mosaico, unas coloreadas plumas de gallina. Me acerqué a la bañera, y el misterio quedó rápidamente explicado. En el fondo del artefacto había tres capazos, y dentro de ellos, sobre la paja, tres magníficas cluecas estaban incubando unos huevos. Al acercarnos, las cluecas levantaron su cabeza feroz y alargaron el cuello, que es lo que suelen hacer cuando se las importuna. Pero no se movieron de sus capazos. Pensé que una bañera es probablemente un lugar muy adecuado para que una incubación de huevos se lleve a término de una manera feliz, completa y apropiada.

Quedamos el payés y yo un momento silenciosos ante el espectáculo. Los cuartos de baño, sobre todo los que no son muy utilizados, tienen siempre una cierta frialdad. Su blancura, su luz opaca y fría, el mosaico, suelen tener poca intimidad. Me di cuenta de que estos cuartos ganan considerablemente cuando son utilizados para poner las cluecas. Ganan en color, en tibieza, en simpatía. Aparte de lo que ganan en utilidad.

—Usted comprenderá —me dice el payés sin inmutarse—. Eso de los baños es cosa de la juventud. Nosotros ya no estamos para nada… De este modo acordamos subir las cluecas al cuarto. En un rincón u otro hay que ponerlas. Aquí tienen mucha tranquilidad.

—Desde luego… Y cuando no hay cluecas, ¿en qué utilizan ustedes el baño? ¿Qué ponen ustedes en la bañera? ¿Algún tiesto?

¿Alguna planta? Las macetas puestas en una bañera son fáciles de regar. El agua se escurre fácilmente y no deja la mancha que regados en el suelo suele dejar.

—Cuando fui con mi mujer a Barcelona, vi que ponían los tiestos en los balcones, para lograr el mismo resultado. Por cierto que a veces se expone uno a una rociada.

—Exacto.

—En realidad, utilizamos el cuarto por la fiesta mayor, cuando vienen los forasteros. Ya sabe usted que ahora la gente está muy bien acostumbrada y que no se priva de nada.

—Sí, señor. Está acostumbrada a pagarlo todo muy caro, a pagarlo todo excesivamente caro. ¿Quiere usted una costumbre más impresionante?

—¡Je, je! —dice el payés pasándose, con una sonrisa de roedor, la mano por el cogote y mirándome con sus pequeños ojos fríos y pardos.

Es curiosa la diversidad de reacciones que una misma cosa puede producir. En el mismo pueblo donde se utiliza un cuarto de baño para que las cluecas incuben sus huevos en un ambiente de paz y tranquilidad, otro payés me dice con una convicción rayana en lo dogmático:

—En mi cuarto de baño no entra nadie…

—¿Cómo que no entra nadie?

—Sí, señor. No entra nadie. Las órdenes las di en ese sentido, y en mi casa, lo que yo digo se hace…

—Bueno, entrarán los chicos y las chicas a lavarse…

—No, señor. Mis hijos no entrarán en el cuarto de baño hasta que sepan lavarse.

Me quedé silencioso, mirándole.

—Comprenderá… Lo ensucian todo: el suelo, los azulejos, las espitas, las paredes. Si entraba el servicio era peor, porque llegaban con las alpargatas y los zuecos de la cuadra. Por eso dije: ¡Basta! En cuatro días hubiera quedado todo estropeado, y hubiera sido una lástima. Y así, desde que di la orden, no entró ya nadie.

—Pero ustedes entrarán. Usted, su señora…

—Muy de tarde en tarde. Se trata de cosas delicadas. Mi mujer entra para limpiar, para tenerlo todo brillante, las espitas relucientes y todo enjabonado.

—Ya comprendo. Ustedes se dedican a limpiar su cuarto de baño, y en cambio no lo utilizan para lavarse.

—Nosotros somos tan limpios como el que más…

—Hombre, claro…

—… y no necesitamos el cuarto para lavarnos.

—¡De acuerdo! Sin embargo, francamente, creo que tienen ustedes un respeto excesivo por el cuarto de baño.

—Le repito que son cosas muy delicadas.

—Sí, desde luego. Sin embargo, sospecho que no duerme usted en el suelo con el pretexto de que su cama es muy delicada y que no por ser delicada una silla deja usted de sentarse.

—Son cosas distintas. Un cuarto de baño es un cuarto de baño. Todo ha de venir por sus pasos contados. Cuando todos sepamos lavarnos sin chapotear, entonces será el momento de utilizar el cuarto. Por el momento, permanecerá cerrado.

El payés abre un poco la puerta y me enseña, sin trasponer el marco, su impoluto cuarto de baño. Está tan limpio, tan bruñido, tan reluciente, que tiene alguna cosa de funerario. Su fría vaciedad sobrecoge. Parece un cuarto de baño de escaparate.

—¿Qué le parece? —me pregunta el payés con un aire triunfante.

—Magnífico, y, además, con el tiempo, irá ganando. Yo en su caso lo cerraría para siempre jamás.

CONVIENE PRECISAR

Yo no podría continuar trabajando en ese pequeño libro sin aclarar y fijar previamente algunas cosas elementales.

Cuando se habla, en este país, de los payeses se corre siempre el riesgo —tenemos sobre ello una larga experiencia— de que se nos atribuya una tendencia a usar la palabra en el sentido despectivo y grotesco que años atrás algunos papeles humorísticos del país dieron a la palabra. Este sentido despectivo existe y es corriente encontrarlo, incluso entre personas cultivadas, en las grandes aglomeraciones urbanas. Esas aglomeraciones producen un material humano bastante pedantesco que tiende inconscientemente a creer que su paisaje urbano —generalmente horrible— es el ombligo del mundo y el desiderátum de todas las cantidades y de todas las calidades. Dejémosles las ilusiones porque si no las tuvieran, ¿cómo podrían los pobres resistir la ciudad que habitan y la vida que llevan?

No, líbreme Dios de usar la palabra payés en un sentido distinto del literal en la lengua que hablamos. Un payés es el hombre que trabaja y cultiva la tierra y vive en el campo. En ese sentido ser un payés es un honor, y un honor muy alto. Jamás hemos puesto en la palabra un matiz despectivo cualquiera, ni la hemos utilizado como una chanza. No entrecomillamos la palabra porque estamos un poco fatigados de entrecomillar palabras y tenemos en realidad el cerebro entrecomillado; no lo hacemos porque la palabra es perfectamente clara y perfectamente comprensible, y además porque un payés no será nunca un campesino, ni un labrador, sino algo absolutamente distinto. Un payés es un payés, y nada más que un payés, como perfectamente indica la palabra. Nosotros lamentamos, con sinceridad, que para llamar a un payés, payés, no haya una palabra más adecuada. De haberla, la utilizaríamos, porque los escritos han de ser claros. Pero no habiéndola, no

podemos hacer otra cosa que usar nuestra expresión, ya que, de no hacerlo, nos convertiríamos, como algunos estilistas indígenas, en un tubo de la risa.

Quede, pues, bien entendido: aquí no se habla ni de los payeses en sentido general o universal, ni siquiera de la clase campesina peninsular. En España la vida del campo es de una variedad tan asombrosa que yo renuncio a tener de un panorama tan dilatado la menor idea clara. Hablo de los payeses de aquí, de Cataluña, país que tiene una constitución básica puesta sobre el derecho romano. Eso hay que recordarlo siempre, porque el complejo de las virtudes y de los vicios de nosotros los payeses forma una manera de ser que arranca del derecho romano.

En los últimos años ha sucedido aquí un fenómeno considerable. En Cataluña el nivel de vida de los payeses ha subido considerablemente. Este es un hecho público y notorio y, a mi entender, de grande importancia. No todos los payeses se han beneficiado igualmente de una situación que en ningún caso contribuyeron a crear. Ya lo hemos dicho unas páginas más adelante. Lo cierto es que en 1936, para dar una fecha, la clase payesa era la más pobre del país. El obrero industrial vivía muchísimo mejor. Ahora sucede al revés. Los payeses viven hoy considerablemente mejor, no solo por tener el problema de la comida automáticamente resuelto, sino porque además todos los productos que venden tienen una remuneración muy alta. La vida es cara y las convulsiones políticas, económicas, sociales, tendieron siempre a la valoración de lo necesario, de lo indispensable en detrimento de lo superfluo, contra lo que sucede en épocas normales, en que la abundancia crea el fenómeno contrario. En Francia —por las noticias que tengo— ha sucedido un fenómeno igual. Los payeses franceses, los *paysans*, no solo han comido durante los últimos trágicos años, sino que a sus arcas han ido a parar todas las sucesivas monedas que desde el principio de la guerra se han producido en el país vecino. Toda catástrofe produce escasez. La escasez coloca los productos de la tierra en el centro mismo de la vida social. Por este hecho, los productores agrarios se convierten en la clave de bóveda de la sociedad entera. Desde 1917, la historia interna de Rusia no es más que una lucha feroz —a veces larvada, a veces sangrienta— entre campesinos y obreros

industriales.

A consecuencia del fenómeno que estamos señalando, nuestros payeses viven hoy mucho mejor que antes. En muchas de nuestras casas de campo se han hecho obras. Se han limpiado y adecentado viviendas y establos. Algunas de nuestras casas de campo han sido compradas por los masoveros a los propietarios. Ha sucedido, en este punto, una profunda aunque callada y positiva revolución social —mucho más profunda que en la época del griterío demagógico y completamente estéril de las épocas pasadas. Los propietarios viven en Barcelona, van al cine, llevan cuello duro y sus hijos, haciendo los padres un gran esfuerzo, estudian el Bachillerato. Los propietarios se han ausentado; a ellos, a sus señoras y a sus hijos, les parece aburrida y triste la vida en las masías; mientras tanto, los payeses, los masoveros, en plena prosperidad económica, se comen las butifarras. En muchas casas campesinas, viejas, admirables casas de piedra dorada, empiezan a encontrarse algunas comodidades. Muchos chistes y chanzas e historias se han echado a volar con motivo de esta trascendental transformación. Ello es perfectamente natural. Un fenómeno tan profundo como el que se está produciendo en el agro ha de ir fatalmente acompañado de las pequeñas escenas grotescas, divertidas, a veces petulantes, otras irrisorias que toda transformación rápida proyecta sobre las personas afectadas. Esto lo hemos recogido y lo hemos hecho sin trascendencia satírica alguna, sino porque los papeles que aspiran a ser un espejo de la época en que viven han de recoger sus luces y sus sombras y los trazos más significativos y lo que acompaña —aun las nimiedades, las sabrosas nimiedades— el desarrollo de su espíritu.

Pero todo eso es igual. Lo que sucede es que los payeses van entrando, poco a poco, en la vida moderna, están abandonando la vieja incuria y el abandono en que por pobreza vivían antes. Esto es, a mi entender, un gran bien, algo profundamente positivo y sano desde el punto de vista de los intereses generales. Los propietarios que abandonan sus fincas, embabiecados por las luces de la gran ciudad, constituyen una especie cualquiera de parasitismo de un interés escaso. Los propietarios que abandonan sus tierras producen —me producen al menos a mí y sobre todo en la época que estamos viviendo— una verdadera lástima. En las épocas críticas hay que

vivir en el campo. Las grandes ciudades, cuando no se dispone en ellas de lo que significan las palabras «gran ciudad», no son más que instrumentos de tortura, simples aglomeraciones siniestras, meros pretextos para sufrir en medio del material humano.

La realidad es, pues, esta: en nuestro país se ha producido, se está produciendo una considerable revolución alrededor de la propiedad de la tierra. Ello transcurre en los despachos, sobre las mesas de los señores notarios. Las mejores revoluciones son las que ocurren sobre las mesas de los señores notarios. La característica de esta revolución puede resumirse en tres o cuatro palabras: en este país, el número de pequeños propietarios ha aumentado en los últimos años. A mi entender, esto es un gran bien. En su consecuencia, los payeses han elevado su nivel de vida. Ya les convenía. Vivían lamentablemente y en condiciones de miseria que clamaban al cielo. Envidiar su adecentamiento, combatirlo, no sería justo.

Ante la notoria entrada de los payeses en la vida moderna, algunos observadores de la realidad circundante me hacen notar que ello cambiará la manera de ser, la psicología de la clase. Yo lo dudo. No veo que la prosperidad haya cambiado en un ápice la mentalidad y el carácter de los payeses.

A mi modesto entender, la nota más destacada de la psicología payesa es una fundamental incapacidad de estos hombres y de estas mujeres de evadirse de lo que piensan y hacen. El hombre moderno tiende, en general, a convertir su manera de ser en una serie de compartimientos estancos. Existen separados en su vida cotidiana, el trabajo, las distracciones, la vida familiar, las relaciones, los viajes, el veraneo. En cada una de estas sucesivas maneras u ocupaciones, el hombre es diferente. El trabajo llega hasta aquí, pero cuando uno lo ha terminado se evade hacia otras maneras, hacia otras ocupaciones, a veces más agradables, a veces más penosas. Esta tendencia es indubitable en la época presente, y aunque a mí me parezca que es muy difícil dividir en compartimientos de una manera absoluta la personalidad humana, es notorio que en algunos países sobre todo se ha logrado la formación de tipos que cambian de mentalidad, de humor, de color y hasta de léxico, según sean sus ocupaciones, labores, trabajos y juegos. En los payeses, sobre todo cuando están formados o han

superado el gamberrismo de su vitalidad juvenil, no se observa esta facultad de evasión a algo distinto de las formas impresas en su mente por su trabajo. El payés es siempre igual a sí mismo, lo mismo cuando tiene el arado en la mano que cuando habla con su mujer, lo mismo cuando está en el mercado que cuando está trillando. El payés lo enjuicia todo como payés. Cuando se distrae piensa y hace lo mismo que cuando trabaja; cuando va por el mundo desarrolla las mismas reflexiones, tiene los mismos gustos y las mismas actitudes que cuando está parado. Comprende que una de las cosas que hay que hacer es un poco de vida familiar y social, pero no por ello cambia de lenguaje, ni de manera de pensar. El payés es un obseso. Es payés ininterrumpidamente. No hay paréntesis en su vida, ni transformaciones de su personalidad.

El payés es un obseso, ¿pero un obseso de qué? —preguntarán ustedes. Desde luego es un obseso del tipo del derecho romano: un obseso de riqueza, de tierra, de dinero, de intereses. Y lo curioso es que, a mi modesto entender, desde luego, se da raramente en un payés la figura acumulada del comerciante. Raras veces un payés es un ser doblado de comerciante. La payesía es un plantel de comerciantes, pero sin duda porque si fuera frecuente la acumulación en una sola persona de la obsesión payesa y la ligereza mercantil se daría un tipo de hombre peligroso por exceso de desarrollo, la Naturaleza no suele producir tal engendro. En general, el payés es un comerciante mediocre, un comerciante de indudable juego mental, pero generalmente incapaz de rematar las jugadas. No remata las jugadas a veces porque no sabe; otras, por codicia, porque por exceso de querencia rompe el saco. Imagínense ustedes si en la época que estamos pasando los payeses hubieran prescindido de intermediarios y hubieran realizado el abastecimiento por su cuenta. Su prosperidad actual se hubiera podido multiplicar por la cifra que les hubiera dado la gana. Pero no son comerciantes. Y no lo son a veces por exceso y a veces porque quieren aparentar una vivarachería que les delata y les es contraria. Los payeses raras veces rematan. Incluso son objeto de engañifas de una sensacional puerilidad.

Son obsesos, pues, de riqueza en todas sus formas, pero lo curioso es que con toda su obsesión acaban, en el mejor de los casos, con ir simplemente tirando.

AHONDEMOS UN POCO MÁS

Hoy amaneció un día nublado y tristón y además resultó que era domingo. Los domingos hay que descansar. Añádase que el día se prestaba poco para andar por las carreteras. Mi intención hubiera sido trasladarme a un pueblo determinado utilizando un carro o una tartana payesa. Pero no habiéndola encontrado, no tuve más remedio que utilizar el transporte en común, el autobús destartalado e indefectible.

El autobús va pasando por los pueblos. Mediodía de un día de fiesta. En las paradas —que suelen estar cerca de los cafés y tabernas— los payeses se acercan y rodean el autobús. Algunos vagaban inciertos por la carretera; otros jugaban al truque o la malilla en la taberna. Lo han dejado todo para venir a contemplar el movimiento. Los payeses van a la hora vieja y tienen en la cara la placidez de la digestión sólida y decente.

Los payeses están satisfechos. Dentro de la tónica de sobriedad de sentimientos que les caracteriza, se ve que están satisfechos. La reserva es, sin duda alguna, la característica más notoria de su manera de ser; pero quizá el único sentimiento que no pueden ocultar es la satisfacción de carácter económico. Cuando se consideran económicamente saturados, se pasan casi todo el día, cuando están solos, con una levísima sonrisa en las comisuras de los labios, una sonrisa que parece imitada de la de los conejos. En la interioridad más profunda de su sensorio, calculan, suman, restan, tiran planes —como ellos dicen—. A veces, abstraídos, la mano se les va al cogote y se rascan un momento. Se rascan como si dieran cuerda a un reloj invisible. Cuando se produce ese movimiento es que nos acercamos a un proceso de cálculo o a la toma de una decisión importante. En efecto: ese gesto suele coincidir en ellos con el proceso de una operación aritmética: once y doce, veintitrés… pero quizá llegaremos a veinticuatro…

¡Esta sonrisita, esta leve sonrisa! A veces ríen mirando el cielo, otras mirando a la tierra. Arando, detienen un momento los bueyes y se quedan inmóviles para sonreírse. Mano al cogote. Operación aritmética paralela. Once y doce, veintitrés…, pero quizá llegaremos a veinticuatro… Algunos añaden: ¡si Dios quiere!

Hay otro síntoma que indica que los payeses hoy están satisfechos: se han vuelto retozones. Los payeses son ininteligibles. El mundo moderno ha realizado un gran esfuerzo para lograr que la mayor cantidad posible de personas hable con claridad y logre hacerse entender. Los payeses han quedado voluntariamente al margen de este esfuerzo. Su lenguaje es, por expresa deliberación, obscuro, vago e incoherente. Es un lenguaje que no obedece a ninguna razón o sistema lógico, a ningún esquema ordenado y coherente. ¡Yo ya me entiendo!, dicen los payeses. El problema de saber en qué consisten a cada momento el interés y la conveniencia de los payeses es siempre arduo y difícil. Cuando uno espera que dirán sí, dicen no; cuando uno cree que contestarán blanco, contestan negro. Se ha dicho que los payeses son egoístas. No creo que lo sean ni más ni menos que los otros estamentos. Lo que pasa es que los otros hacen lo posible para no parecerlo y los payeses, por exceso de celo, enseñan la oreja. Su lenguaje, incoherente y deslavazado, como el de los niños, es una defensa, como es una defensa para el calamar el chorro de tinta. Pero su forma de expresión les da aspecto de desconfianza, de inseguridad y de reserva permanentes.

—Parece que se gana algún dinero… —digo a un payés, para decir algo.

—¡Hombre! —me contesta sorprendido, falsamente sorprendido.

—Le decía que parece que se gana algún dinero…

—Hay quien lo gana y quien no lo gana. ¿Comprende?

—Sin embargo, todo parece indicar quejen general se gana algún dinero.

—Sí y no… Depende.

—De todos modos se gana algún dinero. Usted lo gana.

—Yo gano y pierdo. ;

—Bueno. Pero usted, es público y notorio, ha ganado dinero.

—Sí, he debido ganar algún dinero, pero hubiera podido ganar mucho más…

—Pero usted ha ganado dinero…

—Sí, pero…

—¿Pero qué?

—¿Quiere usted decirme qué clase de dinero es el que se está ganando?

—Sí, claro, pero es que resulta que no hay otro, ¿comprende?

—Pues, sí: se gana algún dinero, pero sin satisfacción…

—¿Quiere usted darme a entender que cuanto más dinero se gana más triste uno se pone?

—La vida es muy triste. Las contribuciones nos han de matar…

Etcétera, etcétera. Es preferible dejarlo correr definitivamente.

Retozar, lo que se llama retozar, los payeses lo han hecho siempre. Su socarronería mental es tan incoherente como el lenguaje que utilizan para vender una vaca o un cerdo. Ahora, sin embargo, su socarronería menudea más y su ilusión es lo que ellos llaman tomar el pelo. Hoy es perfectamente posible tener una larga conversación con un payés —conversación inocua, grisácea e incluso pesada— para resultar luego que el payés le ha estado tomando a uno el pelo. Uno no se ha enterado de nada, pero al llegar a casa le dice el payés a la payesa: ¡Si hubieras visto cómo le tomaba el pelo!

Por otra parte, los payeses se han vuelto, en los últimos tiempos, muy refraneros. La llamada sabiduría popular, que encaja muy bien con las personas sabias y prudentes cuando estas personas ganan dinero, es utilizada hoy, por los payeses, a cada momento. Uno se expone, en su trato, a que le suelten por delante frases como estas: Quien mal anda, mal acaba. Quien mucho abarca, poco aprieta. Dime con quién andas y te diré quién eres. Vale más pájaro en mano que ciento volando. *No es pot dir blat que no siguí al sac i ben lligat…*

Los payeses han ganado dinero. Algunos un poco de dinero, otros menos. Les ha sucedido lo que a todos los que ganaron dinero fácilmente: se han vuelto un poco tontos, cosa natural y perfectamente compatible con el ganar dinero. Se han vuelto además un poco pesados, pedantescos y refraneros. Cuando pasan por la carretera, tan rígidos, pausados y displicentes, nos quieren hacer creer, por el mero hecho de existir, que para enriquecerse han debido gastar su privilegiada inteligencia. Pero esto, a pesar de que

la seriedad y la hinchazón crea una segunda naturaleza, no se lo creen ni los payeses mismos. Todo esto, si queréis, mueve un poco a risa; pero lo cierto es que en los tiempos presentes uno se siente a su lado como un pobre diablo insignificante e inservible.

A pesar de que en las ciudades hay muchas personas que en virtud del mismo truco han ganado a proporción tanto dinero como los payeses y más, no se ven en las grandes aglomeraciones urbanas estas escenas. En las ciudades, la gente es más cauta y secreta. Pero es que los payeses no pueden dejar de reaccionar expansivamente ante la satisfacción económica. Este es quizá —ya lo decíamos— el único sentimiento que no pueden reservar. En las ciudades todo sucede en las zonas profundas, es decir, más allá del comedor. En los pueblos todo transcurre en la carretera.

ANTE UN MÁS

Hoy, después de haber andado una hora o poco más, me he sentado en un ribazo del camino para contemplar el paisaje. Delante de mi vista tengo, a primer término, un rastrojo, que un payés pequeñito, con una lenta yunta de bueyes, está labrando. Después se ve un campo de alfalfa de un verde un poco áspero, ligeramente tocado por encima de la flor de la hierba, que es malva y morada; a uno de sus lados hay una viña. En el otro campo, sobre la perspectiva, se levanta una gran masía, un bloque de piedra dorada, con un tejado de frontón triangular. Ese triángulo, sin embargo, no es regular. El lado de la derecha del triángulo es más largo, se prolonga más que el lado izquierdo del tejado. Esa irregularidad da una deliciosa gracia a la fachada de la casa. Sobre sus piedras, que el sol de la tarde estremece con un pálpito de color caliente, y transfigurado, se levanta un viejo ciprés esbelto. El brocal de un pozo pone al margen de la era una amable intimidad. La luz del sol se vuelca sobre la paja de los almiares que tienen un color incandescente, de estaño fundido. Con el paso del año, este color se irá dorando y amarilleando. Más allá de la masía se dibujan unas pequeñas lomas de una gran suavidad y elegancia de perfil. Esas formas azuladas, verdosas, parecen flotar en la luz deslumbradora, radiante, afectada por un punto imperceptible de melancolía otoñal. Sobre los perfiles de las lomas se destacan las líneas de los aleros de la casa. Entre los perfiles lejanos y el perfil de la obra se establece como una correspondencia, una conjugación, un paralelismo cierto, aunque gracioso y vago. La casa está admirablemente colocada sobre su paisaje. Los hombres que la levantaron se dieron cuenta del peso, de la forma, del espíritu de la realidad circundante. Un buen gusto instintivo, nacido de su innata humildad, eliminó de su mente todo exabrupto presuntuoso, esa tendencia al exabrupto y a la pedantería que en la arquitectura moderna es constante. Levantaron su casa en

función del paisaje. Crearon una obra útil, bella, elegante. Cuatro siglos después de haber sido levantada, su obra produce sobre mi espíritu una amable fascinación, tranquiliza y reposa mi ánimo. Alrededor de la casa hay una gran paz. Su asentamiento tiene la discreción de no crispar nada. Por el contrario: la tierra parece gozarse manteniendo en la palma de su mano una forma humana luminosa y corroborante. Tierra y obra parecen unidas en la misma larga, ancha sinfonía del paisaje.

Confieso que la contemplación de nuestras viejas masías me atrae. Son muy bellas. Me infunden además el mayor de los respetos. Su contemplación predispone mi ánimo a pensar en temas más vastos y generales. En el sistema social de nuestro país, esas casas son muy importantes. Es siempre cosa útil, normativa, necesaria, meditar sobre nuestras raíces terrenales. Cuando lo hago, vienen a mi mente algunos textos que en el sistema de nuestra cultura tienen el lugar más elevado.

El obispo Torras y Bages, en una pastoral inolvidable, «La pagesia catalana» (*Obras completas*, pág. 1010), ve en nuestras *cases de pagés* el origen de la continuidad del país.

«En la contemplación —escribe— directa e inmediata de la composición social de nuestro país, vemos, como nuestros antecesores, nuestros progenitores, nuestros antepasados, que dieron forma a nuestra sociedad, tuvieron en virtud de la natural finura de su entendimiento, fecundado por la gracia cristiana, un conocimiento práctico de las conveniencias sociales al fomentar la constitución y permanencia de las casas de campo, a las que Le Play llamaba *familles souches* (Le Play: *La reforme sociale en France*, vol. II, pág. 66), familias que son como los troncos de donde provienen, como renuevos, otras familias, que enlazándose unas con otras favorecen el espíritu de familia, y constituyen una medicina contra la acción disolvente y corrosiva de los tiempos, que así como llega a carcomer y desmenuzar las rocas de los montes, convirtiéndolas en arena, asimismo tiende a disolver la asociación humana, dejando a los

hombres disminuidos como granitos de arena, movedizos e incapaces de resistir los torbellinos y tempestades que naturalmente a menudo asolan la tierra».

Quien ha desarrollado de una manera más lúcida y completa la idea del obispo Torras de considerar nuestras *cases de pagès* como manantial perenne de la continuación de nuestra sociedad, ha sido don Jaime Raventós, uno de los más grandes escritores payeses de la historia de este país. En el prólogo de uno de sus más curiosos libros, en lo que él llamó «Divagacions preliminars» de su *Historia cabaler*
d'un
(Foment de Pietat. Barcelona), hay una página de antología, una página que invito a leer porque es el reflejo exacto de nuestra realidad social.

«Estas casas —escribe el señor Raventós— que no se elevan jamás de la suave colina, al abrigo de las sierras, ni descienden tampoco más abajo del llano que domina la ribera, son las plácidas habitaciones donde se engendraron nuestras pacíficas dinastías. En ellas nacieron los humanistas, los eruditos, los sabios, los prelados, los gobernantes, los comerciantes, los industriales. No existe ni una sola de estas casas que no posea, en su historia, uno o varios hombres célebres. Y toda esta gloria proviene de la indivisibilidad del patrimonio hereditario. Cueste lo que cueste, la casa solariega, con las tierras que la mantienen, es preciso que se conserve con su unidad indivisible. Este árbol, conservado a través de muchas generaciones, va ofreciendo brotes que han de ser trasplantados necesariamente y que contribuyen a enaltecer más a la dinastía que los propios *hereus*, que tienen por misión principalísima la continuación de la casa solariega.

»De una casa así nació aquel obispo; de esa otra, aquel monje; aquel célebre político era natural de aquella; nacido en tal otra, fue el industrial que fundó la colonia cerca del río; de la casa de más allá, el comerciante que fue y regresó varias veces de América. Los segundones de una y otra generación saben de dónde sale el nombre que llevan y toda su vida conservan amor a la cuna que los meció. Una gran casa se iba hundiendo por la mala cabeza o la incapacidad del *hereu*\ ¿sabéis por quién fue enderezada? Un hijo segundón que regresó soltero de América pagó las hipotecas y puso

frente a la finca a su sobrino para que cumpliese la misión de conservador. Cuando otra casa no se aguantaba e iba a ser vendida a gente extraña, se presentó cargado de oro un segundón que no quiso que la casa cambiara de nombre. La casa que cambia de manos —según la sabiduría popular— es como perdida y así se considera hasta que el tiempo y la adaptación han hecho del nuevo propietario un elemento connatural. E incluso entonces no cambia de nombre, sino que a través de muchas generaciones conserva el nombre primitivo y lo da a sus nuevos propietarios.

»Las casas *pairals* han sido y son la aristocracia de nuestro país, el más demócrata de todos los países europeos. Esta aristocracia media nuestra —y valga la expresión— no posee castillos en lo alto de las montañas porque no es guerrera, ni tiene muros almenados porque jamás gastó flechas, ni hondas ni fusiles. La puerta de su casa está siempre abierta de par en par y se entra en ella sin llamar. Esta aristocracia nuestra no ha imaginado jamás tener la sangre de color distinto que la de sus masoveros, aparceros y jornaleros asociados a sus empresas.

»Esta aristocracia nuestra ha sido virtuosa y trabajadora, organizadora de empresas agrícolas, ha creado una organización económica de censos y arrendamientos, aparcerías y masoverías y *rabasses*, que ha trabado fuertemente entre sí a la sociedad payesa. Y todavía esta red trabada resiste a los esfuerzos y forcejeos de economistas y seudogobernantes que no toleran sino las formas apriorísticas forjadas en su cerebro y no saben estudiar ni aprender de las sociedades formadas por la Naturaleza.

»En sus funciones, esta aristocracia no puede ser despótica, porque no representa un señorío sobre parias, remensas o esclavos, sino un grupo democrático seleccionado, al que si le damos el nombre de aristocracia es tan solo por una remota similitud que presenta con aquella extinguida clase social, por razón de su influencia y de ser hereditaria. En realidad, en su mayoría es una clase salida del pueblo por selección, con entronques íntimos de trato, de colaboración de intereses e incluso de parentesco con las clases más modestas y que si no cumple su función social muy fácilmente puede caer de su lugar privilegiado, mientras suben a él con igual facilidad familias de categoría inferior que se hicieron merecedoras de ello gracias a su talento, actividad y amor a la

tradición».

La cita es muy comprensiva, abarca el ancho horizonte de nuestra realidad social y responde a la verdad. Inicialmente, y de una manera siempre renovada, surge de nuestras casas de campo la energía humana que asegura, al desgajarse de ellas, la continuación de nuestra sociedad. Si ese libro tuviera alguna finalidad sociológica, nos costaría poco demostrar este hecho en todos los momentos de nuestra historia. En el curso del último siglo, en nuestra era propiamente moderna, el fenómeno parece haberse todavía acentuado. El proceso de la industrialización, el proceso de la formación de Barcelona, el proceso del recobramiento de nuestra personalidad ha sido creado, impulsado, mantenido por hombres nacidos en esos microcosmos esparcidos difusamente por el ámbito de nuestro paisaje y cuya trabazón orgánica constituye nuestra auténtica alma *mater*, En Barcelona viven cuatrocientas mil personas cuyos bisabuelos, cuyos abuelos fueron payeses. Ello hace que la manera general de ser del país se encuentra afectada por esa ascendencia indubitable.

EL PASO DE LA FRUTA

Esas casas de campo, o masías, son muy bellas.

Su planta es la de la casa romana. Tienen una gran entrada rectangular y habitaciones a ambos lados de la parte profunda del rectángulo. Tienen un primer piso que es una réplica de la planta, y un segundo piso dedicado a granero. La fachada está rematada por un tejado de vertiente suave. A veces, el segundo piso tiene, dando al exterior, unas aberturas con arcos de medio punto, graciosos y aéreos.

Frente a la casa, a la izquierda, suele haber un ciprés, signo de la hospitalidad. A la derecha, una higuera antigua, que en verano sirve para que los payeses hagan, a su sombra clara, una siesta benigna, con una cigarra rasgueando el aire inmediato luminoso, deslumbrador. A veces, bajo la sombra de esas higueras, pasa el zumbido perezoso de una abeja. En los alrededores de la casa hay almendros, granados, algún níspero. Se columbra desde la puerta de la casa el olivar, la viña, el pequeño bosque para la leña. Todo es minúsculo, de una presencia familiar, absolutamente conocido. A dos pasos de la puerta, sobre la era, están los pajares, dorados en verano y que van palideciendo, con el paso del año, las lluvias y los vientos.

Alrededor de esas casas suele reinar, casi siempre, un gran silencio. El viento murmura en las frondas de los árboles inmediatos. A veces silba o pasa grave por las chimeneas. Los trabajos del campo se desarrollan alrededor de la casa, sin hacer apenas ruido. A veces parece que estas casas tienen un ritmo mortecino. Otras veces parece que no las habita nadie, que están muertas. Solo el canto de un gallo, el mugido de una vaca, el ladrido de un perro, rompe el silencio. La gente entra y sale, engancha o desengancha un carro, aparece y desaparece en medio de un silencioso automatismo. En la vida del campo no hay nada

gratuito, nada postizo, nada innecesario. Todo se justifica. Hay tres momentos durante el día en que esas casas parecen animarse: por la mañana, al mediodía, al anochecer, es decir, en los momentos en que los animales reciben el pienso. Los animales no saben disimular ni su hambre ni su sed, y por eso, cuando llegan esas horas, se produce en las casas de campo una formulación animal de deseos y de anhelos. Ello las llena de movimiento, de ruido y de vida. Cuando las necesidades están satisfechas se proyecta sobre las masías una morosidad y una calma suave y tupida. El ritmo de su vida se amortigua, se hace más lento, queda como diluido. El ritmo de las masías está entonado en las necesidades digestivas, en el fondo somático de la vida.

Esas casas suelen tener pocas comodidades. Si algunas existen no suelen funcionar con la eficiencia que debieran. Pero son un verdadero oasis para descansar, para dejarse vivir, para dormir. Si el hombre no tuviera una tendencia tan sistemática a destruir, por aburrimiento, su propio bienestar y felicidad, si fuera un ser consciente de sus límites, de sus posibilidades y de su fuerza, si el hombre no fuera un ser tan triste, la vida de estas masías —la vida de trabajo o de imaginación en estas casas— le bastaría. Quien, encontrándose un poco fatigado, ha dormido alguna vez en ese silencio, en esa atonía, en esa calma mecida por el viento, en esas camas profundas de esas habitaciones grandes y calladas, sabe hasta qué punto puede ser agradable la vida. Descansar, dormir bajo esos tejados, dentro de estos muros, está en el orden de las cosas absolutamente bien hechas.

Alrededor de estas casas suele haber, indefectiblemente, un huerto. En el huerto, hay unos cuadradillos, admirablemente cultivados. Esos cuadradillos varían, en el curso del año, según lo que tienen plantado encima. En invierno, su escualidez es grande. En verano, la pompa vegetal los cubre esplendorosamente. En esos huertos hay unos árboles frutales, árboles frutales de todas clases. Con el paso del año la fruta que producen varía sucesivamente. Sobre las mesas, pasan los colores, los olores, las formas más exquisitas de la fruta del tiempo. Estos reflejos dan un encanto delicioso a nuestras masías.

La fruta primaveral y estival que produce nuestra tierra aparece en la mesa siguiendo un orden que va de menor a mayor.

Al mediar de la primavera llegan las primeras, pequeñas fresas de bosque y de jardín, y su perfume parece entremezclarse con el olor de las violetas. Luego aparecen los fresones que coinciden con las carnosas rosas rojas de San Poncio, con sus pétalos grandes y frescos. Las ciruelas aparecen en seguida, con su color de agua dormida, coincidentes con el apasionado y seco perfume del espliego. Y las cerezas, que son de tan diversas clases y de una gama de colorido que va del rojo negruzco a los carmines más evaporados, delicadísimos. Las mejores son esas últimas, que llamamos de *cor de colom*, que tienen la carne dura y prieta. Los pájaros adoran las cerezas, y me he entretenido a veces en los huertos contemplando los gorriones metidos en el follaje de los árboles acariciándose su pequeña cabeza en la mejilla de la fruta colgante, antes de hincarles en la carne el pequeño embudo de su pico. Las cerezas llegan con el menudo, morado tomillo y la retama amarillenta.

Otra excelente fruta: la manzana, sobre todo si tiene el punto de agridulce preciso. Esta fruta puede llegar a tener una soberbia, cerúlea presentación y representar en miniatura una puesta de sol en el golfo de Nápoles con celajes de una rosa pálido desvaído. Puede llegar a ser también un poco insípida, y el poeta Heine solía decir esta deliciosa tontería: que los niños en el norte de Europa son tan rubios porque comen tantas manzanas crudas o cocidas. Con las manzanas aparecen los albaricoques —floración musgosa sobre una teja antigua— estando el campo poblado de las amapolas de la siega. Las amapolas son una planta parasitaria del trigo, de la cebada y de la avena, pero por el momento dejaremos de lado las consideraciones que sobre las plantas parasitarias podríamos desarrollar como aficionados a la economía agraria y dedicaremos hoy todos nuestros afanes a lo que don Pablo Piferrer llamaba las bellezas de la Naturaleza. Los albaricoques son bellos en el árbol, sobre todo a la incierta luz del alba matutina, cuando cantan los mirlos y las codornices y más bellos quizás todavía sobre una fuente de cristal, sobre unos manteles pulidos, suavizada su rugosidad con una punta de agua y hielo. Sus colores son entonces tan fascinadores que uno no sabe si comerlos o dejarlos; tan encantadora es su presencia. Su gusto es un poco pastoso y filamentoso, de manera que su presentación no suele corresponder a

su rendimiento. Pero eso, que sucede con los albaricoques, ocurre con muchas otras cosas en la vida. La contrapartida del albaricoque es el melocotón, fruto de menos presentación que el anterior —aunque a veces, si es de secano sobre todo, puede ser bellísimo— y en cambio de un gusto maravilloso, infinitamente superior al albaricoque. Hay también muchas clases de melocotones, una gama de carne de melocotón que va de la mollar y acuosa a la prieta y tensa, siendo la última, a mi entender, la preferible, aunque se deba reconocer que no hay mejor fruta para la glotonería que el melocotón mollar y semilíquido.

Cuando sobre una mesa bien puesta, limpia y cuidada, sobre todo a la hora de la cena, bajo una amable luz artificial, contemplo una fuente de esta clase de fruta tocada por un cristal de hielo, se me produce, por un fenómeno de retorno a lo natural espiritualizado, el recuerdo de aquellos deliciosos versos de Tristan l'Hermite,
que dicen:

L'ombre de cette fleur vermeille.
Et celle des ces joncs pendants.
Paraissent être là-dedans.
Les songes de l'eau qui sommeille…

Este poeta Tristan l'Hermite estaría prácticamente olvidado si no hubiera tenido la suerte que Debussy hubiera puesto música a algunas de sus poesías. No creo que exista una poesía dedicada a las manos de una mujer que pueda compararse a la que sigue:

¿Veux-tu par un doux privilège.
Me metre au-dessus des humains?
Fais-moi boire au creux de tes mains.
Si l'eau n'en dissout point la neige…

Ese poeta Tristan l'Hermite, que vivió en la época de Luis XIII y escribió muchos versos amorosos y eróticos y por tanto algunas elegías, tiene la particularidad —que sin embargo no es rara entre los poetas— de que una gran parte de su obra la elaboró por encargo y para que algunas personas de mayor riqueza y de más dilatada superficie pudieran aparentar una virtuosidad sentimental ante las damas y las señoritas del tiempo. ¡Pobre

l'Hermite,
poeta de los saltos de cama del duque Federico-Mauricio de Bouillon, hermano del gran Turenne, en qué trances nos hemos de ver! Mucho más limpio sería, creo yo, que existieran manuales de poesía de compra fácil y asequible dedicados alas necesidades que fueran surgiendo. Si tenemos el «Manual del orador para hacer un buen papel ante todos los compromisos», ¿quién nos dará el «Florilegio de versos de amor para todas las circunstancias de la vida»? Esta sería, creo yo, una labor editorial muy útil —mucho más útil que profetizar monótonamente la guerra… que no viene.

Para volver a la fruta diremos que con los melocotones aparecen en tropel una serie de delicias: las primeras peras, la uva, de tan delicada variedad, los higos. Las peras —dirán ustedes— como mejor están es en invierno con el queso. De acuerdo. Pero en verano una pera de agua, refrescada, es una delicia. Nuestras uvas son reputadas una de las frutas más excelsas, si no la primera. Es imposible no adherirse a este criterio. Otra armonía deliciosa: la que hacen las uvas con el cristal, la plata, los manteles, los muebles discretos. Góngora, que de todos los clásicos castellanos es el más moderno —quizás el único propiamente moderno—, tiene algunos raros versos que captan estas armonías:

Cual fina plata o cual cristal tan claro.

Mientras tanto, los higos en el secano ascético, irán madurando entre rebuznos asnales, soles deslumbradores, tardes polvorientas y lunas pegajosas de canícula. Y finalmente la fruta tomará un aspecto pomposo y solemne. Aparecerán las cucurbitáceas: las sandías, los melones. El sabor de estas frutas ha sido muy discutido, sobre todo el sabor de las sandías: granadina con más agua que azúcar han sido llamadas las sandías. En cambio, los melones son cada día más apreciados y tienen muchos prosélitos. Soy un partidario bastante desasido de las cucurbitáceas. Lo confieso.

La mejor fruta es la de secano. La madurada intensivamente con muchos abonos y abundancia de aguas tiene, para algunos, menos sabor, menos perfume y su carne no posee aquella cohesión intensa que es uno de sus mayores atractivos. La fruta ha de ser un poco dura, hay que poder hincar el diente en ella sin que el exceso de líquido se derrame como una sopa; su carne ha de ser juvenil,

adolescente. La fruta además ha de ser fresca, sin ser frigorificada ni yerta de frío. El albaricoque, el melocotón, la uva, las peras, son mucho mejores fríos que a su temperatura natural. Con el frío se afinan, su carne se sutiliza, y si no se depasa la medida en la temperatura, ganan incluso en perfume. Una de las cosas más difíciles de componer es lo que se llama una macedonia de frutas. Hay frutas que mezcladas aumentan de sabor; otras, en cambio, se repelen. El gusto farináceo, insípido, aburrido de los plátanos, hace perder sabor a nuestras frutas infinitamente más sabrosas y finas. Tampoco creo yo que hay que mojar la fruta en estos brebajes dulces que con el nombre de champán autárquico aparecen en algunas mesas. Sin duda alguna, la fruta pierde.

Con el olor de la fruta sucede lo contrario que con las mujeres. La fruta ha de oler. En cambio, el poeta Plauto observó ya que el olor más exquisito que puede tener una mujer es carecer en absoluto de olor.

Mullier tum bene olet, ubi nibil olet.

NI CON UNOS NI CON OTROS

La escuela conservadora catalana ha idealizado nuestra payesía. Hemos de remitirnos un momento, otra vez, a la célebre pastoral del señor obispo Torras y Bages a que hicimos referencia en un capítulo anterior. Este magnífico documento enfoca nuestra manera de ser con un criterio francamente optimista. El sabio prelado proclama en su pastoral que la payesía es hueso de sus huesos y carne de su carne y que de ella recibió no solo la base de su carácter sino la de su filosofía y teología. En franco contraste con las opiniones formuladas sobre los payeses por los novelistas y observadores de la época realista y verista, el doctor Torras hace fervorosos elogios de nuestra clase rural. Nos dice que las casas solariegas son como iglesias domésticas: troncos seculares de los que retoñan generaciones y generaciones de cristianos y de ciudadanos; lares de las tradiciones patrias; aglutinantes de la sociedad; armonías de la civilización; archivos del buen sentido y de las costumbres sanas; levadura de grandes caracteres; escuelas de la mejor sociología; sementeras de sociólogos desconocidos del mundo y de sí mismos, verdaderos edificadores de la patria. Es en esta célebre carta donde está incluida aquella famosa sentencia, que dejaremos en el idioma original: *Nòs pensem que en el pagès es troba màxim de les relacions de amb Déu, amb la Naturalesa i amb la Humanitat en general*
l'exercici
l'home
.

En estos tiempos de frenético estraperlo, en que los payeses son tan traídos y llevados, las opiniones del doctor Torras, al menos a primera vista, parecen presentar un sobrante de cascote retórico considerable. Pero no hay que olvidar que en la época en que el

famoso obispo de Vich escribió su carta pastoral, la clase rural era bastante pobre, los productos de la tierra se vendían, a consecuencia de la abundancia, a base de beneficios normales —que eran considerablemente menores que en estos tiempos de miseria y de dificultades. De la misma manera que la República es siempre muy bella en tiempos de la Monarquía, los payeses eran considerados muy graciosos y cabales cuando un kilogramo de pan se compraba a cuarenta y cinco céntimos, y era blanco. Los precios actuales han hecho perder a los payeses su considerable, congénita gracia.

Por otra parte, el doctor Torras describía una situación que ha cambiado notablemente. Al hablar de los payeses, pensaba principalmente, en los propietarios rurales. Hoy es casi imposible escribir sobre los payeses e incluir en el estamento a los propietarios. Son raros los propietarios de una cierta categoría que vivan en el campo. La mayoría se han ido a vivir a las aglomeraciones urbanas. Muchos tienen con su finca o fincas un contacto muy ligero: lo que dura el acto de partir los frutos con el cultivador o cultivadores de ellas. Este desapego a la tierra no ha representado, a mi entender y desde el punto de vista de los intereses generales, ningún daño. Ello ha permitido el acceso ala propiedad de la tierra de muchos hombres que la trabajaban. Este trasiego ha sido una auténtica revolución, porque una revolución no es más que un cambio de personal. Pero el fenómeno, habiendo transcurrido ante las mesas de los notarios, ha tenido una benignidad. Ha sido una solución de continuidad digna de ser subrayada.

Aquí en este libro, cuando se habla de los payeses, no se pretende incluir en el gran estamento a los propietarios que se han ausentado de sus fincas y que ni por sus gustos ni por su manera de ser tienen que ver con el campo. Esos señores se disgustarían si alguien les dijera que yo he tenido la pretensión de incluirlos en la clase que honraron sus antepasados. Respetemos la importancia que los demás aspiran a darse. Cuando en este libro, pues, se habla de payeses, la referencia se hace a los hombres y mujeres que tienen un contacto directo y continuado con el campo, incluyendo, claro está, a los propietarios que mantienen este contacto.

Don Manuel Raventós y Doménech, el célebre fundador de la

casa Codorniu, uno de los payeses más considerables de la historia de este país, escribió sobre estas cosas en el mismo sentido optimista que el doctor Torras, pero sospecho que se desvió algo, como es natural, de las vagas y amables generalizaciones. Don Manuel Raventós fue un gran payés, en el sentido de que estuvo metido en contradicciones constantes. Fue un gran hombre de acción. Escribió mucho. Cuanto escribió tiene casi siempre un sentido contrario a lo que hizo. Fue un hombre que se criticó a sí mismo en todo momento. Vean ustedes el siguiente texto, extraído de sus *Meditacions*, que escribió para que las leyeran sus hijos —notas que constituyeron la base de la luminosa biografía que el reverendo padre Ignacio Casanovas,
S. J.
, escribió sobre el célebre creador del champán. Conservador consciente, la preocupación viva de don Manuel fue la duración de nuestras masías. ¿Por qué duran nuestras casas de campo? Escribe:

«Duración de las casas de payés. Me parece que la duración de una casa de payés, de una familia de propietarios rurales, es tanto más larga cuanto menos lujo posea y menos edificaciones levante; me parece que para durar conviene que ni las deudas la atrasen ni se gane sobre ella mucho dinero. Creo que una ganancia modesta y un pequeño capital es lo que da solidez a una casa y lo que la hace durar generaciones.

»Hijos míos: estas ideas son totalmente contrarias, son al revés de lo que yo vengo haciendo, ya que, siendo hijo del siglo XIX, he trabajado mucho para aumentar las rentas y para levantar edificios; sin embargo, un día oí las ideas que acabo de formular a un amigo payés que, con una gran finca, tiene poca renta, y que es hombre de talento, y me pareció que tenía razón.

»Se ven casas que haciendo la *viu-viu* duran siglos. Una subida fuerte, en cambio, produce inevitablemente un descenso. Una renta pequeña puede sostenerse con poco talento, con poco trabajo, y para gastarla se necesita poca virtud, ya que su misma pequeñez evita peligros como el lujo, las vanidades, las carreras honorables, el exceso de comodidades, el orgullo (ya que a menudo se necesita de los demás), los negocios atrevidos, los pleitos de amor propio, las envidias de los demás y la avidez de sacar todos de ella una tajada. Una renta grande, copiosa (con aumento rápido), es difícil de ser

mantenida durante generaciones».

La simple lectura de este substancioso párrafo dará al lector una idea de hasta qué punto calaba hondo el señor Raventós en estas cuestiones; de su gran sentido conservador y social; del pesimismo que sentía ante la naturaleza humana, a la que quería ligar, en sus desvaríos, con una renta *xica* —para decirlo con su propia palabra—. También da el párrafo una idea de la íntima contradicción entre lo que hacía y lo que pensaba —característica payesa máxima.

¿Qué hubiera dicho don Manuel ante la situación actual? ¿Cómo se hubiera manifestado? ¿Qué hubiera escrito ante las facilidades actuales? Me parece que se hubiera sorprendido bastante ante las ganancias de sus semejantes. Pero sus ideas fijas, tan profundamente payesas —después de una subida, viene un descenso; es más fácil la duración de una renta pequeña que la de una renta grande—, se le hubieran, a ser posible, hecho más lúcidas y más incisivas. Probablemente hubiera hecho hincapié en la parte moral del problema, y de seguro que, de acuerdo con los mejores observadores del Continente, hubiera sostenido que toda inflación es sinónimo de inmoralidad, y que toda pérdida de valor del signo monetario aumenta de un lado la miseria y de otro la relajación y el despilfarro.

A base de hacer la *viu-viu* se han visto modestísimas masías durar siglos, manteniendo un tono digno y honesto. Ahora, en algunas de ellas, hay algunas comodidades. ¿Es que hemos de creer por eso que ello influirá en su duración? Yo no lo creo. Yo creo que pretender vivir mejor en el campo es digno de encomio y de alabanza. Lo que se trataría de saber exactamente es lo que se ha hecho de positivo para lograr vivir mejor en el campo. Vivir mejor en el campo no depende de poseer un armario de luna o una docena de sábanas sobrantes o haber puesto mosaico en el cuarto. En la abrumadora soledad de nuestras masías no se vivirá con comodidad hasta que se resuelvan tres problemas básicos: el del agua, el de la luz y fuerza y el de los accesos cómodos y fáciles. ¿Se ha hecho algo en ese sentido? Algo. Poco. Casi nada. Hay payeses que se han comprado una radio y no tienen electricidad; que tienen un lavabo y no pueden elevar el agua; que trillan con los animales porque las trilladoras no pueden pasar por los caminos impracticables. Poco se

ha hecho en serio, a pesar de la elevación de la renta, para vivir mejor en el campo.

Daría por el contrario toda la razón al señor Raventós si me hiciera observar uno de los más desagradables efectos de las rentas altas; el creciente número de hijos de payeses que estudian el Bachillerato, con la intención deliberada de abandonar la casa y entrar en la enorme masa del proletariado ciudadano, estipendiado y socializado. El síntoma es aterrador desde el punto de vista de los intereses generales. Con una pequeña renta, nuestras casas duraron; ya veremos lo que sucederá cuando empecemos a percibir los efectos de las grandes rentas en el proceso de la cretinización social progresiva.

Contrastan realmente con la idealización de la payesía realizada por la escuela conservadora los agrios escritos que sobre los payeses de todas partes han elaborado escritores de gran nombradla y de inmensa fama. Estos escritores que forman el grupo más señero de la literatura moderna mundial están afiliados por lo general a la tendencia del realismo, del verismo, del naturalismo. Sus *tranches de vie* de enfoque rural suelen ser feroces y francas diatribas. Lo que han escrito Zola, Balzac, Tolstoi, Maupassant, Hardy, sobre los campesinos de sus países respectivos, hace poner la carne de gallina. En castellano, la palabra aldeano tiene un franco sentido despectivo como la tiene en francés la palabra *paysan* y en alemán la palabra *bauer*. Son torpes —dicen estos grandes escritores—, egoístas, avaros, ignorantes, interesados, chatos, limitados. Y no digo más que los adjetivos ligeros. Cuenta Ugo Ojetti, en una de sus admirables *cose viste*, que Gorki, antes de la revolución rusa, en la época de funcionamiento de su escuela de Capri, era un apologista apasionado de los campesinos rusos, de los que esperaba la realización de las mayores utopías sociales y a los que atribuía una fuerza mesiánica universal. Triunfante la revolución y manifiesto ya el caos imperante y el desbordamiento incontrastable de pasiones, Gorki se convirtió en el más acérrimo enemigo de los campesinos, sobre los que habló, en un documento célebre, de una manera cruda y despiadada.

En nuestra literatura abunda el documento rural. Prescindiendo del tipo de documento infantil, es evidente que predomina en esta literatura una dureza muy acusada. Casellas, Víctor Catalá, Girbal,

nos han dejado escritos sombríos sobre nuestros payeses y sobre la vida del campo. En esta corriente del naturalismo estamos muy bien representados. Otros escritores, como Vayreda, por ejemplo, tienen una paleta más clara y más alegre. No cargan tanto la mano.

Sería, desde luego, un agradable pasatiempo entregarse a la dilucidación del problema de saber qué grado de verdad contiene una cualquier previa posición literaria. Hasta qué punto está en las obras realistas la realidad. Y en las obras naturalistas la Naturaleza. Y en las veristas la verdad. Personalmente creo que la vida es siempre infinitamente más compleja que los esquemas que de ella traza, penosamente, nuestra mirada tembloteante, y que las posiciones literarias previas son un puro infantilismo ante la realidad inmensa, compleja, inextricable. Más que los pueriles esquemas apriorísticos, lo que importa es la tendencia que se adopta ante la realidad. Esta tendencia no puede ser más que una: respeto, comprensión, curiosidad. Hay que ponerse delante de los hechos —en este caso de los payeses como ante una montaña, como ante el mar. Oigo decir que las montañas están mal hechas; que el mar es desagradable. Pero ¿qué más da? Si es igual…

TRADICIONALISTAS ANTITRADICIONALES

Se oye decir a menudo, se proclama en los discursos que pretenden ser solemnes, se lee, en uno u otro papel, que los payeses son la tradición, que encarnan el espíritu del pasado, que andan montados en el carro que atraviesa los siglos. Se oye decir eso, aquello o lo de más allá, siempre en el mismo sentido, con el mismo tópico. Sospecho que toda esa segregación retórica, aunque manoseada, es pura zarandaja, disperso *flatus vocis* mero galimatías. Es muy difícil que los payeses sean la tradición si son los seres menos tradicionalistas que a uno le es dable conocer.

Es posible que un payés se vuelva tradicionalista solo en un caso: cuando se enriquece y, a través de la literatura, descubre el campo. A los payeses pobres —que son la mayoría— la tradición les importa un comino. La cosa viene de antiguo. Paul-Louis Courier, que es el escritor francés de más fibra *paysanne*, fue un violento, un sarcástico antitradicionalista.

He nacido, vivo, en una de las comarcas más antiguas, más anquilosadas, más viejas del país. Todo aquí se cae de puro viejo, todo está apolillado y carcomido. Las piedras están doradas por el sol de los siglos. Las abundantes reminiscencias arquitectónicas son bellísimas. Cuando un payés dice, hablando de un pueblo, de una casa, de un mueble.

—Eso es muy viejo…

Quiere indefectiblemente decir:

—Eso es horrible, espantoso, desagradable, malo, inservible.

Colocad a un payés delante de cualquier chuchería reciente, mientras sea bruñida, lustrosa y bien pintada. Se quedará boquiabierto como un niño delante de un juguete.

En el curso de mis viajes a pie, me paseo a veces por esos pueblos, que, según dicen, representan el espíritu de los siglos. No

me gusta hacerlo. No me gusta hacerlo porque se me cae la cara de vergüenza. Todo está en ruinas. Todo ha sufrido, todo está sufriendo los efectos de un sistemático saqueo. Algunos de esos pueblos los conozco bastante bien. He pasado horas y horas de mi vida badulaqueando por sus calles sombrías. Si me adentro y transito por sus calles, puedo comprobar las brutalidades de que han sido objeto en los últimos meses.

—Señora —digo a una payesa con la que me encuentro al pasar—; señora, aquí, en esa fachada había el año pasado una maravillosa, fina, esbelta ventana gótica. ¿No podría usted decirme qué hicieron de ella?

—*Ai, Déu meu* —contesta la señora, aparentemente sorprendida.

—¿No podría usted decirme qué hicieron de ella?

—Sí, señor, sí. La vendió mi yerno a unos señores que vinieron en un automóvil, veraneantes, ¿comprende?

Seguimos andando un rato por la calle. Con la mano le indico el ángulo de una pared.

—Allí, en aquella pequeña hornacina, había hace dos años una deliciosa imagen, en madera, de la Virgen. Estaba un poco maltrecha por las lluvias, pero era muy elegante y embellecía mucho este soleado rincón del pueblo. ¿La recuerda usted, señora?

—Sí, señor, sí. Era la *Verge del Roser*.

—Ya no está. El marco está vacío.

—Sí, señor, sí. Ya no está.

—También se la llevaron, claro…

—Sí, señor, sí. También se la llevaron.

Etcétera, etcétera.

En los últimos años los payeses han vendido los vestigios de la tradición a toneladas, a carros, a camiones. Lo han hecho con una naturalidad perfecta, absolutamente convencidos de que todo lo viejo es horrendo y todo lo moderno es magnífico.

Los que sostienen que los payeses representan y encarnan la tradición deberían dar una explicación de estos hechos. Yo creo que los payeses —sobre todo los payeses pobres— representan lo contrario. Los payeses son antitradicionalistas. Son permanentemente modernistas. Lo que hacen confirma todas mis teorías. Cuanto más absurdas, incómodas, grotescas son las formas

de las cosas —mientras sean nuevas—, más gustan a los payeses.

Esta iconoclastia de los payeses no hubiera llegado, sin embargo, a los extremos de locura que hemos y estamos presenciando si no hubiera estado promovida, alentada y pagada por los gustos más pedantescos y corrompidos de la burguesía.

Lo cierto es que llegará un momento que en esos pueblos no quedará prácticamente nada. Si a la incesante labor demoledora del paso del tiempo se suma la obra destructora de las revoluciones crónicas y el saqueo realizado por la vanidad de muchos particulares, no quedará una sola piedra en su sitio.

Desde que tengo en realidad una pluma en la mano he denunciado estos hechos una infinidad de veces, he escrito innumerables artículos contra estos saqueos y he calificado estos actos con los adjetivos más fuertes del Diccionario. Pero ni yo ni las personas que se han ocupado de esta vergüenza hemos obtenido nada. Lo que se dice nada absolutamente.

Grande ha sido el saqueo de puertas y ventanas góticas y de otros estilos, de arcos y sepulcros, realizados en País, en Peratallada, en Cruilles, en el castillo de Foxá y en otra cantidad de pueblos que el sentido de la vergüenza cívica impide casi citar, tan grande es su número. Paralelamente es considerable el número de construcciones recientes, generalmente horribles, llevadas a cabo por arquitectos ineptos, que contienen, pegadas a ellas como un pegote a un banco, las piedras saqueadas. Sí, señores. Exacto. Fueron a los pueblos con un pico, arrancaron las piedras de las casas donde, naturalmente, estaban, y se las llevaron para incrustarlas en sus chalets suizos, en sus grotescas torres de catálogo ilustrado, en sus viviendas presuntuosas y pedantes. Es ello tan cierto, que años atrás yo sabía perfectamente lo que valía una ventana gótica —que era una cantidad insignificante, siempre, naturalmente, que se le hiciera al payés propietario de la casa una ventana de ladrillos con montantes de una madera cualquiera, que cerrara más o menos. Creo que ahora los precios han subido algo, como corresponde a las llamadas circunstancias actuales.

No tengo inconveniente en escribir, una vez más, que el espectáculo de ver arrancar una ventana, una puerta o un arco de una casa antigua, para ser pegado a un edificio veraniego cualquiera, es un espectáculo único en el mundo, un fenómeno que

no creo que se haya podido producir en país civilizado alguno y que es imposible comprender que puedan existir seres de una pretensión tan diabólica e insoportable capaces de poner en las casas que se hacen construir las venerables piedras de otras casas. En el terreno de la idiotez caprichosa, la burguesía ha batido muchos *records*, pero esto de arrancar las ventanas góticas para ponerlas en sus chalets sobrepasa, a mi entender, todas las más delirantes singularidades.

Algunas personas tenderán quizás a creer que esas tropelías las han llevado a cabo nuevos ricos de tipo vulgar, millonarios de farsa y sainete, «gente bien» acabada de llegar. Sin embargo, ello no es totalmente cierto. No niego que en el grupo de que estamos hablando no pudiera encontrarse algún personaje de esta clase. Pero los que han hecho más daño, los que más se han distinguido en esta inicua labor, son personas de gran cultura, de tradición en el país, de buena casa. Al menos así son consideradas por sus amistades y por la gente en general. Muchas de estas personas son conocidas desde hace mucho tiempo, sus nombres de familia gozan de un vasto crédito en dilatados sectores y son tenidas por gentes de elevada categoría social. Pero no es esto solo.

Si esas devastaciones hubieran sido llevadas a cabo por elementos masculinos y femeninos pertenecientes a la sociedad elevada del país, el hecho sería muy grave; porque, en fin, ya saben ustedes que muchos burgueses, entregados al embrutecimiento de la riqueza, son capaces de las más desorbitadas singularidades. Más grave es que estos arrasamientos hayan podido producirse con la anuencia, aquiescencia y aprobación de sus respectivos arquitectos, de arquitectos auténticos, con título, adscritos a un Colegio,
etc.
,
etc.
Esto es lo incomprensible, lo absolutamente inexplicable del problema. Esos señores son también ventajosamente conocidos y de algunos se conserva el recuerdo aunque ya murieron.

¿De dónde provienen esas monstruosidades? Hace más de treinta años que me estoy haciendo la misma pregunta, y si alguna vez me pareció que podía contestarla, me abstuve de hacerlo en público, por respeto al país. La colada no hay que hacerla en la calle, sino

dentro. Creo que a ustedes les bastará saber que estas barbaridades no han sido perpetradas por ningún palurdo, ni por ningún insensato profesional, a pesar de la insensatez que se necesita para hacerlo. Y, además, que ello se ha hecho, generalmente, por pararelismo de dos intereses: el del cliente y el del arquitecto responsable, trabajando sobre el gusto por la iconoclastia que frente a todo lo tradicional sienten los payeses.

—¿Pero esto no tiene solución? —dirán ustedes.

—¡Divertido! ¿Creen ustedes que en estas cosas puede haber soluciones tomadas por un organismo cualquiera al margen de la vida misma de la sociedad y de la gente? En la época del provincianismo, cuando se quería resolver un asunto de estos, se pedía al Estado que declarara monumento nacional lo que se trataba de salvaguardar. En la Península hay una innumerable cantidad de monumentos nacionales. Hay una infinidad de cosas en trance de convertirse en monumentos nacionales. ¿Y qué? Con lo fácil que hubiera sido dar un decreto o aprobar una ley diciendo: «España entera es un monumento nacional». Se hubiera llegado al mismo resultado y nos hubiéramos ahorrado muchos viajes y una considerable cantidad de papel sellado.

Hay que desengañarse: si la conservación de las cosas antiguas no arranca de un movimiento de la gente proveniente de una víscera noble cualquiera, ¿qué se podrá conservar, por más leyes y reglamentos propuestos y destinados a dicha conservación? Yo comprendo muy bien que un burgués rico pretenda tener en su casa ventanales góticos o arcos románicos o puertas barrocas, y que se las haga construir con cemento armado u otra materia. Lo que no comprendo es que una absurdidad semejante pueda verse superada por la absurdidad absoluta de arrancar con unos picos la ventana o el arco de un edificio de época e incrustar estas cosas en una casa que tiene que ver con la anterior como un huevo con una castaña. Hay que partir de la base de que esto no se cura con leyes ni reglamentos. Si esta trituración terrible hubiera sido llevada a cabo por primarios, deberíamos aceptar el hecho. Pero la cosa ha sido ejecutada por personas de semicultura, por personas que saben lo que es una ventana gótica y que han estado en Poblet y leído, por ejemplo —para citar un hecho—, su historia. Estas gentes han llegado a transportar a sus pisos de Barcelona chimeneas góticas

auténticas, que han colocado en sus salones, aunque sin utilizar las chimeneas para encender fuego: ponen en ellas unos troncos y debajo una bombilla de color rojo, eléctrica. Esto todos lo hemos visto. Cuando en un país hay gentes de manera de ser tan pedantesca, ¿qué clase de leyes, qué clase de soluciones quiere usted proponer? ¡No me hagan ustedes reír con sus soluciones! Lo único que cabe es colocar en un rincón cualquiera de nuestra memoria los nombres de estas personas y darles la consideración que merecen: la consideración de eminentes cretinos, por más arquitectos, coleccionistas y personas finas que sean.

En todo caso repito una vez más: ¡Dejen ustedes en paz, de una vez, a las piedras, en nombre de la pública vergüenza! No colaboren a la labor de destrucción del tiempo, de las subversiones, a la iconoclastia campesina. ¿No tenemos ya bastante con la destructividad primigenia, espontánea?

EN LA CONFUSIÓN, COMO PEZ EN EL AGUA

El payés catalán tiene una manera de ser verdaderamente especial, una psicología particularísima; es un tipo cerrado, un arquetipo de nuestra sociedad. Hablo ahora en general y, por tanto, todas las excepciones son válidas. A los observadores de nuestros payeses, lo que más les sorprende es el cúmulo inmenso de contradicciones inexplicables que se manifiestan en casi todos sus actos, sobre todo en sus actos de la vida social y económica. El payés vive en sus contradicciones como el pez en el agua; tiene la contradicción en la masa de la sangre.

—El payés —oigo decir— es un ser desconfiado.

—Sí, señor. El payés es un ser desconfiado; pero, al mismo tiempo, se fía de todo y de todos con una inocencia inexplicable. Lo difícil está en saber cuándo, en qué momento reaccionará en forma confiada o en forma desconfiada.

—El payés desconfía de sus compañeros, de sus amigos…

—Sí. Pero se fía durante años y años de su eterno explotador. De la romana o de la báscula amañadas.

—El payés desconfía siempre de salvar la cosecha.

—Es natural. ¡La tiene expuesta durante tantos meses del año! Cuando sus viñas florecen, las mira con plena desconfianza. Pero, de pronto, sin saber por qué, cree que el tiempo está asegurado… ¡y no da el sulfato! Ha pasado de la máxima inquietud a la plena confianza sin solución de continuidad.

—El payés dice todo el año: *No es pot dír blat que no siguí al sac i ben lligat.*

—Sí. Pero cuando tiene el grano en su granero, ensacado y atado, deja que, en parte al menos, se lo coman las ratas.

—El payés es avaro…

—Quizá. Pero en muchas comarcas del país dan los payeses su harina al panadero para que les haga el pan, lo que, para un avaro, es verdaderamente singular. Son constantemente saqueados.

—El payés es egoísta…

—Posible. Pero, generalmente, guarda el dinero debajo de un ladrillo y pierde los intereses, lo que, para un egoísta, es bien extraño. A veces va a por sus intereses, pero lo hace entonces, generalmente, a través de entidades para él perfectamente desconocidas y constándole que las otras, las entidades que él conoce, son perfectamente honradas.

—El payés no ofrece nunca su dinero…

—Raras veces, en efecto; pero pone su firma al pie de documentos que sirven a los demás para obtenerlo, y esto lo hace generalmente con una sorprendente, inexplicable facilidad. No os dará nunca una peseta, pero se dejará robar cien duros con la más extraña puerilidad. Es capaz de coger un grano de cebada en la era, con dos dedos de una mano, como quien coge una mariposa; pero como que sus sacos están rotos, pierde miles de granos con indiferencia inexplicable.

Muchas veces me he entretenido con los payeses hablando de las contradicciones que forman la base de su carácter, pero ni ellos me han dado una explicación clara, ni a la postre hemos llegado a comprender absolutamente nada.

Un payés me decía un día:

—Yo, ¿comprende usted?, soy un ignorante.

—¿Y por qué es usted un ignorante?

—Porque no pude ir a la escuela los años necesarios. Por esto soy un ignorante, y casi todos los payeses estamos igual.

—¿Cuántos años tienen sus hijos?

—Diez y once años…

—Irán a la escuela, claro…

—No, señor. Es hora de que trabajen. En la escuela, estos demonios no hacían nada. ¡Han de trabajar! ¡No faltaría más!

Es siempre la misma contradicción, idéntico fenómeno de confusión extravagante. Vende la leche de su vaca y cría raquíticamente a su becerro; discursea contra la ignorancia y obliga a sus hijos a salir de la escuela antes de tiempo; se pasa el día contando, sumando y restando, y, al final, suele equivocarse; es

capaz de pleitear por un árbol meses y meses con un vecino, gastarse centenares de pesetas en abogados, procuradores, viajes y papel sellado, y de tener sus bosques completamente abandonados.

En el terreno económico suele ser un ser absolutamente incompleto; raramente tiene el sentido comercial, ignora casi siempre el momento estratégico de comprar y de vender; sobre sus espaldas viven, en este país, miles de parásitos. Cuando no tiene dinero, raramente sabe calcular. Le convendría pedirlo prestado, pero cuando piensa que deberá pagar intereses, y aun cuando le convendría más pagarlos, malvende la cosecha en el momento más desfavorable. Luego repite hasta la saciedad: *Qui deu, es mor en creu*. Otras veces, el género está a buen precio y el negocio es claro. Entonces, quiere siempre una peseta o dos más. Su terquedad toma un aspecto mineral, su tozudería es absolutamente basáltica:

—Le daré cuarenta y nueve pesetas.

—Quiero los diez redondos… —contesta el payés, mirando al cielo.

—Cuarenta y nueve pesetas está bien, y usted lo sabe.

—Quiero los diez redondos… —repite, sin apartar los ojos de la inmensidad.

—¡Sea usted razonable! El precio está bien para ambos.

—¡Quiero los diez redondos… y basta!

Y deja pasar la excelente oportunidad.

Cuando se produce un error o equivocación semejante, raramente es confesada o al menos registrada. El payés no dice nada. Se muerde la lengua —si es que se la muerde— y sigue adelante. Pero la obsesión de sus errores la lleva clavada en la memoria durante mucho tiempo. A veces, en su lenguaje confuso y enredado, habla de sus errores —sobre todo de sus errores económicos— de diez o doce años atrás. El interlocutor no comprende absolutamente nada.

—Aquella vaca —dicen con aire compungido— estaba bien vendida al precio que me daban. No la quise vender. Perdí dinero. Fui un carcamal.

Una de las frases que repite más a menudo el payés es la célebre frase: *Pensa mal i no erraràs*. Ella le sirve de método para examinar a los individuos que se mueven a su alrededor y para tratar de comprender la manera de ser de los demás. He discutido

muchas veces con los payeses este bárbaro principio de psicología y me he dado cuenta que, a través del mismo, es posible ver con gran claridad el fondo contradictorio de nuestros payeses.

—¿Cómo entiende usted esta frase? —he preguntado muchas veces.

—La frase quiere decir que no hay nadie capaz de trabajar desinteresadamente por los demás.

Esta afirmación la hacen con una plena, total, sinceridad. Una de las características más acusadas del payés de aquí —como quizás del payés de todas partes— es una absoluta, mineral insensibilidad para la emoción social. En todo lo colectivo hay siempre —dicen— un misterio por desentrañar, hay gato encerrado.

—Pero esto es inexacto… —digo, volviendo a la conversación interrumpida.

—No, señor. Es verdad. El que aparentemente trabaja para los demás tiene su intención oculta: generalmente lo hace para enriquecerse o para menear la cola en la política, y casi siempre para tener honores y pedantear.

—Pero habrá excepciones…

—¡Ca! La frase es exacta. No me venga usted con cuentos tártaros…

Lo curioso es que la primera excepción suele ser el payés mismo que pronuncia la frase. Todas las personas que viven en el campo o que conocen a los payeses saben y han presenciado los movimientos de generosidad de que son capaces. Cuando el vecino se pone enfermo, el payés le ara y le siembra el campo; cuando una mujer queda viuda, se le cultivan las tierras y se le prestan las yuntas; cuando se produce un incendio, corren a apagarlo y no reparan en ningún sacrificio. En general, son excelentes administradores, honradísimos, del bien común, y llevan, en los organismos de que forman parte, una sencilla y clara contabilidad. Todo lo hacen, cierto, con retraso; no tienen idea de la puntualidad, pero son profundamente honrados.

Es decir: el payés repite hasta la saciedad el *pensa mal i no erraras*; pero no pasa día que no realice algún acto de altruismo o de desinterés. ¡Ah!, pero eso sí: con la creencia de que nadie es capaz de realizar un acto desinteresado.

Los payeses son un poco difíciles de tratar. Esto es lo que enerva

más a las personas que viven en las ciudades. Se les supone ingratos y desagradecidos. Yo diría que son, sobre todo, olvidadizos y desmemoriados. Ellos aprecian el golpecito en la espalda, una sonrisita bien colocada, un guiño de ojo misterioso, las frases vagas aunque intencionadas, lo que podríamos llamar la psicología floreada y matizada. Por esto los payeses sienten tanta admiración por los casquillos de pueblo, por los secretarios trapisondistas y, en general, por todas las personas que aparentan vivir haciendo alguna trampa.

—Este perro que tiene usted parece muy bueno… —le dije un día a un payés.

—Para los conejos no tiene rival.

—¿Y cómo le llama usted?

—¡Pero, hombre! ¿Cómo quiere usted que se llame? Se llama *Secretari*.

Para ellos un hombre metido entre papeles es siempre importante.

En cambio, son muy reacios a apreciar los esfuerzos en serio que a favor de ellos puedan hacerse. Una labor inteligente, larga y continuada a favor de sus intereses les deja fríos e indiferentes. Se encogen de hombros, desganados.

—¡Por algo lo harán!… —dicen con su cazurrería habitual.

Por ello, en política, constituyen siempre una masa inerte, amorfa, y son una pura incógnita. Se inclinan de un lado o de otro, teniendo raramente en cuenta sus intereses particulares, por el cosquilleo que les produce la trapisonda del cacique o del secretario, o por lo que oyen decir en el mercado. La cosa general y vasta que tiene la política no la comprenden. Sus horizontes están limitados y les importa escasamente lo que puede suceder más allá. «Los hombres —suelen decir— quieren vivir sobre nuestras espaldas y quieren tener el café pagado». Pero se inclinan, generalmente, hacia las personas que viven sobre sus espaldas y que pretenden tener —y tienen— el café pagado.

Poseen una memoria prodigiosa para los malos asuntos que han hecho, y no hablan jamás de los buenos asuntos que hacen. No es que sean desagradecidos; son desmemoriados. «Para perder dinero —suelen decir—, yo estoy siempre a su disposición, porque para eso soy un as». Pero cuando lo ganan no aceptan forma alguna de

diálogo. «¡No sea usted tan exagerado!», dicen, entonces, con gran seriedad.

Todavía, que yo sepa, no se ha puesto en claro si nuestros payeses son unos puros individualistas o aprecian las formas de integración social en una u otra manera. Cuando se trata de hacer un organismo de cooperación, acuden y parecen estar muy interesados. «¡Hay que ir al grano!», dicen en las primeras reuniones. *Cal anar drets, i caigui qui caigui!*, repiten sin cesar. Pero, a las pocas semanas, fruncen el entrecejo y empieza su ronroneo habitual. «El presidente es un carcamal» —dicen—. *ni una!*

No n'endevina

Observe el lector esta palabra *endevinar. ni una*

No n'endevina

! Y a los pocos días, en un aparte: *Són una colla de lladres!*

SIGUE EL CLAROSCURO

Un día hablaba con un payés sobre la vida en el campo. Era en la época en que yo creía, como creen todavía muchísimas personas, que la existencia humana podía concebirse solo sobre los adoquines y el asfalto. Me producía un auténtico escalofrío pensar en los atardeceres en las casas de labor, en las masías, atardeceres largos, inacabables, solitarios. Debe de ser —pensaba— como estar dentro de un pozo. Y ahora, que sobre estas tonterías han pasado tantos años y ha llovido tanto, recuerdo que le decía al payés:

—¿Qué hacen ustedes en invierno, al atardecer, cuando los trabajos del campo han terminado y hay que recogerse en casa?

—Al atardecer —me contestó el payés sentenciosamente— damos de comer a los animales.

—¿Y luego?

—Luego, nos acercamos al fuego, nos sentamos a la lumbre y pensamos.

—¿Y cada día hacen ustedes lo mismo?

—No. No hacemos cada día lo mismo. Muchas veces solo nos sentamos.

Mi difunto, inolvidable amigo don Rafael Puget conoció mucho a los payeses y la vida del campo. Tiene fama de haber sido un gran humorista. Desde luego tuvo un excelente buen sentido. Fue un conversador literalmente inagotable, de una riqueza anecdótica inusitada. Fue probablemente el más grande conversador de este país, en una época en que casi nadie habla.

Solía decir que cuando veía a un payés en actitud pensativa no podía resistir la querencia de ponerse a temblar, y me preguntaba:

—¿En qué cree usted que piensan los payeses cuando en invierno, acurrucados junto a la lumbre, se pasan horas y horas en actitud meditabunda, en actitud filosófica, el cuerpo colocado en la pose del *Penseur* de Rodin, la frente aparentemente llena de

problemas grandiosos, mientras con gesto displicente van echando leña al fuego? ¿No lo sabe usted?

—No, señor.

—Pues a pesar de la gravedad de su actitud, a pesar de su frente nublada, arrugada y pensativa, a pesar de la profundidad insondable en que parecen estar sumidas sus facultades y sus ánimos, a pesar del gesto displicente con que echa leña al fuego, el payés no piensa más que en una cosa alegre y placentera: en engañar al amo.

Me doy cuenta que en los seis o siete días últimos de andar por la carretera he hecho bastante camino. He pasado de los secos terrenos del llano, pobres, amarillentos, exhaustos de color, a las primeras estribaciones de la media montaña. De la brutalidad del sol, de la dureza de la luz, he pasado a un país ciertamente seco, pero que contiene ya alguna rinconada inmersa en un suave decaimiento otoñal. A pesar de la corta distancia andada, me parece haber llegado a un país muy distante. Los maizales —el maíz para las vacas— tienen un suave color acuoso y denso y los robles y encinas de las laderas aparecen nimbados de un vapor perezoso y dorado. El aire es suave y húmedo y el cielo está cubierto de errantes nubes grisáceas. De las chimeneas de las casas de campo sale un hilillo de humo lento que hace evocar la intimidad. La dulzura de la luz, la aparición de los grises ponen sobre el campo un gran silencio, una atonía ingrávida. Mientras ando, oigo a veces, tocar las horas en el campanario de la parroquia más próxima. Al poco rato oigo las campanadas de los pueblos más alejados; la impresión es que vienen de muy lejos; algunas se pierden en la infinitud del aire. La remota vibración del sonido queda un momento suspendida en el cielo, para luego desfibrarse y perderse en la inmensidad. Después, todo queda en silencio, en un silencio espeso, algodonoso, impenetrable. Los payeses se dan en esos ambientes átonos. Este es un país de payeses. Algunos que trabajan, encorvados en la tierra, llevan todavía la barretina encarnada.

Andar por la carretera es un poco monótono. A veces, para distraerme, paso la vista sobre algún periódico atrasado. Más agradable es tener una compañía para conversar. Esta tarde camina a mi lado un payés de gorra ladeada, un poco gordo, de piel morena olivácea, los ojillos redondos y vivos y la nariz afilada. Tiene las

orejas muy pequeñas y aparenta tener unos cuarenta y cinco años. De tanto en tanto, el payés da al periódico una mirada a hurtadillas, con el rabillo del ojo. Al fin, la curiosidad le vence y me pregunta con una sonrisa:

—¿Qué? ¿Qué dice el periódico? ¿Malas noticias?

—Pues dice lo de siempre: que hemos de estar contentos, que hemos de ser optimistas y que si aquí estamos mal, peor están en otras partes.

—Es un consuelo bien magro —me contesta el payés, poniendo de pronto una cara muy seria—. Un consuelo bien magro.

—¿Y por qué? ¿Es que a usted las cosas no le van bien?

—Yo, pobre de mí, sufro mucho y no sé dónde iremos a parar.

—¿Qué le pasa?

—Las gallinas se me vuelven cluecas…

—No se preocupe. El periódico dice que hay que estar contento.

—La vaca no tiene leche…

—¡Hay que ser optimista!

—Tendrán que operar a mi mujer…

—Elevemos nuestros corazones.

—Sufro…

—Debe ser una equivocación.

—Sufro mucho, le digo que sufro mucho… ¿Sabe usted lo que me pasa? Tengo presión.

—¿Presión de qué?

—Verá, verá. Hace dos o tres sábados me encontraba en Gerona, para el mercado. Estaba tomando, bajo los porches, un vermut con almejas, que para mí es una cosa que no tiene rival. En la mesa de al lado estaba un amigo con un señor. Este señor, al despedirnos, me dijo, sin más ni más: «Usted tiene presión; pase usted por mi despacho; le daré una niñería y quedará como nuevo». Me espanté. Palidecí. Luego, cuando se hubieron marchado, tuve como una especie de desvanecimiento. Todavía no había llegado el médico a su casa, que yo ya estaba en el recibidor. ¿Y sabe usted lo que resultó? Pues resultó que lo de la presión era verdad. Absolutamente verdad. Los aparatos no mienten. Ellos marcan haga el tiempo que haga. ¿Ha visto usted un caso como el que le estoy explicando? A fe le digo que esos médicos de ahora se las piensan todas y ven crecer la hierba. Se pierden de vista para decirlo en dos

palabras.

—Y luego, ¿qué sucedió?

—Me recetó unas gotas y me puso a régimen de verdura, pescado y carne asada.

—¿Y usted hace el régimen?

—Ya lo creo. Lo que el médico me recetó es lo que me gusta más. Si lo que como pudiera acompañarlo, de tarde en tarde, para merendar, con un salchichón, sería un hombre satisfecho.

—¿Pero entonces de qué se queja? ¿No se quejará un poco para pasar el rato?

—Ya le quisiera ver a usted con la presión que tengo yo. Hasta me parece que la vista se me está acortando.

—No vaya al oculista porque resultará que es verdad.

—¿Qué decía usted?

—Nada, nada.

Los payeses se quejan siempre o casi siempre, continuamente. Si no pueden explicar alguna cosa desagradable, parece que les falta algo, que les falta aire.

¿Qué sabemos de los payeses? Algunos tienen de ellos la idea del señor Puget. Otros llegan a conclusiones contrarias. Al parecer, hay dos escuelas. En algunos documentos se idealiza al payés. En ellos aparece con el corazón en la mano, ganándose el pan con el ácido úrico del sudor de su rostro, haciendo una vida frugal, virtuosa y sencilla. Circula asimismo una imagen pesimista de los payeses. Es una imagen moderna que tiene en su haber excelentes testimonios literarios. Casi todos los observadores que se han asomado a la vida de la gente del campo, sobre todo los observadores de ciudad, los observadores que podríamos llamar de asfalto, han llegado a la conclusión de que los campesinos son ignorantes, zafios, egoístas, cazurros, aviesos, astutos, herméticos y cerrados. Esta es hoy, en términos generales, la opinión que se tiene de los payeses. Son mal considerados.

Quizá las dos posiciones son exageradas y lo mejor es ver las cosas de frente. No he creído nunca que los payeses como clase sean mejores o peores que los otros elementos de la sociedad. Quizá por ser más vieja en cuanto a tal, en cuanto a clase, utiliza más hábilmente la negociación, la diplomacia, el segundo juego y la tercera jugada. Creo además que los payeses hacen muchas cosas

porque no tienen más remedio que hacerlas, y que cualquier ciudadano colocado en la misma situación —incluso el santo más santo— haría lo propio.

Digámoslo claro: la sorpresa, la sorpresa creciente que están produciendo los payeses no solo aquí, sino en todas partes, proviene simplemente de que son conservadores. Ahora bien: dado que el mundo se está saturando desde hace más de un siglo de la psicosis de la revolución, dado que no sabríamos vivir ya sin la utilización constante de la palabra revolución, la existencia de una clase instintivamente conservadora ha producido, produce y producirá —si las cosas continúan como ahora— un asombro tan grande, una sensación de novedad tan inquietante que ante este hecho las reacciones serán de puro mareo. Y se llegará a formar aquí, como se ha formado en otros países, la convicción de que los campesinos son una rémora, un peso muerto, una substancia insoluble en el llamado nuevo orden, una fuerza pasiva y destructora. Me parece que esto puede quedar sentado, no solo aquí, sino fuera de aquí, perentoriamente al menos.

Ahora bien: preguntamos a las personas que conocen un poco la vida del campo:

—¿Y por qué los payeses son conservadores? Su respuesta es esta: los payeses son conservadores porque el trabajo que realizan, la labor que llevan a cabo, los cuidados que desarrollan, les fuerzan a serlo. Un hombre que se mueve en un medio sistemáticamente hostil no tiene más que un camino para subsistir: afinar la prudencia, agudizar el sentido, dormir, como quien dice, con un ojo abierto… Mi idea, pues, es esta: todo hombre que vive en un medio caótico se convierte instintivamente en un conservador. Toda persona que vive en un ambiente de inseguridad se convierte en un ser prudente. Los payeses son conservadores porque es la clase de la sociedad que contiene menos aventureros.

¿Que la prudencia puede ser tan excesiva hasta convertirse en odiosa? De acuerdo. ¿Pero cómo graduar la prudencia? ¿Por decreto? ¿Matando payeses como mandó que se hiciera Stalin en el momento del primer plan quinquenal? No creo que pueda señalarse en un decreto la prudencia legal de los payeses, como no puede legislarse, desde la Gaceta, el grado de amor que han de tener los padres por los hijos y los hijos por los padres, ni el cariño que han

de desarrollar las esposas por sus esposos respectivos. En definitiva, el conservadurismo de los payeses es a veces tan fuerte que no conserva nada y es no solo inservible, sino contraproducente. La codicia rompe el saco. Esto se ve a cada momento.

MÁS DETALLES

Mi idea es, pues, que la manera de ser de nuestros payeses está basada en una contradicción constante. En la base de sus maneras de manifestarse parece flotar una dubitación permanente. Salen con las cosas, con las ideas más impensadas. Entre lo que piensan y lo que dicen, entre lo que dicen y lo que hacen, entre lo que hacen y lo que pretenden alcanzar, parece existir una contradicción insuperable. A veces formulan una observación aguda, fina, profunda. A los dos minutos perpetran una botaratada irreparable. Eso hace que para los hombres de hoy su trato sea un poco engorroso y produzca una fatiga indudable. Sus formas mentales no están conectadas con la vida moderna, tan dada a la contundencia, al sí o al no francos. No son seres hechos de una pieza, como un industrial, un ingeniero, un banquero o un comerciante. El payés fluctúa, oscila, dice una cosa y hace otra, o viceversa; pero lo hace con una tal naturalidad, tan a través de las formas más espontáneas de su psicología, que toda intención en un sentido o en otro ha de ser eliminada.

Y este estado permanente de contradicción, ¿de dónde arranca? ¿Es un efecto de la ignorancia, del egoísmo, de los desengaños que ha sufrido a través de tantos siglos, de las explotaciones de que ha sido objeto, de un fondo real de candor o ingenuidad? ¿Es que, siendo tan previsor, no previene nada? ¿Es porque no cuenta, o, quizá, porque cuenta demasiado? Nadie, todavía, ha podido contestar a estas preguntas si no es propalando afirmaciones primarias y esquemáticas.

En el comedor del hostal del pequeño pueblo campesino, nos encontramos, a la hora del almuerzo, diversas personas desconocidas. Las comidas suelen ser funerales. Nadie, en el curso de ellas, suele decir nada. La confianza espontánea que solía tenerse antes la gente ha desaparecido en los últimos años. Si se produce

alguna rara excepción, la cosa, singularísima, parece compensar las horas de *morgue* y de aburrimiento pasadas en estos siniestros locales. Ese señor comerciante de San Juan de las Abadesas, con el que he compartido mi almuerzo, sigue las ferias y los mercados. Está acostumbrado al trato constante con los payeses, tiene con ellos una relación continuada. Cuando me oye hablar de las contradicciones que observo en su manera de ser, advierto que me escucha con interés. Luego me dice:

—Voy a contarle un hecho que confirmará toda la teoría que usted ha formulado. Cuando entraron en el pueblo los nacionales, vinieron a mi casa los payeses del pueblo y de los mansos y me trajeron, en sacos, grandes cantidades de papel moneda con el ruego de que les clasificara las series y señalara los billetes malos y los aceptados. La abundancia de papel era tan extraordinaria y la operación tan delicada, que me negué en redondo a servirles. Ni ellos mismos sabían lo que había en los sacos. Ante mi negativa fueron dos puertas más allá y se vieron complacidos. Prometieron a mi vecino que si les clasificaba los billetes le regalarían los pares de pollos que siempre prometen para hacerse amables. Mi vecino cumplió su cometido. Advierta usted la cosa en toda su gravedad: mi vecino les hubiera podido robar impunemente todo lo que le hubiera dado la gana. Estoy seguro, desde luego, que no lo hizo. Pero ello es lo de menos. La nota psicológica del hecho está en la facilidad inenarrable con que entregaron sus sacos de billetes —sus sacos de billetes en los cuales había, mezclados y sin control alguno, billetes buenos y billetes malos. Los abandonaron, a pesar del ardor que pusieron en ganarlos, como quien regala a un pobre un par de zapatos irremediables. Cuando mi vecino hubo hecho los correspondientes paquetes, invitó a los payeses a que confirmaran, analizándola, la discriminación realizada. «Usted tiene nuestra completa confianza, contestaron unánimes. Lo que usted ha hecho, bien hecho está…». Y se marcharon.

—Sospecho que su vecino de usted está esperando los pollos prometidos…

—Lo que acaba usted de decir es perfectamente exacto.

Observen, pues, la contradicción: de un lado se colocan en situación de poder ser impunemente robados; en el momento, sin embargo, de agradecer con una pequeña gentileza el favor que les

han hecho, se salen por la tangente, no rematan.

—Son olvidadizos… —dice mi interlocutor.

—Es la misma palabra que uso para tratar de explicar lo inexplicable.

Nuestros payeses tienen una vacilación contradictoria, son generalmente ininteligibles —en el sentido de no poder saber jamás ni lo que piensan ni lo que desean— y en definitiva son, en un examen perentorio, muy individualistas. Si en este país el individualismo es un bien o es un mal, sería casi ridículo opinar. El individualismo es una característica insobornable del país —una característica tan típica como para un elefante tener trompa o para las ardillas tener la cola larga—. Los hechos hay que aceptarlos como son. Si existen, alguna razón deben tener —y yo creo, modestamente, que la tienen en grado sumo y que en definitiva son de gran conveniencia. Por otra parte, sospecho que mientras no cambien las condiciones económicas básicas, el individualismo tendrá la primacía.

Que nuestros payeses son individualistas, no creo que lo pueda negar nadie. Sobre esta virtud, que poseen en grado excelso, en mucho mayor grado que cualquier otro estamento, se ha escrito muchísimo. Casi todo lo que se ha escrito es cierto. Su misma confusión mental, sus claroscuros permanentes, les impiden asociarse con nadie, comulgar fácilmente con las opiniones ajenas, fundirse a ciegas con el rebaño humano de las grandes ciudades. Ante las opiniones ajenas, son irreductibles y, en su consecuencia, tienen un gran carácter. El individualismo llega en nuestros payeses a algo pedantesco.

Si les dais una noticia, os contestarán indefectiblemente:

—Ya lo sabía…

Os quedáis perplejos, porque no podéis comprender por qué clase de conducto habrá podido saber el payés la noticia que le habéis dado; pero os dice «ya lo sabía» con una tal seguridad que consideráis inútil cualquier aclaración posterior, cualquier análisis retrospectivo.

En algunas ocasiones he tenido que dar a algún amigo payés alguna mala impresión de su familia, de su situación y siempre me he oído contestar lo mismo:

—Ya me lo pensaba.

O bien:

—Ya lo suponía…

Esto, en la práctica, queda muy matizado. A veces: Ya medio lo sabía…; o: Ya casi me lo pensaba…; o: Ya lo iba suponiendo. Otras veces llega a decir que sospechaba que lo suponía, o que le parecía sospechar que ya lo había dicho. La gran diplomacia de todos los tiempos se basó siempre en esos matices de simulación y de finta. Hay idiomas especialmente aptos para expresar matices. El lenguaje de los payeses es enormemente matizado en ese sentido, aun en las lenguas más pobres de matización, que son las neolatinas. En todo caso, donde hay un payés hay un hombre de flotación y de difuminación.

El payés no sabe casi nunca las noticias. En los mercados compra, con preferencia al periódico del día, el periódico atrasado. El payés no barrunta ninguna forma de juicio deductivo, pero en general se presenta, no ya como un lógico y un deductor, sino como un profeta. Lo sospecha todo, lo supone todo, lo sabe todo. Tiende a ser tomado por un ignorante; la simplicidad y la objetividad en el trato no le interesan; tiene un verdadero horror a ser tomado por un simple. Prefiere siempre aparentar ser un *fatxenda* y un *bufa-núvols* —un hinchanubes, como si dijéramos—, que pasar por un hombre discreto. Su individualismo le lleva a aparentar una segunda naturaleza, le lleva a vivir representando un papel que no es el suyo. Cuando se apea es que tiene delante, en un trato comercial, a un interlocutor tan fuerte como él. Cuando la persona que tiene delante es para él desconocida, su personalidad doble, teatral, se manifiesta esplendorosamente.

En este punto de la presciencia de los payeses me han ocurrido a mí muchas divertidas anécdotas. Un día dije a uno de ellos que corría la voz de que a una tercera persona conocida de ambos se le había declarado una enfermedad maligna, un cáncer, según decían.

—¡Claro! —me contestó—. Ya lo sabía…

—¿Pero usted lo sabía…?

—Sí, señor. Ya lo sabía.

—Pero usted no ignora que no hay médico en el mundo capaz de saber lo que es un cáncer…

—¡Déjese usted de médicos! Los médicos van a la suya. Los médicos van detrás del dinero de todos, del suyo y del mío… No se

les puede hacer caso…

Uno queda parado en seco y es imposible contestar. El payés siempre quiere tener razón. Siempre tiene razón. Es absolutamente absurdo tratar de comprender la base de sus juicios. Lo curioso, sin embargo, es que sus juicios existen y que en su medio restringido son la verdad misma, la verdad última, contundente, definitiva.

Cuando se perdió en el mar el avión en que el comandante Franco y otros aviadores iban a América, se produjo en toda España un movimiento de angustia. Durante unas horas no se habló más que de aquella aventura. ¿Los encontrarán?, se preguntaba la gente. ¿No los encontrarán? Finalmente, después de horas y horas de inquietud, un barco inglés —si no recuerdo mal— los recogió en pleno Océano Atlántico.

—¡Bueno, ya los han encontrado!… —dije a un payés que en aquel momento vivía en mi propia casa.

—¿Ya los han encontrado?

—¡Sí, señor; ya los han encontrado!

—¿Y a quién han encontrado?

—A los aviadores.

—¿A los aviadores? ¿Y qué clase de aviadores eran?

—Pues, hombre. Se trata de unos aviadores militares que iban a América…

—¿Aviadores militares? —preguntó el payés con una inmensa y deslumbradora naturalidad.

Y añadió diez segundos después con un aplomo impresionante y una seriedad granítica:

—¡Ya comprendo! Los habrán encontrado en algún café…

No creo que se pueda dar un mayor sentido de la interpretación individual de un hecho. Ello implica un tipo de personalidad individual que al acentuarse llega hasta el ridículo, que se transforma en una segunda naturaleza, que rebasa la medida de la discreción. El lector se equivocaría si creyera que las dos anécdotas que acabo de contar provienen de dos payeses meramente pintorescos, típicos en cuanto a la cosa festiva o divertida. No. Los payeses de referencia son dos excelentes tipos, padres de familia, de grandes conocimientos en su oficio, ciudadanos cabales, normalísimos.

LA INSOCIABILIDAD

A pesar de su gran sentido individualista, se ha notado que los payeses han tenido una cierta tendencia a asociarse en los presentes tiempos. Para ellos, una y otra tendencia ha sido normal y corriente. En su mentalidad contradictoria han podido perfectamente subsistir una y otra tendencia. Ahora, vista la cosa desde fuera, como un campo susceptible de observación, ha resultado bastante incomprensible.

En términos generales, puede afirmarse que las asociaciones voluntarias de payeses suelen acabar en una y otra forma como el rosario de la aurora. Puede colegirse, dicho eso, cómo suelen terminar las asociaciones no voluntarias, si es que llegan a nacer con vida.

Examinando de cerca el asunto, yo he llegado a creer algunas veces que nuestros payeses, que en los últimos decenios han demostrado tanta pasión para asociarse e integrarse en corporaciones de su ramo, lo han hecho para desarrollar en otro campo su individualismo. Cuando por una u otra razón los payeses se asocian —por las aceitunas, el regadío, el trigo, el vino, el ganado,
etc.
— se producen instantáneamente dos partidos: los que están con la junta y los que están contra ella, que son los más. Yo he tratado de saber muchas veces el porqué en un sindicato o asociación de payeses cualquiera, unos están con la junta y otros están contra ella. Jamás pude llegar a sacar nada claro y limpio. Ello obedece a impulsos meramente imponderables. En los primeros momentos —es decir, en el preciso momento de formar el sindicato— todos van unidos. En estos momentos, su léxico es contundente. Dicen todos: ¡Hay que pegar fuerte! ¡Hay que ir al grano! ¡Caiga quien caiga! Pero cuando se forma la Junta, la escisión es inmediata. De

un lado se colocan los que van con la Junta. Saber el porqué hay individuos que van con la Junta y otros que se colocan contra la Junta, es indiscernible. Lo cierto es que los que van con la Junta lo encuentran todo magnífico y perfecto —aun lo más equívoco—, y, en cambio, los otros lo encuentran todo nefando, aun lo más correcto y positivo para sus intereses generales. Para el bando partidario de la junta, todos los individuos que la componen son excelsos, austeros, activos y grandes. El bando contrario suele establecer matices: el presidente concentra todos los odios generales; sus compañeros de Junta son unos meros comparsas; los partidarios de la Junta, unos infelizotes de escasa estampa, de poca categoría.

La vida sindical se desarrolla a base de la lucha entre los dos bandos. Es una lucha meramente negativa, pero que sirve en su desarrollo para que queden subrayadas todas las cualidades individualistas antisociales imperantes. La persona que alguna vez ha presidido u observado *de visu* una sociedad cualquiera de payeses, habrá visto y sentido los disgustos, los quehaceres complicadísimos que estas sociedades acarrean. Es más fácil dirigir un Ministerio de Negocios Extranjeros que conducir en nuestro país una sociedad cualquiera de payeses.

Pero aparte de la escisión que podríamos considerar básica e inmediata a toda formación de una integración payesa, hay otra característica verdaderamente nefasta: es la incuria, el abandono, la dejadez que se observa siempre en la clase. Es el *ja ho farem!*, el *tant se dóna!*
me'n
, el *tant se val!*, que el payés tiene constantemente en sus labios. En los escritos de don José María Rendé, que conoció a los payeses tan directamente, encuentro el siguiente relato:

«La Junta convoca asamblea general para anunciar que ha acordado comprar abonos. Sin embargo, vistas las circunstancias del mercado y las continuas y desorientadoras oscilaciones en los precios, se considera que el beneficio del fondo social y los intereses individuales exigen no adquirir más cantidad de abonos que la que los socios suscriban con anterioridad. Se acuerda invitar a los socios a que en el plazo improrrogable de quince días pasen por la Secretaría o por la Conserjería para suscribir los sacos que

necesitan. El Sindicato tiene doscientos afiliados. Pasado el plazo, se observa que solo unos cincuenta socios han suscrito los sacos de abonos necesarios a las exigencias de sus cultivos. El presidente es hombre de paciencia. Como tal, está acostumbrado a tenerla. Conocedor, además, del punto flaco de sus asociados, ordena al avisador que pase de casa en casa a recordar lo acordado, para que ningún socio pueda alegar ignorancia. Ello le obliga a prorrogar ocho días más el plazo improrrogable. Pasados los ocho días, doce o quince payeses más se presentan a suscribir sus sacos. Y entonces la Junta adquiere el guano suscrito por los sesenta y dos o sesenta y cinco socios que se inscribieron previamente conforme al acuerdo general.

»Pasa el tiempo y llega el abono. Se hace el pregón invitando a los asociados a recoger sus sacos. Sin embargo, dado que no ha llovido y por el momento no se puede sembrar, de los inscritos solo retiran sus sacos unos cuantos, generalmente menos de la mitad… Los sacos quedan en el almacén, esperando. Pero, de pronto, llueve… y entonces se produce el zafarrancho. Todos se agolpan entonces en la Secretaría a buscar sus sacos de guano: los que habiéndose inscrito no lo habían retirado, los que lo habían retirado, pero que no tienen bastante con los sacos que ya poseen y, sobre todo, los que no se tomaron la molestia de suscribirlo a pesar de haberlo acordado así el pleno de la sociedad… Entonces se arma una enorme gresca, gresca que suele durar días…».

Gresca —añadiré yo, que he vivido algunos casos de este tipo— en la que la Junta suele quedar ignominiosamente criticada, abrumadoramente tratada, implacablemente deshecha. Los que se quedan sin guano afirman que la Junta es una junta de ladrones; los restantes, considerando que el guano que obtuvieron es insuficiente, declaran que la Junta está formada por una tropa de desalmados. Es inútil recordar lo sucedido. Es, sobre todo, indiscreto recordarlo. Ellos lo hicieron y ellos lo deshicieron a su gusto… Para un payés de nuestro país, egocentrista cien por cien, con un individualismo que supera el sentido del ridículo más elemental, el mundo entero no tiene una justificación plausible si no se amolda en cada momento no solo a sus necesidades, sino a su dejadez e indiferencia, que a veces es típicamente asiática.

Anécdotas como la que hemos contado podrían repetirse hasta la

saciedad. Llenarían páginas y páginas del presente libro.

No, hay que desengañarse. Nuestros payeses no sienten emoción alguna de carácter social o colectivo. Todo lo que forma parte de esa clase de sentimientos, de realidades, les resbala sobre la piel como el agua de lluvia sobre el mármol o el bronce de las estatuas.

¿Dónde radica el origen de la insociabilidad fundamental de nuestros payeses? ¿Viene de la vida aislada que necesariamente se lleva en nuestras masías? ¿Es un instinto de defensa surgido durante tantos y tantos siglos de abandono, de incuria y de miseria? ¿Es una consecuencia de la rutina, de la desconfianza, de lo que el escritor ruso Gorki llama el *escepticismo de la ignorancia*, escepticismo que es, al parecer, una de las características más claras de los payeses de todos los países?

NO HA CAMBIADO NADA

Dados los acontecimientos de los últimos años, se podrá creer quizá que la psicología de nuestros payeses ha cambiado. Aparentemente, tienen hoy más sentido comercial, entienden más el mecanismo de la compraventa, son más activos y sagaces en la ganancia, saben cuándo hay que vender y cuándo hay que guardar. Pero esto, que es tan aparente, ¿es una realidad? Lo dudo. Los payeses han cambiado muy poco, o nada.

No creo que hayan hecho personalmente el menor esfuerzo para llegar a que sus mercancías lograran los importantes precios que han alcanzado. No se confabularon jamás de una manera activa en este sentido. A pesar de ello, han sido tratados en las ciudades de inhumanos. Diré solo una cosa: si los payeses hubieran tenido la voracidad que ha imperado e impera en algunos sectores de la industria y del comercio, hubiéramos quedado apañados.

Los payeses tienen a su favor la ley más profunda de la relación humana: la ley de la oferta y de la demanda. Esta ley es general y eterna. Está por encima de nuestros sentimientos, de nuestros deseos, de nuestras pomposas declamaciones moralizantes. Esta ley hubieran podido forzarla, acusarla, subrayarla. No lo han hecho. Han dejado simplemente que actuara. Han dejado pasivamente que actuara. En todo caso hubiera actuado.

Durante los últimos años, lo que más ha sorprendido a los payeses es que les vinieran a buscar el género en casa y que les dieran tanto dinero. Mejor dicho: eso les sorprendió los dos primeros años. Luego, como es natural, se acostumbraron. Ahora lo encuentran perfectamente lógico. Su táctica no es más que una: quedarse en casa, esperar. A veces esperan demasiado, se duermen en su hipótesis alcista, viene la baja y se quedan con el rabo entre las piernas, dejando de lucrarse de lo que hubieran podido perfectamente ganar. A menudo, un rumor absurdo, completamente

alocado, inverosímil, extravagante, les agita, y les desconcierta, y les lleva a tomar decisiones desprovistas de sentido alguno; otras veces, noticias plausibles, sólidas, ciertas, que exigirían una decisión, pasan como una sombra vana por su cerebro.

Una cosa han descubierto, y también de una manera perfectamente empírica, es decir, a fuerza de quedar chamuscados: el paralelismo entre precios industriales y precios agrícolas, la relación existente entre las judías, el arroz, la harina o los garbanzos, con las alpargatas, las camisas, la permanente de la payesa y el precio de herrar un caballo o el de un arnés del carro. Lo demás queda inmerso en la más pura vaguedad. Sospechan que esto o aquello subirá o bajará, por simple capricho, por razones obscuras e indiscernibles, porque sí, porque no, ¡y basta! ¡Ah, si lo supieran! ¡Estaríamos apañados! Es decir: las cosas son como antes, la psicología es la de antes. Pero así como antes la tendencia era hacia lo razonable, ahora es hacia lo irrazonable. Todo está ahora conjugado, deliberada o inconscientemente conjugado, hacia lo irrazonable. Ello es una consecuencia natural del sistema establecido, y no hay más que hablar.

Las cosas han variado tan poco, que yo estoy seguro que si los organismos encargados de fijar los precios los hubieran establecido no a base de lo que se llama un precio remunerador —idea que el payés no comprende, porque le es difícil establecer un precio con la perfección con que puede hacerlo un industrial—, sino a base de la tendencia al paralelismo agrícola-industrial (alpargatas-judías), las entregas de género se hubieran producido con abundancia y regularidad. Los precios oficiales hacen reír a los payeses. Tienen de las personas que los establecen una idea absolutamente fantástica.

—Deben ser hombres —me han dicho muchas veces— que se pasan la vida en el café.

—¿Y por qué cree usted que se pasan la vida en el café?

—Porque esto son ganas de hablar por hablar, ganas de pasar el rato… ¡Nada!

Los payeses, pues, han ganado dinero. ¿Qué han hecho con el dinero que han ganado? ¿Es que por ventura lo han utilizado entrando en alguna confabulación del capital financiero y errabundo? ¿Es que lo han dilapidado en garambainas?

Los payeses estaban atrasados. Llevaban un siglo de retraso. Han

empleado el dinero que han ganado recuperando lo perdido, poniendo sus cosas al día, buscando algunas comodidades. En definitiva, han empleado su dinero en las únicas cosas que han podido comprar: en productos industriales de tipo elemental. En definitiva, la euforia que han conocido en los últimos años algunos sectores industriales se debe al aumento de la capacidad adquisitiva del campo. Ello ha compensado, en parte, la baja inmensa observada en las zonas industriales y en general ciudadanas.

Cuando, en el curso de mi viaje, llego a una pequeña población, tan antigua y tan rica, célebre por la procesión que en ella se hace en Semana Santa y por las alubias blancas que se producen en su término municipal, el fondista, viejo amigo mío, me da las últimas novedades. Con un aire un poco misterioso, me dice al oído:

—Se han puesto a dieciséis, y no se encuentran.

—¿Qué es lo que se ha puesto a dieciséis?

—Las judías blancas.

—Estarán contentos…

—No sé… Desde luego, dicen que sufren. No saben qué hacer del dinero. Cuando se tiene dinero, por si se tiene dinero. Cuando no se tiene, porque no se tiene. Siempre es lo mismo.

—¿Y qué hacen con el dinero?

—Ahora parece que muchos se han decidido a dormir en el cuarto nuevo.

—¿Todavía no lo habían estrenado?

—¿Quiere usted que recapitulemos? Usted se pasa la vida yendo de una parte a otra observando directamente las cosas, y luego no se acuerda…

—Tiene razón el señor fondista. ¡Recapitulemos!

—La primera ilusión del payés ha sido poner el dinero en el mueble. Un cuarto, ¿comprende?, como estos que venden en las tiendas. Una cama baja, que es el trasto que da a la gente la sensación más parecida de lo que puede ser el paraíso. Luego, las sillas, tan iguales y tan bien hechas. En estas sillas se hace siempre difícil sentarse, suponiendo que a uno se le ocurra sentarse en ellas. Son sillas para enfundar, para dejarlas encerradas ante un espejo enfundado por los siglos de los siglos. Luego, no olvide usted, el armario de luna, elemento importantísimo, el mueble con el espejo que refleja nuestro maravilloso tipo…

—No insista, fondista, no insista. Nuestros viejos payeses tuvieron muebles excelentes, que ahora se cotizan. Ahora compran los muebles que se hacen especialmente para los empleadillos. ¡Recapitulemos!

—No crea usted que este sea un fenómeno moderno. No. El cuarto fue ganado bastante antes, en la época roja, que fue tan productiva. Luego, compraron ropa. Lo que se llama el ajuar…

—Sí, claro, el ajuar… Colchones, sábanas…

—Exacto. Colchones, sábanas, toallas, manteles, servilletas, almohadas y toda clase de ropa. Hasta pañuelos de bolsillo. Y ropa de uso, que pasó de moda, naturalmente. Todo esto está intacto, no ha sido tocado, está guardado cuidadosamente. Y luego vinieron las bañeras. No vaya usted a creer que todos los payeses han puesto cuarto de baño. No caigamos en grotescas generalizaciones que no son verdad.

—Yo diría: no caigamos en grotescas generalizaciones que, desgraciadamente, no son verdad. ¿Sabe usted lo que representaría de positivo y de agradable saber que en la mayoría de nuestras masías hay un cuarto de baño, como tantos *farms* tienen en los Estados Unidos? ¿Qué más se podría desear en un país tan abandonado y desaseado? Pero continuemos. ¿Qué pasó luego?

—Luego se compraron tejas, ladrillos de todas clases, se hicieron obras, se adecentaron cuadras y lugares de estar, más lo primero que lo segundo, según parece.

—Ambas cosas son importantes. Adelante.

—Una de las cosas más abandonadas en este país era la boca de la gente. Estas cosas no son despreciables. Una persona dotada de una buena dentadura —si no puede ser real, postiza; sí, ¡al menos postiza!— tendrá siempre una presencia que favorecerá al país. Nada más penoso que el aspecto que ofrecían años atrás, tantos y tantos hombres y mujeres desprovistos total o parcialmente de dientes y de muelas, con las encías mondas, chupadas las mejillas, los ojos hundidos. En mis viajes por el extranjero —ya sabe usted que yo he corrido mundo— comprobé también la existencia de esta lamentable clase de seres, pero me pareció siempre que allí había menos. Aquí abundaban, sobre todo en el campo y en los pueblos campesinos. Había, en cuanto a cuidado, una diferencia muy visible entre lo que pudiéramos llamar el tono bucal ciudadano y el tono

pueblerino. Ya sé que transportar años y años lo que en francés se llama un *ratelier* y aquí una dentadura, con los cuidados que la cosa exige, es pesado y engorroso. Pero, precisamente por serlo, debemos aguantar el tono y mantenerlo. Yo creo que vivir en un país culto quiere decir, precisamente, cumplir las obligaciones de todo orden que tenemos con nuestros conciudadanos, hasta las obligaciones de carácter estético.

—Sí, señor. Es perfectamente correcto.

—Hay otro punto digno de ser subrayado y es la trascendencia que para la salud en general tiene una buena y lenta masticación y por ende, una dentadura eficiente. Es muy posible que nuestra falta tradicional del sentido del humor, nuestra siempre posible destemplanza, nuestras frecuentes salidas de tono, se deban a lo que podríamos llamar una masticación nacional deficiente.

—De acuerdo. ¿Y ahora, dónde estamos?

—Ahora estamos en las radios. Esta semana de las alubias a quince pesetas el kilo, se han comprado ocho o diez aparatos de radio en este pueblo…

—Andorra gusta mucho y, como emisora, no tiene rival.

—Eso parece. En todo caso, eso es lo que dice la gente. Desde luego, parece ser muy buena radio para un país tan pequeño.

—Bueno. Comprarán ahora los receptores de radio. ¿Y luego?

—Luego, harán testamento.

—¿Y luego?

—Luego, pagarán las legítimas, redimirán censos,
etc.
,
etc.

—Bien. Pero vamos a ver. ¿Podría usted decirme cuál de este dinero se dedicó a la agricultura propiamente dicha? ¿Continúa planteándose la cosa con el mismo aire rutinario y displicente?

—Quizás no tanto. Se hicieron pozos. Se colocaron motores y bombas de riego. Ha aumentado el regadío, hasta el extremo en que el regadío puede ser un asunto de solución particular. Se compraron arados, máquinas de segar y trillar. De todas formas…

—Diga, por favor, diga.

—De todas formas no se ha hecho quizás todo lo que se hubiera podido. La rutina continua siendo considerable, la indiferencia y la

dejadez no se han movido. Hay muy pocas personas en el campo que puedan hablar con seriedad y conocimientos auténticos. Nada se ha hecho para romper la costra antigua. Por eso yo diría que simplemente se ha hecho lo que buenamente se ha podido.

—No es mucho, que digamos…

—Por algo se empieza.

—¿Hay alguien en el pueblo que estudie agricultura en algún establecimiento moderno?

—Que estudian el Bachillerato, hay algunos. Que pretendan luego estudiar agricultura, no los veo.

—Esta sí que es una pésima noticia.

INTERMEZZO – LA COCINA RURAL

El inconveniente, el gran inconveniente de viajar a pie —y quien dice a pie, dice en tartana, en tren, en autobús o en aviones la cocina. Cuando uno llega a una determinada edad y tiene la veleidad momentánea y esporádica de convertirse en turista, adopta, como método de trabajo, la buena fe. Es decir: uno hace un esfuerzo para convertirse en un inocente, en un inocente turista. Uno trata, primero, de documentarse escuchando a la gente. Las gentes siempre dan noticias, y, en el terreno local, noticias estupendas. En los pueblos, grandes o pequeños, impera una cosa llamada el patriotismo local. Puede afirmarse que en todas partes existe este sentimiento, pero lo que en todo caso es cierto es que el patriotismo local es especialmente vivo en aquellos países donde no existe ninguna clase de patriotismo. Los patriotas locales son los que os dicen, de una manera misteriosa, con gran sigilo:

—Aquí tenemos, comprende usted, un vinillo… una clase de jamón… un guisote… de los cuales ya nos dará usted noticias…

Y esas aseveraciones suelen darse acompañándolas de una mímica apropiada y bufonesca, de unas caídas de ojos frente a las cuales las de las estatuas del Bernini son una niñería y de una gesticulación absolutamente verista. Todo eso sirve para crear una presunción informativa —aquella presunción informativa de que se nutre el patriotismo local y lo vivifica.

Si esas comarcas tan viejas, si esos pueblos tan antiguos, en los que hay todavía tantas cosas que ver, a pesar del sistemático saqueo de que son objeto, formaran parte de países más cuidados y construidos, tendrían sus grandes o pequeños libros de información en los que uno podría contrastar lo que oye decir a la gente. En Italia, por ejemplo, no existe pueblo alguno que contenga algo digno de ser contemplado, que no disponga de un libro de esos; libros deliciosos, utilísimos. En nuestro país, en el campo, hay muy

pocos lugares donde puedan comprarse papeles impresos. Generalmente están disimulados por la venta de otros objetos desde luego más importantes: tabaco, quincallería o cosas de comer, en las tiendas de arroz y fideos. Si por un verdadero azar existe algo, uno advierte un paralelismo entre lo que dice el libro y lo que afirman los representantes del susomentado —¡y después dirán que yo no sé escribir!— patriotismo.

Ahora, si ustedes me permiten yo les daré un consejo. No hagan ustedes el menor caso de las postulaciones culinarias del patriotismo local. Prescindan ustedes de ellas. Ese consejo arranca de una larga experiencia. Si no me hacen ustedes caso, tendrán ustedes que comprobar *in anima vili* que su pretensión es perfectamente temeraria. Es inútil todo lo que pueda intentarse. Se encuentra uno ante lo inasequible. Entre la teoría contenida en la información y la realidad de la mesa hay un abismo. Al principio, uno se culpa a sí mismo de inexperimentado y de torpe. Uno anda, indaga, pregunta, busca, escudriña por doquier. El resultado es siempre negativo. Ni por casualidad se produce la más remota adecuación entre lo que a uno le han dicho y lo que se presenta real y tangiblemente. A la postre, no hay más que un recurso: por la noche, en la fonda, con el estómago entristecido por los trabajos inherentes a la absorción de caldos y materias adversas al equilibrio humano, puede uno pasarse el patriotismo local por delante de los orificios de la nariz y provocar, a través de la pituitaria, la caída del espíritu en los teóricos, aunque un poco áridos, placeres imaginativos.

Es por acumulación de disgustos de esa clase que uno hace entonces un pintoresco descubrimiento: el descubrimiento de que una cosa es la comida en los lugares de restauración pública y otra, muy distinta, la de las casas particulares. Diferencia que siempre es a favor de las casas particulares. Se considera un axioma ineluctable que la comida en los lugares de restauración pública ha de ser fatalmente mala. Y que en cambio la otra es excelente y amable. En efecto: cuando uno formula a los del patriotismo local las tribulaciones por que va pasando, se oye decir indefectiblemente:

—¡Bueno, claro, las fondas… ya se sabe! En cambio, ¿comprende usted?, en las casas particulares…

—Pero ¿qué es eso? ¿Es que sospechan ustedes que yo puedo

entrar en una casa particular cualquiera, desde luego desconocida, y sentarme a la mesa como si fuera mi domicilio particular? ¿Pero dónde estamos? ¿No comprenden ustedes que proponerme lo inasequible es no proponerme exactamente nada?

Y sin embargo, lo que dicen esos señores es la verdad. Mi experiencia sobre este punto es bastante aquilatada. Mi consejo es este: si pretenden ustedes viajar por el país, traten ustedes de contar con amigos establecidos sobre el paisaje y capaces de soportar las hipótesis que sobre ellos pretendan ustedes edificar. En general, las fondas no sirven más que para dormir cuando se tiene mucho sueño. Para comer —y en general para casi todas las cosas de la vida—, lo único práctico es tener amigos. Si esos amigos coinciden con el fondista, el hotelero o el *restaurateur*, mejor que mejor. ¡Tengan ustedes amigos! ¡Ténganlos y comerán! Quiero decir que si andan ustedes de la ceca a la meca procuren ir precedidos de un vaho de amistad que les recoja a ustedes en casas y mesas benignas. De lo contrario, es siempre mejor no moverse de casa antes que estar amenazado por la incomodidad más fatídica. Procuren disponer de un campo magnético que les permita ser imantados por la amistad personal. Y casi casi, yo me permitiría generalizar. Aquí, lo único importante es tener amigos, porque la vida humana no está colocada nunca ni sobre la justicia ni sobre la legalidad, ni sobre los mutuos deberes que la vida en común exigiría de una manera indispensable. Aquí todo está basado en los caprichos de la amistad, y quien quiera saber más que se vaya a Salamanca.

En un país de esas características, ¿qué clase de turismo difuso, individual, interesante, puede existir? No puede existir más que el turismo vulgarísimo de autocar. Aquí tenemos todavía mucho que ver y que admirar, muchas cosas dignas de ser contempladas y apreciadas por los espíritus más delicados y finos, pero resulta bastante triste, después de haber pasado el día contemplando obras de arte o panoramas terrestres y marítimos sublimes, llegar a la fonda y encontrarse con una bazofia de sentido contrario a la dignidad humana y a los intereses mínimos de la pura humanidad elemental. Y sin embargo ya lo ven ustedes: la cocina del país es exquisita. No hay pueblo ni pueblecito que no presente, entre sus posibilidades, algún manjar al que se ha dado un delicioso matiz. Si esto no sucede en la cocina misma, sucede en la pastelería o

repostería casera del pueblo. Pero no se hagan ustedes ilusiones: eso tan subrayado es lo que no comerán precisamente ustedes. No lo comerán aunque se esfuercen. Aunque remuevan cielo y tierra. No lo comerán ni a tiros. Ello forma parte de las cosas reservadas, herméticas, profundamente escondidas. No pertenece a lo que puede ser accesible a un forastero. En los pueblos pidan ustedes lo más absurdo: la cocina italiana, la francesa, la belga. No se les ocurra a ustedes pedir algo comestible y potable.

Existe, además, un fenómeno muy desagradable. La decadencia de la cocina en las casas de campo es uno de los hechos más tristes de nuestro tiempo. Se pone en el campo, cada día menos, la inolvidable, la inenarrable *escudella de pagès*, uno de los platos rurales más suculentos, una de las pocas cosas de que podíamos vanagloriarnos delante del mundo entero. Llegará un momento que en las masías no habrá más que sartenes. No comen más que fritos y refritos. Dicen no gustarles las cosas hervidas. Nada de sopas, nada de verduras. La fritura universal, como en las más deplorables casas de huéspedes para empleados y burócratas. Algunas ya empiezan a sorber el líquido más insano e infecto de todos los líquidos: el café con leche, que es como ingerir bilis. Las payesas han perdido el gusto de la cocina. De las conversaciones que tengo con ellas deduzco que esas personas creen que la adaptación de la maquinaria en las faenas campestres ha implicado una rectificación en las ideas antiguas sobre la cocina y sobre la vida en general. A nadie le interesa hoy, en el mundo entero, pasar en la cocina las horas que se deben. Cada día se come en todas partes, tanto en privado como en público, peor. El descenso en el toque es inenarrablemente pronunciado. Yo me pregunto a veces cómo se comerá en este país dentro de medio siglo. ¡Qué mal comeréis, cuánta bazofia ingeriréis, mis queridos nietos! Y lo curioso es que ni siquiera sabréis que coméis mal, tanto será el olvido a cualquier referencia anterior y tan perfecta la aclimatación a las miserables formas y modalidades que se han abierto paso en esta época.

UN ALMUERZO CON MÚSICA

Estaba dando los últimos toques a las líneas anteriores cuando recibí —¡sorprendente casualidad!— un recado curioso: una invitación a almorzar.

La invitación provenía de un señor de mí personalmente desconocido pero cuya existencia me constaba desde muchos años atrás. Era un propietario de la localidad que en otros tiempos había publicado poesías en las pequeñas revistas literarias en las que yo colaboraba. Me constaba que se había puesto al frente de sus tierras. En el pueblo tenía fama de agricultor moderno, inteligente e ilustrado.

En la casa fui amablemente recibido. Con el propietario y su señora estaba un señor vestido de veraneante que me presentaron como fabricante de no sé qué producto autárquico. Aquel señor, pariente lejano de la casa, era oriundo del pueblo del cual se había ausentado en su juventud. Daba la impresión de una persona acabada de construir, quiero decir de una fortuna fresca y recién pintada.

Mi compañero de invitación se presentó desde el primer momento como un hombre muy desenvuelto y locuaz. Yo di gracias a Dios por haberme deparado la posibilidad de almorzar con un señor que me descargaría de las cosas que hay que decir en esta clase de actos. Desde el punto de vista de mi complexión social, las mañanas de viento del sur no son las más adecuadas para ir a almorzar a una casa, y menos a una casa de personas acabadas de conocer. El viento soplaba húmedo, arrastrando grandes nubarrones blancos. Por eso consideré como providencial la presencia del fabricante.

Nos habíamos sentado y hecho apenas su aparición los macarrones, cuando vi que todas mis profecías estaban en trance de confirmarse. El fabricante tomó la palabra y se dispuso a

explicarnos la impresión que le había hecho el pueblo después de dieciocho o veinte años de ausencia. Durante ese período de tiempo, aquel señor había viajado por el país y por el extranjero; había trabajado; se había enriquecido. El conocimiento de estas noticias nos produjo a todos una satisfacción considerable.

—Aquí, en cambio —añadió— parece que no ha pasado nada. Absolutamente nada. Los payeses… ¡qué tropa! ¿Me quiere usted decir, señora, por qué los payeses plantan sus geranios en los orinales? ¿Y por qué también pondrán un orinal encima del palo de sus almiares? Es absolutamente inexplicable. Y más que inexplicable, vergonzoso e intolerable. Hace unos cuantos días que estoy en el pueblo. He hablado con la gente, con el cura, con el alcalde: todos me dicen lo mismo. Me dicen que eso ha mejorado mucho. Que los payeses se han puesto la dentadura; que frecuentan al otorrinolaringólogo provincial; que se han comprado bicicletas, sábanas, ladrillos, radios y bañeras. Bien. Pero yo digo: ¿y qué? Los payeses, cuando quieren tener una flor, plantan un geranio en un orinal. Ante esta realidad, ¿qué me importan a mí las dentaduras y las bicicletas? ¿Han visto ustedes cómo está el pueblo? Por sus calles no se puede dar un paso. Siempre hay que mirar hacia abajo, atento a lo que uno pisa. ¿Y los olores? ¿Se han dado ustedes cuenta? ¡Qué mal informados están los poetas bucólicos —¿no es así cómo se llaman esa clase de poetas?— de los olores del campo!… La hierba seca tiene un olor agradable, pero para percibir ese olor, cuántas antesalas hay que hacer saturadas de emanaciones infectas. El pueblo está como siempre: no hay cloacas, no hay aceras, no hay agua… Todo está en ruinas. Todo se aguanta por un hilo…

El fabricante era tan vivaracho y divertido que la comida se fue ensombreciendo. Pero tuve la satisfacción de comprobar que a medida que la comida se iba ensombreciendo, se me iba pasando la neuralgia y aclarando la cabeza.

—Después de tantos años de ausencia —hube de decirle—, todo, sin embargo, lo encontrará sorprendente…

—En efecto. Lo encuentro todo extrañísimo. Ayer vi una clueca rodeada de polluelos. ¡Qué emocionantes escenas! La clueca cacareaba de una manera juiciosa, les rodeaba de sus cuidados más finos. Los polluelos son bonitos. ¿Les han observado ustedes con atención? Cuando encuentran un gusano, por ejemplo, y lo quieren

tener dos o tres al mismo tiempo, no paran hasta partirlo en tres o cuatro pedazos. Y el más débil se queda siempre sin ración. ¡Con qué satisfacción contemplan esas escenas los payeses! Con la misma satisfacción con que contemplan a sus hijos haciendo travesuras. Dentro de unas semanas, aquellos polluelos serán pollas y, ¿saben ustedes a cómo va el pollo? Pues a cuarenta pesetas el kilo. Y si quiere usted comprar un pollo entero, prepare usted una docena de duros, al menos.

—Pero de todo ese cúmulo de observaciones, perdone, ¿qué pretende usted deducir?

—Pretendo deducir lo que todo el mundo dice: que los payeses abusan, que sus precios son desorbitados, que sus sentimientos nos resultan a todos carísimos…

Y ya puesto en esa pendiente se lanzó a una diatriba. Acumuló en el menor espacio de tiempo, todos los tópicos de uso corriente. El propietario de la casa me miró sorprendido. No tuve más remedio que decir algo para poner, al menos, un poco de agua en aquel vino turbulento. Dije, más o menos:

—Sí, señor. En efecto, está usted hablando tópicamente. No puede negarse que en los momentos presentes el payés, visto desde las capitales, desde los organismos oficiales, desde los diarios intelectuales, aparece como un hombre que vive en casas con bañeras que no se usan; que se pasa el día tumbado en una butaca fumando puros y escuchando Radio-Andorra; que es el ser que más se ha aprovechado del alza de los precios y la causa más directa y primordial del aumento continuado e incesante de los artículos de comer. Ya sé que entre los payeses se dan casos de egoísmo feroz, como en todos los estamentos, por otra parte. Usted lo sabe perfectamente. ¿Qué novedad se ha producido? Para comprenderla hay que partir del tono de vida rural que antes del 36 había aquí establecido. En ese punto creo que se puede generalizar. Pues bien, el payés, en general, llevaba en el 36 una vida sórdida y miserable —tanto el payés de montaña como el del llano. Y digo que se puede generalizar porque se trata del mismo tipo humano. Quizás el tono de vida en el llano era algo superior que en la montaña, pero también es cierto que las obligaciones eran mayores y las «tentaciones» más inmediatas. El resultado de los ejercicios era igual.

»Se vivía una época de seguridad y de abundancia. Todo lo que había estaba en la calle. Los precios, a la merced de la demanda. Los productos del campo lograban apenas un precio remunerador. Los payeses comían muy mal. Le explicaré una anécdota significativa. Los primeros días de la revolución, un cura modesto, nada complicado, muy parco, se refugió en una casa de payés. Le recibieron muy bien y los primeros días le hicieron para comer alguna delicadeza extraordinaria. Pero luego hubo de adaptarse al régimen de la casa: olla diaria de coles y patatas con tocino rancio. Al cabo de un mes, el cura volvió a su pueblo y dijo al llegar:

—Para morirme de una úlcera en el estómago, quizá vale más que me mate la FAI.

»A base de comer pésimamente, el payés de antes ahorraba cien duros al año o algo más en las comarcas más ricas. Ahora, él es el primero en comerse los huevos y los pollos de su casa, y yo creo que hace bien. En todo caso, todo el mundo en su terreno hace lo propio. Ya que no hay para todos, es natural que funcione el viejo principio de que la caridad bien entendida empiece por uno mismo.

»Es indudable que el tono de la vida rural ha aumentado en los últimos años. Ha aumentado en el llano y en la montaña. El payés ha pagado sus deudas, come y viste mejor, pero todavía las casas que habita —y no por sordidez, sino porque no llega— son menos confortables que los pisos de cualquier menestral, pequeño comerciante o burócrata mediano. La juventud payesa se ha dado cuenta de que trabajando todo el año sin contar las horas, vive peor y gana menos que trabajando poco en la ciudad. Escoger no es difícil.

»Cuando Barcelona y su cinturón industrial tenga tres millones de habitantes y el campo quede reducido a una densidad humana mínima —porque será cada día más difícil que la gente quiera trabajar con la espalda curvada—, ¿cree usted que se habrán resuelto todos los problemas alimenticios que nos obsesionan, y se habrá encontrado la manera de vivir bien y barato sin el concurso del vilipendiado payés? Creo que su respuesta será negativa.

»¿De dónde proviene esa fobia contra el payés? Tengo observado que los que hablan con más pasión contra ellos son los nuevos ricos. ¿No ha oído usted hablar de los payeses a los que en seis o siete años se han enriquecido fabulosamente, y que por cada bañera que

ha comprado el payés han adquirido diez o doce consolas isabelinas —o no isabelinas— y han llenado sus casas de pintura horrible, aunque cara? ¿No ha observado usted que los tenderos de las ciudades payesas, enriquecidos porque el payés ha ganado dinero y ha sido su cliente más generoso, despotrica contra el payés sin recordar que este trabaja diez horas diarias y ellos las tres o cuatro horas que dura el mercado semanal? ¿No ha observado usted que la burocracia en bloque, la de arriba y la de abajo, la que viste de una manera y la que viste de otra, tira siempre contra el payés? ¿No ha observado usted que los señores veraneantes, esos pintorescos señores que pueden permitirse el lujo de tener a su familia durante tres meses en el campo o en el mar, dedica el ochenta por ciento de sus conversaciones (yendo en sus coches o en las terrazas de sus chalets) a hablar mal de los payeses?

»Se comprendería que la enemiga de los payeses la mantuvieran las personas con un ingreso fijo: el jornalero, el empleado, el pequeño rentista. No puedo explicarme en cambio la del industrial o la del comerciante, porque esos deberían ser los primeros de alegrarse del aumento del tono de vida de los payeses por ser los únicos directamente beneficiados. Así, pues, los que tienen una razón más auténtica son los que públicamente se quejan menos. Yo sospecho, sin embargo, que cuando lo hagan será en serio.

»¿Existe algún industrial que se haya dado cuenta que si se permitiese a los payeses fijar los precios en la misma forma con que se hacen los escandallos aprobados por el ministerio (capital, amortización, beneficio industrial, cargas sociales, subsidios, impuestos, vacaciones, semana inglesa, jornada intensiva de verano, etc.

,

etc.

), las patatas valdrían diez pesetas el kilo, y la leche diez pesetas el litro? ¿Existe algún político que haya reconocido que si los payeses vendiesen sus productos al precio que cuestan en las granjas experimentales —por ejemplo, del Estado o de las Diputaciones— superarían de mucho los actuales del mercado negro? ¿Por qué al payés, empresario o menestral agrícola no se le ha de reconocer el mismo margen de garantía que al industrial o al comerciante?

»Quiero decir, en resumen, que en las circunstancias actuales

(que desde luego le han favorecido) el payés es el estamento que proporcionalmente a su trabajo y a su esfuerzo —creo que convendrá usted conmigo que el payés es un ciudadano que trabaja en serio— menos beneficios obtiene. Yo no conozco ninguno, que haciendo estrictamente de payés, por grande que sea, se haya podido comprar una casa en Barcelona y un coche de una gran marca. En cambio, conozco muchos intermediarios de productos del campo que además de la casa y el coche se han podido comprar, por simple capricho, por sobrarles el dinero, una gran finca rústica.

»Aquí no ha sucedido más que eso: que los payeses han descubierto el paralelismo entre precios industriales y precios agrícolas —entre el precio de unos pantalones y el de las judías— y se han atenido a las circunstancias…».

—¡Perdone! —dijo llegados a ese punto el propietario de la casa—. Cuanto acaba de decir usted podría ser objeto de alguna controversia. Lo considero incierto…

—Estaré encantado de oír su voz… Usted tiene de esas cosas una gran experiencia…

UN EXCELENTE REMATE

—Lo que acaba usted de decir, o sea que los payeses han descubierto el paralelismo entre precios industriales y precios agrícolas, lo considero incierto, porque creo que los payeses, entre los cuales me cuento, no hemos descubierto ni eso…

»La cosa está muy pronto vista. Un jornal de tierra da solo una o dos cosechas al año, está sujeta a los agentes externos, es decir, a la inseguridad permanente; una vaca necesita nueve meses para parir un becerro. Si una industria es de rendimiento, se ensancha, se hacen más turnos,

etc.

Si un metro de tejido produce un beneficio x, la cuestión es producir muchos metros; si un metro cúbico de madera aserrada deja un margen de beneficio de z, la cuestión es aserrar muchos metros. Sobre todo si el payés compra más telas que antes y el público necesita la madera. Esto es lo que produce las grandes concentraciones de capital. El estraperlo es la forma comercial de todos los tiempos: antes era una forma de perspicacia comercial, y ahora también. No creo que por el hecho de hacer estraperlo haya sido nadie expulsado de un salón cualquiera, ni del templo. Las grandes fortunas, en el plano legal, se han hecho siempre de la misma manera: vendiendo en grandes cantidades, en cantidades cada vez mayores, lo que cuesta tres a cinco. En el campo, la producción es siempre sensiblemente la misma: el mismo trigo, el mismo vino, la misma leche, las mismas alubias. En el campo no existe el multiplicador industrial. De cada parcela de tierra sale hoy, igual que antes, la misma cantidad de mercancías. Aunque el Estado lo mandara no creo que las vacas acortaran su período de embarazo.

»Lo que les dará a ustedes una idea clara de la disparidad que

existe entre un tipo de economía rústica y un tipo de economía industrial, es una consideración sencilla. ¿Conocen ustedes a alguien que dirigiendo una explotación agrícola extensa, con los mismos sistemas empleados en la dirección de una industria, no haya fracasado ayer, hoy y siempre? Un señor de Barcelona vino una vez aquí y descubrió las posibilidades ganaderas de esta comarca. Fracasó por completo, pero hizo un gran bien al país. Los que se aprovecharon de aquel fracaso le quieren levantar un monumento, y harán bien porque es justo. Aquel señor solía decir:

»—La tierra es la "querida" de los hombres de bien.

»A mi entender, sigue siéndolo todavía para los propietarios grandes o medianos. Es el caso más general. En Cataluña, por payés grande que uno sea, no puede llegar nunca a hacer el señor, cosa que puede hacer hoy un fabricante cualquiera. Si se intenta, el fracaso es cierto. Prospera el payés desprovisto de gustos, que no sabe ni puede vivir bien. Una explotación agrícola correspondiente, en un promedio dado, a una industria mediana, produce veinte veces menos. Esta industria permitirá vivir normalmente en Barcelona con un tono de vida muy alto y pasar los veranos en el mar o en la montaña. ¿Por qué un payés, en igualdad de circunstancias, no puede hacer lo mismo? ¿Es que no se necesitan las mismas condiciones, la misma inteligencia?, ¿es que no se realiza el mismo servicio social —como se dice ahora— dirigiendo una explotación agrícola que una empresa industrial o comercial? Sin embargo, es imposible. Y es imposible porque las cosas son lo que son y no pueden ser de otra manera. Y la realidad es esa: un telar es un artefacto que en principio puede dar diez veces más beneficio que, en el mejor de los casos, la vaca mejor. De aquí las modestas, las obviamente modestas posibilidades de los payeses.

»Ahora al payés le dan por sus productos más dinero. ¡Claro! Es porque hay más billetes en circulación. El capital rentable, en cambio, es el mismo, tiene un valor fijo. Con los billetes de más que le han dado, el payés ha comprado sábanas, alguna bicicleta, un mueble, unos pantalones de pana y ropas para las muchachas,
etc.

Pero del aumento del valor adquisitivo del payés yo me alegro enormemente y creo que debería alegrarse mucha gente. Es la única cosa que puede retener al payés en sus masías. Imagínese usted cuál

sería hoy el volumen de emigración a las ciudades si los payeses vivieran como treinta años atrás.

»Objetivamente hablando, me parece que el payés no es la causa del alza de precios: el alza de los precios es una ley fatal que ha beneficiado al payés. Pretender que en medio del destartalamiento general en que vivimos, de la crisis moral que estamos sufriendo, el payés se convierta en un ángel de la guardia, en un ser de excepción, es vivir en la luna, una pura utopía.

»Por otra parte, no veo que se hable con la atención que merece del intervencionismo. ¿Quieren ustedes que vayamos mañana a X, que es la capital de la comarca? Mañana es en X día de mercado. Al llegar a la población nos sentaremos en un banco del paseo. Contemplaremos las transacciones y el movimiento. Veremos pasar a la gente. Desfilarán sucesivamente por delante de nuestra vista representantes autorizados de toda clase de organismos municipales, comarcales, provinciales, estatales y panestatales. Todos esos organismos tienen la finalidad de hacernos felices, de crear la armonía general progresiva. Para ello sus empleados, sus funcionarios, se dedican todo el año a llenar los huecos de los impresos. Luego ponen, sobre los papeles, un timbre. Esos papeles luego se archivan. Pues bien: veremos pasar a la gente y cuando hayan pasado diez personajes de tal categoría, entonces pasa un payés. Esta proporción señala exactamente el precio de origen de las judías blancas: a diez que dirigen contra uno que trabaja, las judías resultan a diez pesetas el kilo. El año que en igualdad de producción se pongan a quince es que por delante del banco donde les propongo sentarnos, la proporción de paseantes se habrá alterado de acuerdo con el aumento del precio. No falla. Es infalible.

»No puede hablarse, pues, a mi entender de paralelismo de precios de mercancías industriales y de productos agrícolas. Ese paralelismo no existe y ello es en detrimento de los precios agrícolas. No niego la tendencia que fatalmente se acentuará. Lo que niego es que se haya llegado a ello. Conozco cosas verdaderamente pintorescas. Les pondré un ejemplo: el agua mineral a precio industrial autorizado vale, en su origen, a 3,10 pesetas el litro, con los impuestos a cargo del consumidor. El precio a que dejan vender la leche aquí al productor es a peseta el litro.

¿Es que vale intrínsecamente más el agua que la leche? ¿Es que cuesta más de producir?

»Todo esto son vulgaridades. En este país de palabrería y de incoherencia, casi todo el mundo tiene la tendencia de creer que las soluciones están en nuestra cabeza y no en la realidad de las cosas mismas; en las vulgaridades, suele estar el busilis. A la gente les extraña la desconfianza de los payeses. Lo contrario sí que me sorprendería. ¿Podemos los payeses dejar de ser desconfiados? Pero ¿quién nos tomó jamás en serio? ¿Quién dejó de aprovecharse de nuestros esfuerzos durante los años en que sobró el pan, la carne y, en general, todos los productos agrícolas? ¿Qué político se preocupó jamás de nuestros problemas? Existe flotante el recuerdo de la Mancomunidad. Es un recuerdo que hay que calificar de glorioso porque es exactísimo. Posiblemente ha sido aquel fugaz momento el único de nuestra historia reciente en que se trabajó para valorizar nuestra riqueza agrícola, forestal y ganadera. Por otra parte, ¿cuántos años hace que se está explotando, con trazas de monopolio, el tópico de que Cataluña es un país predominantemente, exclusivamente industrial? ¿Cómo quieren ustedes, pues, que nosotros, los payeses, comprendamos lo que usted mismo en uno de sus escritos ha llamado “la cosa general y vasta que tiene la política”? Es imposible que en política veamos más allá de la nariz. Absolutamente imposible. Y no creo, por otra parte, que a los otros estamentos les suceda algo distinto. Creo que los abogados, los médicos, los ingenieros se encuentran en la misma situación. De arriba, ellos, como nosotros, no conocen más que los recaudadores de contribuciones y los que escriben papeles incoherentes e incomprensibles.

»Para resumir: tengo la sospecha que los payeses tienen las mismas virtudes y los mismos vicios de todos los ciudadanos, que, al fin y al cabo, casi todos son hijos de payeses. El individualismo no es exclusivo de ningún estamento, aunque el de los payeses sea más visible y más pintoresco. Yo creo que el individualismo no es un mal, creo que es la única riqueza que poseemos. Lo interesante sería avivarlo dentro de un cauce que permitiera sacar del mismo el máximo rendimiento. Así diré que lo que usted nos contaba de las asociaciones agrícolas, que es exactísimo, sucede en toda sociedad recreativa o utilitaria de nuestro país».

—Bueno, claro, claro… —dijo el fabricante, encendiendo el tercer cigarro puro— las cosas no son tan sencillas como parecen, desde luego…

Y así terminó el almuerzo. Para mí fue agradable. Y además, muy instructivo. Para andar por la soledad de los caminos, lo primero que se necesita es tener algo en que pensar, algo que imaginar, algo que contestar y dilucidar en la cabeza. La ventaja de la soledad es que predispone a tomar en serio, a hacer caso a los ausentes. Pensé en lo que había oído.

DEFECTOS, PERO LAS MEJORES CUALIDADES

Mientras, a tarde avanzada, me dirigía, lentamente, a otro pueblo, desarrollaba, *in mente*, un monólogo bastante descosido. Me decía:

Los payeses tienen muchos defectos, pero nuestras mejores cualidades todavía las guardan ellos; tocan el suelo con los pies; el sentido del ahorro, el trabajo, el sentido común yo los encuentro más difusos en el campo que en cualquier otro estamento. Yo diría: ¡que Dios nos guarde a nuestros payeses! ¡Que no todo el mundo quiera ser funcionario, bachiller o escribiente! ¡Que cada vez sea mayor el número de personas que sepan labrar, segar, cuidar los animales, podar los árboles y que quieran hacerlo!

Se ha hecho mucho pintoresquismo sobre los payeses. Ello les ha escamado. Ahora tienen la sartén por el mango. Y sin embargo, no están contentos. Y si las cosas siguen de esa manera lo estarán cada vez menos. Ellos no saben hablar como los de las ciudades; ven las cosas confusamente, pero tampoco las ven con claridad las personas que están obligadas a ello. Lo único que saben es que hay personas cada día más ricas trabajando cada día menos —mucho menos que ellos.

Considero por tanto excesiva y contraproducente, que se les tenga como a los primeros causantes de nuestras desgracias y que cuando se habla de ellos en letras de molde sea solo para criticarlos y caricaturizarlos, que nadie se haya dedicado a estudiarlos objetivamente —las expansiones líricas o retóricas sobre ellos no tienen el menor interés— y a decir lo que valen y representan en nuestra economía. También es irritante que se discuta su acceso a las comodidades mínimas a que tienen derecho.

De todas formas este es un lenguaje que, utilizado con los interesados, resultará contraproducente. Hay que hablar en otro

tono. Hay que hacer ver que el egoísmo sin freno es perjudicial y que deberían estar satisfechos de los beneficios que la inflación ha derramado sobre ellos. Pero quizás harían poco caso. Como todo hijo de vecino quieren cada día más. En eso están absolutamente de acuerdo con las personas que tienen algo. No existe un paralelismo de precios. Existe una tendencia a ese paralelismo. Lo que es absolutamente paralelo es hoy la psicología del comerciante y del industrial y la del payés. Todo el mundo tira de la manta a más no poder. El egoísmo ciega a todo el mundo hasta el punto que es cada día más excepcional encontrar una persona que comprenda que cuantos más billetes hay en un país, menos cosas se pueden comprar con ellos.

Pero yo a los payeses les tengo muchísimo afecto. El fruto de su trabajo es el único auténticamente productor. Sobre los payeses viven una inmensa cantidad de parásitos: sindicatos, hermandades, intermediarios, pequeño comercio. Son desconfiados, cierto, y este sentimiento lo tienen porque han sido engañados tantas veces. Cuando no se les engaña, su confianza es enorme. Yo estoy con los payeses, convivo con ellos, conozco algunos de sus organismos. Ahora, esos organismos, tienen bastantes dificultades, que les vienen, en general, del exterior. En ellos, siempre observé que los que entienden con más claridad las cosas, los más eficaces, son los payeses de verdad, sobre todo los pequeños.

De todas esas cosas creo que no se puede hablar con ligereza como si se tratara del boletín meteorológico o de una comedia sin trascendencia. Este es uno de los problemas mayores que el país tiene planteados. Constituye siempre un buen método ver las cosas integrándolas en un conjunto general. Aislarlas excesivamente puede ser un método injusto y de resultados inciertos. Creer y afirmar que los payeses tienen el monopolio de lo demoníaco y que los otros estamentos son angélicos, rigurosamente angélicos, es una botaratada tremenda.

Estamos ante una crisis moral de una gran profundidad. ¿Es que hemos entrado en esa crisis de una manera deliberada y consciente? ¿Es que un buen día por la mañana, acordamos todos o casi todos, por unanimidad, convertirnos en unos perfectos sinvergüenzas? No lo creo. Esta crisis moral tiene unas causas externas específicas. Nos hemos convertido todos, o casi todos, en unos perfectos

sinvergüenzas, porque no hemos tenido más remedio que hacerlo. De lo contrario, ¿cómo hubiéramos podido comer? ¿Cómo hubiéramos podido andar por el país? Somos unos sinvergüenzas obligados, absolutamente involuntarios, unos sinvergüenzas en tiempo pasivo. Los hay, claro está, en activo. Siempre los hubo. Ahora hay más que nunca. De acuerdo.

Es absolutamente penoso tener que representar el papel de sinvergüenza. Nos deberían quitar de encima esta monserga. Es un papel engorroso, y yo estoy absolutamente convencido que la inmensa mayoría del país sentirá una sensación agradibilísima, el día que pueda dejar decentemente de ser un hombre fuera de la ley en activo o en pasivo. Si a los payeses se les hubieran comprado las cosas a precios remuneradores, creo que hubiera habido menos mercado negro y menos ocultación. Pero ¿cómo pagar la contribución si uno no se convierte en un perfecto sinvergüenza? Como en los esperpentos teatrales antiguos, estamos ahora siempre ante un conflicto entre dos deberes.

En otras épocas más fáciles y prósperas, estar ante un conflicto entre dos deberes era un perfecto mal asunto, del que dependía muchas veces la paz, el sosiego y la tranquilidad de una familia. Ahora, esos conflictos se resuelven sin gritar, a base del más fluente y perspicaz empirismo. Desgraciadamente todos hemos debido aprender que la solidez de nuestras cristalizaciones morales depende del valor adquisitivo de la moneda en cada momento.

Esos son los hechos. Esos hechos producen una cierta luz. Cuando pienso en los payeses colocándolos sobre la luz que dimana de las cosas mismas, me considero incapaz de abstraer el estamento, como un todo, de la composición orgánica, básica, del país. No puedo remediarlo. Los payeses forman el otro mundo, pero forman un mundo inseparable de ese en que ustedes viven.

Hablar de payeses, tratar de ahondar un poco en su manera de ser tan peculiar, me da la impresión de hablar del país en general. Después de todo, pocas, escasas familias del país pueden considerarse absolutamente desligadas de una ascendencia payesa clara. Los núcleos de población concentrada, en Cataluña, eran hace muy pocos decenios poblaciones que vivían del campo. La industrialización en Barcelona tiene un siglo escaso. En Barcelona viven medio millón de personas cuyos abuelos fueron payeses. Ello

hace que la psicología general del país se encuentre afectada por esta ascendencia indubitable. Claro está que en los núcleos más o menos afectados por la vida moderna la nota payesa está, según las personas, más o menos acusada. En los núcleos industrializados, sucede como en la aristocracia, en el comercio, en las profesiones liberales. El fondo payés es casi unánime. Cuando en estos estamentos aparece una personalidad importante, da siempre la impresión de un payés mejorado, perfeccionado, menos sujeto a contradicciones, más claro en cierta manera. Se trata, sobre todo, de un mejoramiento en la mentalidad, en la dialéctica, en la decisión, en el carácter. El payés es un ser a medio hacer, incompleto, mantenido en una indeterminación constante, de una vaguedad psicológica considerable. Cuando su manera de ser es transportada al torbellino de la vida moderna, cuando su psicología se desplaza a otros campos, entonces las formas flotantes de su espíritu pueden dar origen a personalidades muy completas y muy formadas. Mi observación me lleva a pensar que toda manera de ser básica puede mejorarse, con la condición de no perder del todo las características primitivas, las condiciones esenciales. Un excelente amigo mío suele decir, con frase muy atinada, que las mejores personalidades del país se parecen siempre a los payeses, sin que tengan de la clase, en el fondo, ni el menor resabio.

MECANISMO PSICOLÓGICO

Hay una cualidad que yo reputo magnífica en las personas que la tienen; quiero decir la absoluta indiferencia, lo que no excluye el respeto mutuo que como hombres nos debemos. Yo no creo en las diferencias humanas y menos en los grandes hombres y admiro a las personas capaces de no perder un solo momento pensando en la cartera de los demás o en su prepotencia. Lo que decimos en mi país encogiéndonos de hombros: *Qui tingui més que sopi dos cops…!*, me parece excelente.

Sin embargo, parece cada vez más difícil encontrar esta clase de personas. El número de mendigos bien trajeados, de aspirantes a parásitos, de aduladores y de rastreros es creciente.

Mirando las cosas bajo este punto de vista, los payeses aparecen como algo muy curioso. Raras veces se mantienen en un terreno de absoluta indiferencia. Ante los demás y ante las cosas, toman partido. En el fondo de estas tendencias, suele haber, muchas veces, un interés personal y concreto. Se está contra ese o contra eso, por razones específicas. Se está por ese o por eso —en términos que exceden a veces no solo la adulación sino que llegan a posiciones rastreras— por impulsos igualmente concretos. En general los payeses adoran hasta el fanatismo todo lo que consideran más fuerte que ellos; en cambio tienen un desprecio absoluto por lo que es más débil. Es siempre posible encontrar un payés dominado por uno u otro matiz de la sensualidad en su forma más cercana a la glotonería. En cambio, sus residuos de sentimentalismo son escasísimos. Cuando esta falta de sentimentalismo va acompañada de un gran carácter, de una profunda rectitud y de una superación de la visión meramente egoísta del mundo exterior, el payés —el de aquí y el de todas partes— da a mi entender el tipo más elevado, más superior de la especie. Da el hombre ecuánime, justo y discreto.

Ante los espectáculos de adulación y de servilismo que, a veces,

he presenciado con payeses como ante los de sentido contrario —los de desprecio y de despecho que también he visto— me he preguntado a menudo qué fondo de verdad y sinceridad pueden tener tales movimientos. Lo que a uno le desorienta en ellos es el exceso mismo que los caracteriza. Las exageraciones en que incurren, parecen tener por causa el temor de ser considerados sinceros, de sonar lo que dicen a falso o al menos a algo no totalmente latino. Pero lo curioso es que muchas veces, cuanto más subrayan sus sentimientos, cuanta más superficie tienen sus zalamerías y sus caricias, más equívocos quedan. En nuestra lengua, hacerse el payés, no quiere decir, solamente, hacerse el tonto para pasar por más listo; quiere decir también hacerse el listo para aparentar una normalidad rayana en la tontería. La cosa es, pues, bastante compleja.

Aquella cosa frontal, directa y clara que algunos hombres espontáneamente poseen y que llamamos franqueza, es una cosa muy difícil de fingir. Es imposible —hasta en el teatro— de improvisar un hombre franco si esa característica no se posee. No vayan por favor a suponer que yo sospeche que la franqueza sea sinónimo de bobaliconería. La franqueza es síntoma de normalidad vital cuando contiene la astucia suficiente para no caer en el alelamiento o el infantilismo. Y precisamente porque la franqueza es un síntoma de equilibrio, su improvisación es imposible. Tan cierto es ello que cuando encontramos a un hombre que para demostrar su franqueza la postula constantemente, nos abrochamos la americana y nos ponemos en guardia instintivamente.

Los payeses, seguramente porque son recelosos y desconfiados, hablan siempre de su franqueza. La proclaman de una manera tan desplazada que, de entrada, dan siempre una impresión de socarronería —como si buscaran casi por gusto, por impulso gratuito, una segunda jugada. De aquí nace todo un proceso. Al observar que su manera natural de manifestarse suena a falso acentúan entonces la nota de cariño, doblan fácilmente la cerviz y se adhieren, a veces sin ton ni son, a todo cuanto consideran que pueda ser del agrado de la persona que tienen delante. Si, por una razón o por otra, esa persona se encuentra formando parte del sistema de sus conveniencias o de sus proyectos, entonces el subrayado de los sentimientos se lleva hasta las últimas

consecuencias. Pero en ese momento las cosas caen por el otro lado: suenan a más falsas de lo que la simple socarronería daba a entender. Todo queda estropeado por un exceso de celo.

Ello da a los payeses grandes disgustos. Tienen la sensación de no dar pie con bola. Su movilidad psicológica les resulta negativa porque tan ineficaz les resulta su táctica de reticencias como la de las zalamerías.

Es por eso que los payeses no son felices cuando están en la sociedad de las gentes. Se mueven mal. No están a sus anchas. Están mal *a Valse*. Es por esta razón que dan tanta importancia al hecho de tener que «hablar» con alguien. Antes de la conversación piensan y dan vueltas a todos los aspectos que pueda presentar, a todas las particularidades y trampas que pueda tener.

—Si me habla así —piensan— yo contestaré de esa manera; si sale por aquí, yo saldré por allí…

Con lo que han acordado *in mente*, van a la conversación. Si la conversación se desarrolla por los cauces previstos, el automatismo de las respuestas, les da un aire poco natural, poco espontáneo. Si se desarrolla por otros cauces, se produce una confusión enorme y no hay manera de sacar nada en limpio.

Todos esos juegos y preciosismos les fatigan y enervan y acaban por tener, del contacto con los demás, una sensación de fluidez y de inconsciencia que les disgusta. Es decir: les disgusta que los demás sean como ellos. Por esto están tan bien cuando están solos. Lo ven entonces todo claro y límpido, sólido y perfecto. Hacen sus interminables cálculos —generalmente equivocados—, levantan sus proyectos, desarrollan sus ilusiones concretísimas y todo les sale a pedir de boca. La soledad para ellos es el paraíso. Cuando están solos están contentos. Es su modo de estar ideal. En todo payés hay un solitario amargado por la sociabilidad a que se ve obligado intermitentemente, por su pasión y su querencia por el comercio.

En verano cuando los turistas pasan por las carreteras y contemplan las masías se estremecen ante la soledad que ven en ellas. Pero esta gente —se preguntan— ¿qué debe hacer en las largas horas del invierno? En realidad, es exactamente al revés. Lo que positivamente estremecería a los payeses sería tener que convivir cada día con gente.

Un día, mientras el autobús de la línea

atravesaba las deliciosas soledades de Collsacabra oí que una payesa decía:

—Venimos de Vich. Había tanta gente que mi marido no sabía por donde empezar, ni lo que hacer… Hasta me parece que le temblaban las piernas…

LOS TORMENTOS DEL COMERCIO

En todo payés hay un vasto y complejo microcosmos. El payés, desarrolla en el curso del año una infinidad de oficios: es cultivador, es un pequeño ganadero, es horticultor, hace su vino y a veces es productor de aceite. Las casas de campo constituyen fenómenos económicos cerrados, en algunos casos completísimos. El payés, es además comerciante, y es este aspecto de su personalidad lo que le da un sello más inconfundible. Los payeses sienten por el comercio una verdadera pasión, y es en esta pasión donde está la raíz de su malhumor tan fuerte. Como cultivador, como vinatero, el payés es persona de muy buen trato y de mucha consideración dentro de la vaguedad en que vive. Pero cuando se convierte en comerciante aparece un ser hosco, malhumorado, de trato bastante difícil.

Lo mismo da que venda sus cebollas, o sus gallinas, o sus cerdos, o su vaca bien o mal, magnífica o regularmente. Lo mismo da que regrese del mercado con más dinero del que esperaba ganar o con las ganancias exactas que había calculado. No importa en estos casos que el negocio haya sido más o menos opíparo. Siempre lo encontraréis huraño, hosco, la frente surcada de arrugas, mirando de reojo, desconfiado e inquieto. Es posible que luego, en la intimidad del hogar se explaye un poco con la señora payesa en el momento de pasar, una vez más, las cuentas. En público hará, como máximo, observaciones equívocas. Cuando un payés afirma que han estado a punto de robarle, es que ha hecho un buen negocio. Si dice que le han robado, es que el negocio ha sido normalísimo. Si declara que le han quitado la respiración es que ha sido simplemente tan bueno como pueda imaginarse. Eso cuando vende. Cuando compra, su matización es también muy compleja. Si declara que el vendedor era más fino que la ardilla, es que ha comprado lo bueno pagándolo por malo. Si dice que el vendedor era un mal tipo, es que ha comprado como todo el mundo. Si afirma que era un

ladrón de carretera con el aditamento de que si algún día lo encuentra por la noche en un camino huirá de él, como gato escaldado del agua caliente, es que el negocio no ha sido tan bueno como hubiera podido ser. En todas esas historias pone el payés una cosa retorcida y reservada, llena de malhumor y de recelo.

Es lo que tiene el payés de comerciante —y quizá lo que no tiene de ello pensando tenerlo— lo que le priva de gozar un poco de la vida, lo que le mantiene en una sordidez permanente. Los payeses tienen ahora una parte de los billetes. Han hecho obras en sus casas y han comprado y compran muchas cosas. Pero viven como siempre, en medio de su desorden y de su incuria habitual. La clase más apagada y arraigada al suelo, vive, en él, con un aspecto de provisionalidad y de indiferencia inexplicables. En esas masías tan bien asentadas sobre el terreno que parece como si formaran parte del paisaje mismo, los payeses no tienen ni un miserable rincón, si no es la lumbre, donde permanecer un momento con un poco de comodidad y sosiego. Las viejas, magníficas cocinas son cada día menos del gusto de la juventud payesa. Quieren cocinas pequeñas como las de los pisos de los obreros. El *escon*, el maravilloso mueble de las viejas cocinas para estar bajo la campana de la chimenea, es considerado una antigualla sin sentido. Ya verán ustedes como acabarán poniendo silloncitos forrados de amarillo canario, con flores caprichosas, frente al fuego, como en las «casas buenas». Su afición al mosaico es alarmante, tan alarmante como los nauseabundos perfumes que arrastra la juventud agraria los domingos y días de fiesta. Su mal gusto es además de una profundidad indescriptible. Parece que un hombre o una mujer debería tener, por el hecho de vivir ante la Naturaleza, junto con una notoria inmunidad para la sofisticación, un buen gusto claro, naturalmente groserote y denso, pero cierto. Es el revés. Pero en eso, yo no podría exceder la medida. Yo no creo que la gente tengamos gusto, como no creo que tengamos inteligencia. Eso es cosa de muy contadas personas, contadísimas. Nuestro gusto es, pues, el de los demás en cada momento. Cuando lo que podríamos llamar los dirigentes, dan en la nota justa, el gusto es universal. De lo contrario, es pésimo. Formamos, pues, una masa amorfa sobre la cual inciden fuerzas y tendencias ajenas. Barcelona, ciudad formada por expayeses, no sería tan fea como es (me refiero a la Barcelona

moderna) si fuera posible imaginar que aquellos payeses tuvieron en su cabeza alguna forma o concepción del urbanismo. No la tuvieron. Toda su concepción consistió en pagar los honorarios de unos arquitectos considerados como portentos. Su reacción fue meramente pasiva, se dejaron conducir como un rebaño hacia el mal gusto con la misma facilidad que en otros momentos se hubieran dejado conducir al bueno. Cuando los maestros de obras llevaban en su cabeza medidas y proporciones bellas, las casas de payés salieron luminosas y fascinadoras. Ahora que los maestros de casas han perdido toda noción de estas cosas, las masías que se construyen, casi siempre demasiado altas, son verdaderos esperpentos. El gusto —el bueno y el malo— es cosa de los demás, es la incidencia, sobre un estado de informulación, de una fuerza externa.

Pero mi idea es que aun dentro de formas absurdas, desgraciadas o inexplicables, se puede estar con un cierto ánimo considerado y en equilibrio. Y eso se ve en los payeses.

Ello es debido, a mi entender, a que el payés es un ser tan embargado y poseído por las ansias y las náuseas del comercio, que ello le ocupa todo el tiempo que las faenas del campo y la cría de los animales le dejan libre. Si no tiene tiempo para entrar un poco cada día en los métodos modernos de la agricultura racional, si es tan rutinario y anquilosado; si no cree prácticamente todavía en los microbios ni en la profilaxia; si está meramente entregado a un casualismo de una puerilidad ridícula, ¿cómo es posible que se ocupe de las formas exteriores de su propia vida? El payés no tiene tiempo de nada. Se pasa la vida haciendo oposiciones a comerciante. La pasión del comercio le ocupa noche y día. Y dado que en ese concurso no hay nadie que diga al payés si sirve o no sirve para el comercio, muchas veces sucede que se pierde un temperamento y una vida tratando de llegar a lo que indefectiblemente no se puede. Los payeses están casi siempre de mal humor porque se empeñan en ser comerciantes sin serlo. El dinero les corroe. De las cosas, de sus productos, lo que menos les importa es su calidad y su bondad. Lo único que les conmueve es lo que les darán por ellas. No comprenden que mejorando su trabajo obtendrían mucho más que con sus cubileteos mercantiles. Cuanto más intención quieren poner en sus cosas, más pueriles son los

resultados. Son personas que no están acabadas de construir, bastante informuladas.

MATICES DE LA INSATISFACCIÓN

Hay personas —y esas personas se encuentran sobre todo en las ciudades— que ante cualquier trance de la vida, ante cualquier problema de una cierta importancia, se dirigen indefectiblemente a una persona amiga, a una persona de confianza y le preguntan:

—¿Qué haría usted? ¿Podría usted decirme lo que debería hacer yo en ese caso?

Los payeses, en cambio, saben en todo momento lo que han de hacer. Ello no quiere decir que lo que creen que se debe hacer en cada momento sea necesariamente lo mejor y lo más excelente. Lo que no tiene duda es que un payés sabe en todo momento lo que debe hacer. Para saber lo que ha de hacer no pide jamás consejo. Sucede, sin embargo, a menudo que la cosa que el payés cree que ha de hacer es pedir un consejo —*demanar un parer*. En ese caso, no se dirigen a las personas consideradas por la generalidad como de mejor consejo, ni a los diletantes del consejo, ni a los aficionados a darlos, por más viveza que desarrollen ni por más fama que tengan. Este problema es muy curioso y, a pesar de la mucha información recogida sobre el mismo, no he podido explicarme por qué razón los payeses piden consejo a una persona con preferencia a otra, o viceversa.

Lo único que me parece haber comprendido es que en ellos existe una tendencia a acercarse generalmente a las personas que, dentro de las posibilidades, les dará, si no toda la razón, al menos un poco de razón. Tales personas son consideradas por ellos como absolutamente serias. Si puede ser, toda la razón. Si no puede ser toda, al menos un poco de razón. Si la persona a la que le pide el consejo comete el error definitivo de no darle al menos un poco de razón, dicha persona no forma parte ya del gremio de las personas serias.

Me parece que entre las cosas que jamás haría un payés sería

escribir una carta a un periódico para denunciar un hecho. Y eso no porque el escribir les disguste, como en realidad les disgusta. No. Escribir una carta, denunciar un hecho es una reacción eminentemente ciudadana y que dimana, por tanto, en la mayoría de los casos, de personas que no saben en todo momento lo que deben hacer. Una vez hablaba con un payés de una carta, aparecida en un periódico, en la que una señora se quejaba del insomnio que le producía el canto de un gallo que poseían los vecinos del tercero.

—¿Y esa señora qué piensa hacer? —me preguntó.

—Por el momento ha escrito esta carta…

—¿Qué tiene que ver una cosa con otra? Esa señora no sabe lo que tiene entre manos. Si yo estuviera en su lugar, hubiera ido a ver al abogado, ¿comprende?

También es muy difícil de saber de antemano qué es lo que hace mover a los payeses, y qué les hace no moverse. La adivinación es prácticamente imposible. A veces tienen asuntos que uno, desde el exterior, reputa como graves o, al menos, importantes y se queda uno sorprendido al contemplar que ante ellos permanecen como adormilados, totalmente indiferentes. En cambio, ante otros, que al parecer son puras cominerías, reaccionan con violencia y se disparan como mujeres histéricas.

En este caso, sus movimientos son clarísimos. Lo primero que hacen es dirigirse a un abogado, a *l'advocat*. Si a las primeras de cambio el abogado les dice, optimista y alegre:

—Nada, nada…, ya lo creo. El asunto está ganado. Tiene usted toda la razón…

Quedan radiantes y contentos. Al salir de su despacho, dicen:

—Ese señor es una eminencia… ¡Quién lo había de decir!… ¡Me ha entendido en seguida!…

Si el abogado les escucha atentamente y a la postre les da solo algo de razón, se quedan muy serios y dicen:

—Se ve que es un señor que tiene mucha conciencia y mucha calma. *Haurem de deixar pixar al matxo*… Tengamos paciencia…

Si de buenas a primeras se produce el desengaño, no tienen pelos en la lengua:

—*Quina aranya…!* ¿Ha visto usted? De haberse descuidado, me hubiera negado el pan y la sal… ¡Qué tipo!

Si los payeses se dirigen a esa clase de facultativos, no es porque tengan de los abogados una idea seráfica y entusiasta. No. Les consultan porque para eso están precisamente. Una vez me decía uno de ellos:

—No sé dónde iremos a parar con esos *pixatinters*. Quieren cobrar siempre. Si no tienes razón, cobran. Si tienes razón, también. Estos hombres siempre cobran… Mire usted si uno habrá visto cosas después de tantas guerras y jaleos, pero le confieso que, cuando veo a uno de esos tipos, se me pone la piel de gallina…

Muchas veces, a pesar de las seguridades dadas y de las promesas hechas, el payés queda chamuscado. Aparece entonces deprimido y con el rabo entre piernas. En vista de lo cual deja correr el asunto. No es que el asunto quede olvidado. Queda simplemente archivado en su memoria y pasa a formar parte de su determinada concepción de la vida, concepción que se caracteriza por su falta de ilusiones y de amenidad. Es otro dato a añadir a los de su experiencia.

En tal caso, cuando hablan de un asunto en público, no se les ocurre jamás plantear la posibilidad de haberlo perdido por no tener razón o por un error de tal o cual origen. Ellos dan siempre la impresión de haber sido vencidos por la fuerza. A la fuerza la respetan, la temen y, en el fondo, la admiran. Dicen copiosa y sentenciosamente:

—*Contra la força no hi ha resistencia…!*

Los payeses parecen tener como una especie de incapacidad fundamental para sentir la dimensión pública de los asuntos. Para ellos todo es privado. No hay más que intereses personales y concretos. La querencia que tienen a consultar al abogado lo demuestra. Ellos están siempre, pasivamente desde luego, con la política de cada momento, porque consideran que no hay políticas distintas. Todo es siempre lo mismo, porque no hay más que intereses. Si les decís:

—Esos son los del látigo…

—*Ja en posarem un bon tros a l'olla…*

— afirman.

Si les hacéis observar:

—Estos son los de la manga ancha…

—*Ja farem unes bones torrades…* —contestan.

LAS TRES COSAS BÁSICAS

¿Cómo romper esta costra terrible, antigua, durísima, que aísla a los payeses, que crea, al margen de la vida moderna, un mundo aparte, el otro mundo?

En esa clase de asuntos es muy delicado generalizar. No se puede, honradamente hablando, generalizar. Este otro mundo a que estoy haciendo referencia, no es, en todo caso, impermeable, insensible a toda influencia exterior. No. Cuando pienso en la vida que se llevaba en la época de mi infancia en las masías y la vida que se lleva hoy en muchas de ellas, constato un enorme cambio. Son las condiciones materiales de la vida humana las que transforman la mentalidad. En muchas de nuestras casas de campo han cambiado profundamente las condiciones de la vida humana. La mentalidad de sus habitantes ha acusado el cambio de una manera automática.

Cuando pienso en la vida campesina de cincuenta años atrás —vida que casi he alcanzado—, no puedo compartir los ditirambos que he oído en ocasiones a muchas personas, a veces a distinguidas personas, sobre las excelencias de la vida antigua. En la mayoría de las casas no había apenas agua para lavarse. No había luz. Los candiles de aceite apestaban el aire. Personas y animales vivían en medio de la mayor suciedad. Yo he oído sostener todavía que las cuadras mejores, quiero decir las cuadras en que los animales están mejor, son las que están llenas de polvo y telarañas. Los payeses vivían en un ambiente de magia permanente, de milagro constante. Si el huerto o los frutales se llenaban de parásitos, ello era considerado una mera desgracia ineluctable. Si no se producían, es que se había operado un milagro. Ante la enfermedad de un animal, la magia tomaba proporciones gigantescas. Se llamaba al veterinario para demostrar a los vecinos que se había hecho todo lo posible; pero luego, como factor realmente activo contra el morbo, se llamaba al curandero y se escuchaban las oraciones que él

recitaba poniendo los ojos en blanco. Era algo escandaloso, inenarrable. Los payeses vivían en un ambiente de rasputinaje.

En el aire del campo se mascaba el aislamiento, la desconfianza. Las personas que han sido en los últimos decenios aficionados a la caza y han conocido masías alejadas, conocen el sabor de ese aire. Los payeses, siempre al acecho, al notar que se acercaba una persona extraña, se encerraban en casa. Los chiquillos tenían un aspecto espeluznante. Uno trataba de establecer conversación y todo el mundo se hacía el sordo. Era un ambiente fantasmal. En realidad no había ni amigos, ni vecinos, ni parientes, ni conocidos. Los vecinos pasaban la vida entera mirándose de reojo. Hablaban como si su ilusión máxima fuera la de engañarse mutuamente.

En una casa —todo el mundo lo sabe en los alrededores— pasan dificultades. Los vecinos se preguntan, *in mente*, lo que hay que hacer. Así pasan los días. Los interesados se las van componiendo de mal en peor. Un vecino, el más sensible, llama al atardecer a la puerta. Al atardecer, para no ser visto. Los de la casa entreabren una rendija en la puerta, después de un ruido de cerrojos y llaves.

—¿Qué sucede, qué quiere…? —preguntan desde dentro.

El visitante se ofrece, asegura que si necesitan algo…, etc.

—Ya lo miraremos, ya lo miraremos… —contestan.

Y cierran.

En las masías se vivía en medio de un miedo cerval, insuperable. Yo he oído contar de chico espeluznantes historias de ladrones, de secuestros, con vívidas descripciones de las cuevas donde vivían los ladrones y los secuestrados. Era algo que hacía poner los pelos de punta —los residuos de bandidaje dejados sobre el país por las guerras civiles. Tales historias, la obscuridad que reinaba en las casas, las fantásticas sombras que la luz de los candiles proyectaba sobre las paredes y los techos abovedados, mantenía a la gente en un pánico constante. Todo el mundo se encerraba. La cantidad de llaves de uso constante era desorbitada. Un ruido cualquiera, siendo solamente impensado, producía una angustia extraña. Antes de acostarse, todo el mundo miraba debajo de la cama, el fondo de los armarios. Los hombres dormían con la escopeta al lado. Era muy desagradable.

No digo que todo eso haya hoy desaparecido. Lo que sí me

permitiré afirmar es que hay grandes diferencias de mentalidad entre los payeses que viven en casas normalmente comunicadas y cómodamente accesibles, y los que habitan casas aisladas. Llamo ahora casas aisladas aquellas cuyo camino de acceso no deja paso a una segadora o a una trilladora. Las mismas diferencias de mentalidad veo entre las casas que tienen agua y, por tanto, la posibilidad de una higiene mínima, y las que no la tienen. Pero quizás lo que imprime más carácter es el disponer o no disponer de electricidad. Hay, por ejemplo, diferencias inmensas, perceptibles en los menores detalles, entre los pueblos payeses que tienen luz eléctrica y los que todavía no la tienen. Hasta la gente tiene otra cara, otro lenguaje, otras maneras, en una palabra. Lo que señala de un modo más claro y comprensivo las características de la vida moderna y las de la vida antigua es la luz, la electricidad. En las masías, más todavía que en los pueblos rurales, esa diferencia es aumentada. Ello implica pasar de la época de las brujas, de los fantasmas y de la magia, a un tónico y salubre escepticismo, moderno y agradable. Los pueblos agrícolas, por pequeños que sean, que tienen la suerte de tener luz, agua y cloacas —lo cual es rarísimo—, ofrecen unas condiciones de vida relativamente potables.

Los tres elementos son absolutamente básicos, fundamentales, en todo posible intento de mejora de las condiciones de vida en el campo. Una masía sin acceso posible se convierte en un drama rural. Y sin embargo es grande el numero de ellas a las que se llega con dificultad luego de un recorrido largo y difícil, por un viejo camino tortuoso y traqueteante, que se transforma en un auténtico cenegal durante los largos meses de invierno. En muchos casos esos caminos son cavados bajo el nivel del terreno y están bordeados de altos taludes por los que puede transcurrir con dificultad un carro. Esas casas están destinadas a desaparecer, sobre todo por dos razones: primero, porque no puede existir una valorización normal de los productos de la tierra sin un sistema de transporte elemental; segundo, porque las explotaciones agrícolas que no pueden segar y trillar a máquina implican su mantenimiento en una base arcaica totalmente superada.

No es necesario ponderar, me parece, la importancia del agua en una explotación agraria y en una casa de campo. Si el agua

representa un esfuerzo normal o, simplemente, desproporcionado, tarde o temprano la casa será abandonada a su ruina ineluctable.

Y de la electricidad en el campo, ¿qué no podría decirse? Es un asunto literalmente sensacional. Es pasar de muerte a vida, dicen los payeses con su lenguaje. Y es verdad. En nuestro país, la electrificación del campo apenas si se ha empezado. La electricidad cuando existe no sirve por el momento más que para la iluminación de la vida familiar y para regar. Ahora, en algún caso, para hacer funcionar un aparato de radio. La electricidad aplicada a la agricultura propiamente dicha no se ha dado todavía y prácticamente se ignora la inmensa cantidad de cosas que pueden hacerse con la electricidad. Nuestros nietos o tataranietos quizá lo sabrán. La electricidad es no solamente el factor que contribuye de una manera más eficaz a hacer agradable la vida en el campo, porque hace soportable el aislamiento y la morosidad, sino que transforma literalmente las condiciones de la vida payesa, haciéndola más cómoda y amable y uniéndola a la marcha de la generalidad.

Hablan a menudo los observadores del desastroso fenómeno de la emigración del campo a la ciudad. Hemos de desengañarnos. Ese fenómeno es ineluctable mientras las condiciones de la vida campesina sean, en muchos casos, perfectamente desagradables. La electrificación rural es, por el momento, una pura ilusión de nuestro espíritu. Pero la iluminación rural debería proseguirse hasta que fuera una realidad. Una casa inaccesible, sin agua y sin luz, está destinada a ser abandonada. Está destinada a ser fatalmente abandonada. Eso lo saben quienes conocen las condiciones de nuestra vida rural. La emigración arranca no solamente de un problema económico; es también un problema social, espiritual. Las condiciones materiales de la vida transforman la mentalidad. Y esa anhelada transformación cuando no puede resolverse por los medios normales, se resuelve abandonando la tierra y la libertad.

LAS CANCIONES POPULARES

Caminar al anochecer tiene en otoño una suave melancolía. Los payeses regresan a sus casas en los viejos y chirriantes carros que tienen la rústica melodía antigua, casi romana, de la agricultura más primitiva. Los jóvenes viajan ya en bicicleta y su movilidad por la región es extraordinaria; los días de fiesta se trasladan desde sus masías a los pueblos para asistir al baile o hacinarse en un cine rural, con un aire espeso de calor humano. En mi viaje yo no envidio esta velocidad. El crepúsculo, con sus tonos de mil suavísimos matices, se saborea deliciosamente yendo al paso y con un cigarrillo en los labios, que se apaga de cuando en cuando si vuela la imaginación. Antiguamente cuando se iba en carro, cuando se caminaba, venía con fácil fluidez una canción a los labios. Hoy con las bicicletas esto se ha perdido y estas horas del crepúsculo son tan yertas como las demás horas del día. Las viejas canciones populares han dejado de ser una válvula de escape de nuestros pueblos, es decir, han dejado de ser populares. Así, pues, no es necesario recordar una vez más que del campo han desaparecido toda poesía, toda música popular, todo relato tradicional y antiguo. Los jóvenes payeses no cantan más que la zarzuela y la música de los negritos.

Don Rafael Puget me solía decir que en su adolescencia —hace sesenta años— todavía oyó cantar, en diferentes lugares del país, sobre todo en Collsacabra, las viejas canciones flotantes en la tradición popular.

—Y hoy cuando oigo cantar al «Orfeó» nuestras canciones —solía acabar lamentando—, me asalta una inmensa tristeza. Ello me demuestra que nuestra música popular ha muerto. El «Orfeó Catalá» es la arqueología, el panteón de nuestra música.

Así, pues, hace sesenta años todavía tenían vida propia las sabrosísimas canciones populares, llenas de fuerza y de encanto.

Luego, de pronto, formando casi un tajo en seco, esas canciones fueron substituidas por esperpentos musicales provenientes de los teatros de Barcelona, proyectados sobre el país por los bolos comarcales. Esos bolos fueron los gérmenes de la transmisión, pero la causa de ella, ¿cuál fue? ¿Es que la gente abandonó unas canciones por considerarlas de baja calidad para substituirlas por otras por considerarlas infinitamente mejores y de más belleza y sensibilidad? Eso lo podrán creer las personas que creen en el progreso indefinido en todos los aspectos de la vida humana. Pero ese progreso indefinido, cierto, incuestionable, grandioso en el aspecto de la reflexión mental, científica, práctica, está coincidiendo con un descenso prodigioso de la calidad. El hombre de hoy tiene ante la realidad una suma de conocimientos prodigiosos, pero no tiene gracia y lo pasa cada vez peor. En otras épocas caracterizadas por la más crasa y profunda de las ignorancias se producía a veces un destello luminoso de gracia.

Puget creía que el origen de la substitución estaba en las características mismas de la vida moderna, vida que ha perdido su fondo estático y se ha convertido en un ir y venir incesante. Y con los hombres que van de una parte a otra sin parar, viajan todos los valores de la cultura y del arte: las fórmulas matemáticas, los instrumentos científicos, las obras de arte, las melodías. Y lo que llega último siempre se adapta, porque suele ser presentado en forma vulgarizada y facilitada. Y así, aquí, como en todas partes, nuestras delicadas, bellísimas canciones, han sido substituidas por los bramidos del *Mujer, primorosa clavellina…* o el *Relicario*, canciones que Manolo Hugué solía, entre otras, cantar cuando quería dar una idea simple, precisa y clara del grado de estupidez profunda a que pueden llegar el hombre y la mujer cuando sienten la necesidad biológica de berrear solos o ante sus amistades. La cosa ha ido *in crescendo* en los últimos años, gracias a la inseguridad del gusto de la burguesía, que es inenarrable. Contemplar a la gente del país cantando la zarzuela o el folklore andaluz es algo tan grotesco y delirante que llega a poner la piel de gallina. Pero eso es perfectamente sabido y archivado. Si algunos de ustedes se toma la molestia de leer los pensamientos de Goethe, traducidos por don Juan Maragall, encontrarán uno que dice: «El hombre inteligente encuentra que casi todo es ridículo; el hombre sensato, casi nada».

Cuando las canciones populares se perdieron, algunas personas distinguidas se lanzaron a buscarlas, como quien trata de atrapar mariposas en verano. A nadie se le había ocurrido que estas simples melodías construidas sobre textos admirables, por su laconismo esquemático, constituían un tesoro prácticamente inagotable. Cuando las canciones populares eran realmente populares, a nadie se le ocurrió publicar las cien mejores canciones de esa clase. Lo que se publicaba entonces eran mamotretos hinchados, retóricos, puras temeridades de la ignorancia. En Cataluña, durante tres o cuatro siglos no se han publicado más que especímenes de esta clase. Eso es lo que se dio como eterno. Pero lo que dura y durará siempre son las canciones populares.

Cuando las personas distinguidas a que estoy aludiendo hubieron recogido esas canciones, los orfeones y masas corales se apoderaron de ellas y las cantaron con una perfección tan grande como jamás habían sido cantadas. Pero ello acentuó su aspecto de objeto de vitrina de museo y así han quedado. Es decir: lo que fueron un día canciones populares se han convertido en canciones para poca gente, en canciones gustadas por las personas más refinadas. La gente canta la *Casita de papel*, el *Bésame mucho* y el «¡Te quiero tanto!», para citar lo que oigo susurrar a los jóvenes payeses o albañiles que se cruzan conmigo cuando alguna vez me paseo por las carreteras del país. Y no hablo ahora de los que tienen una voz más aterciopelada, los cuales se dedican a cultivar, principalmente, la música de los negritos americanos. Todo ello me haría morir de risa, si no fuera tan trágico. Y digo trágico, porque si se pone en contraste lo que la gente canta con el paisaje, con el maravilloso paisaje del país que sirve de marco a esos esperpentos musicales, uno se da cuenta de que la capacidad de cretinización universal de los hombres y de las mujeres, de todos y cada uno de nosotros, es inenarrable, insondable. Los progresos que se están haciendo cada día son reales.

A mí me hubieran gustado dos cosas en la vida: saber tocar el piano y saber cantar. Las personas que hemos tenido que hacer una vida bastante solitaria, hemos añorado no saber tocar el piano, que es el instrumento, creo yo, más adecuado para las personas solitarias. Pero de haber podido escoger, a mí me hubiera gustado saber cantar. Y no precisamente para obsequiarles a usted con los

pinyols y portentosas filigranas de mi garganta. Me hubiera gustado saber cantar a coro, con los demás, para fundirme, para integrarme en las formas humanas de la música de las esferas, o bramido del gran animal de la Naturaleza, para decirlo en términos filosóficos. Tengo observado que la gente que canta en coros, orfeones, corales y en una forma u otra, de esos tinglados musicales, es gente chocarrera, alegre y conformada. En los pueblos más civilizados, más cultos de la tierra, se canta sin cesar, y la Iglesia ha hecho muy bien invitando a la gente a cantar.

Tales eran las reflexiones que iba desarrollando a través de mi camino cuando caía la tarde suavemente, con una dulzura lánguida otoñal. Y me venía a la memoria una canción que oí cantar, en catalán, años atrás en Cerdeña, y que dice:

Mariner, bon mariner.
Déu vos dó bona arribada; haveu vist o conegut al meu amador de França?

Esta canción, que es muy bella, la hemos susurrado, con Juan Bautista Solervicens y otros amigos sardos, italianos y franceses, en el Café Greco, en Roma, ante la sorpresa creciente de la clientela internacional de aquel Café, que nos guarda tantas horas de la vida pasada.

De esta y otras canciones me resta todavía un recuerdo inolvidable, punzante. Estas canciones antiguas que cuadran con nuestro paisaje, con nuestra manera de ser, que tienen esas raíces sentimentales jugosas, esenciales, hincadas en nuestra cultura más auténtica y primitiva y que, como las viejas cepas de nuestros campos, presentan luego la púrpura y el oro de la melodía más viva.

Recuerdo a este respecto una canción irónica, con un punto de sarcasmo picante:

El Jutge està malalt.
Jutge de l'Audiència, el van a visitar, passen de més de trenta.
No hi van pel Jutge, no.
que hi van per la Jutgessa.
—Jutge, quan seràs mort, quin marit vols que prenga?
El del barret rodó o el de la capa verda?
—Calla, calla, muller.
deixà'm sortir d'aquesta.

Te'n trencaré un braç.
i els ossos de l'esquena.
—Calla, calla, marit; no en sortiràs d'aquesta.
Te'n faré un parell d'ous.
amb una salsa verda, te'n faré fer un vestit folrat de panyo negre.
Vindran els capellans.
cantant el leri-leri, jo em vestiré de dol i vindré al teu darrera.
La gent, quan em veuran.
diran: Quina viudeta!
Jo n'abaixaré el cap, faré la rialleta…

Puertecilla es esta letra. Estamos ante la vida —ante la vida eterna.

El pueblo, antes lejano, se va acercando. La noche empieza ya y la hora de las canciones, al llegar al pueblo, se acerca. Por el ventanal del bar nos llega una ruidosa algarabía: la radio, puesta a todo gas, proclama un melodramático, un grotesco *racconto* de zarzuela. Hemos regresado otra vez a la escalofriante y vacía vida actual.

LA VIDA RURAL

La insensibilidad de los payeses, pienso mientras camino, para captar el aspecto público de los asuntos explica el abandono espantoso que presentan los pueblos campesinos. Es algo que produce una inmensa pena. No son más que montones de casas habitadas, sin vínculo alguno colectivo. Esos pueblos no son tales pueblos porque nada hay en ellos que sea común. Son una aglomeración de casas que, por las mismas razones, podrían estar desperdigadas y sueltas. En ellos se vive como si todas y cada una de las casas estuvieran aisladas entre sí.

En estas pequeñas aglomeraciones no hay en realidad más que tres cosas genéricas: el comadreo, el transporte en común (cuando lo hay) para ir al mercado, y el secretario del ayuntamiento para el inmenso papeleo actual agrariosindicalista. A esas tres cosas podría añadirse el baile de tarde o de noche que los domingos a veces se celebra. Pero en muchos de esos pueblos no hay ni tan siquiera baile.

En lo demás, la insolidaridad, en el plano de la integración, es completa. No hay rastro alguno de ilusión o de ideal; rastro alguno de interés colectivo; el menor deseo de mejora de ninguna clase; la absoluta desgana, incluso, para la conversación de lo existente. La soledad es total. El individualismo, feroz. La gente está de un mal humor permanente. Un mal humor, ¿por qué?, preguntarán ustedes. No lo sé. No lo he sabido jamás. Pero el mal humor existe. Os reciben siempre con el mismo mal humor, os hablan con el mismo mal humor, os despiden con un humor de perros. Son gente que no quieren tener prójimo, que no están para nada —que no están más que para ellos—. Uno queda absolutamente abrumado ante el hecho de la inmensa felicidad que se puede llegar a tener en este mundo a base del acortamiento, de lo chato, de la pequeñez. Si en estos pequeños pueblos no existiera una iglesia; si, de tarde en tarde, no

fuera posible encontrar al lado del presbiterio un cura desligado de los intereses mera y ferozmente inmediatos y en el café, algún pobre maestro de escuela lleno de curiosidad y de buena fe, algún secretario de ayuntamiento activo, simpático y abierto, estos pueblos serían como aduares de ínfima categoría. Es una auténtica vergüenza.

El pasado verano, un joven cura párroco de uno de tales pueblos me decía:

—Aquí tiene usted este pueblo. Tendrá más de dos mil años de existencia. Es una *villa* romana antiquísima. La tradición no puede ser más aquilatada ni más auténtica. Pero ¿qué es la tradición? Me lo pregunto cada día. Estos hombres, mis feligreses, no están, en general, interesados más que en las cosas puramente materiales. Adoran sus vacas, sus yeguas, sus patatas y su maíz. No les interesa más que eso. Y eso les interesa puramente con vistas al mercado, para venderlo. La limitación es inenarrable. La pequeñez, inmensa. El pueblo, como tal, no existe. No existe el menor interés en común entre sus habitantes. Las escasísimas cosas de administración colectiva no les importan nada y si pudieran prescindir de ellas lo harían. Sería como si les quitaran un peso de encima.

Y, como pasáramos por delante de la puerta del cementerio, el cura me dijo, entristecido:

—En realidad no les interesa ni esto…

Pregunto al joven tonsurado:

—¿Usted ha notado en nuestros payeses alguna especial capacidad para el sentimiento religioso?

—En la mayoría de los casos viven demasiado apegados a la tierra —me responde.

Y poco después mi interlocutor añade:

—A veces surge en el pueblo uno de esos locos de tipo activo y emprendedor que tanto abundan en nuestro país, el cual les dice: «¡Hemos de hacer fútbol!». Y entonces surge una pasión frenética por el fútbol. Al año, o aproximadamente después de hablar de fútbol día y noche, todo se viene abajo y el fútbol desaparece. Otro año, el loco de tipo emprendedor es de tipo ciclista. El ciclismo se inicia esplendorosamente y acaba todo el mundo por tener bicicleta. Luego, de la misma manera que la pasión se produjo, desaparece. El año que les digan: hay que andar a gatas… no le quepa a usted

duda: andarán a gatas noche y día.

En esos pueblos tan susceptibles ante cualquier novedad o tontería, tan fáciles de mover en uno u otro sentido, hay sin embargo una cosa salvadora: el espíritu de contradicción siempre latente. Por el mero hecho de que unos se inclinen hacia una cosa, aparecen otros que se mueven sin cesar en el sentido opuesto. Gracias al espíritu de contradicción, la unanimidad no se produce, afortunadamente jamás. Si se produjera sería como vivir en un agregado de locoides y de lunáticos. Algo indescriptible. Todo eso es cierto aplicado a los diversos aspectos de la vida. Sorprende, por ejemplo, el fanático, feroz esfuerzo que hacen los payeses para vivir peor que en los barrios más pobres y destartalados de las grandes ciudades. Aborrecen la limpieza, el sol, la naturaleza, el color, la higiene. El aire viciado y nauseabundo que se respira en ciertas casas de campo es algo sorprendente. Familias arraigadas desde siglos en un punto determinado del país, viven con la misma impresión de precariedad y de provisionalidad del primer día. No es necesario recordar una vez más la falta absoluta de interés de los propietarios rurales, que no viven en sus fincas, por sus propiedades. De ellas no les interesa más que ordeñar la renta hasta la última gota para poder beber café con leche e ir al cine. Pero a los payeses que viven en ellas tampoco les interesa, por más dinero que de ellas saquen y por más decenios de permanencia que lleven en ellas. Habiendo la propiedad desertado de sus fincas, el contrato de masovería es fatal para la continuidad de las casas. Es un contrato que solo produce ruinas. Por eso está bien y es positivo para los intereses generales, que la propiedad pase —legalmente, claro está— de los propietarios desertores a los masoveros. Es la única vaga esperanza que existe para que nuestras viejas masías no se conviertan en ruinosas pocilgas.

No existiendo intereses colectivos ni lazos humanos profundos, sino solamente el denominador de tres o cuatro cosas administrativas genéricas —las quintas, el servicio nacional del trigo, el control de la alfalfa y del maíz—, es natural que se haya perdido toda noción de armonía, de unanimidad, de coro, de comunión colectiva.

No crea el lector que lo que estoy escribiendo es la mera elegía de un intelectual, inadaptado por grotesca pedantería o manía de

grandezas, a la vida de los pueblos. Los intelectuales me divierten poco y la vida literaria me da náuseas. Vivo siempre en los pueblos pequeños. Trato de comprender. Hablo y observo a la gente. Hablar en los pueblos con la gente es cada día más difícil. Acercarse a la población, trabar amistad y conversación con ella tiene grandes dificultades. La gente se rodea de un muro de mal humor y de insociabilidad. Sobre los pueblos campesinos gravita un enorme silencio. A más prosperidad, más silencio. Los payeses parecen haber perdido toda noción del vocabulario indispensable para mantener una conversación general. ¿Cómo podría montarse esa conversación si ha desaparecido todo rastro de ideal colectivo? El vecino es odiado. El rico o el superior es envidiado intensamente. El inferior es considerado con desprecio. El Estado, la provincia, la comarca, el municipio, el sindicato, la hermandad… El payés lucha a brazo partido contra todo eso; pero lucha y al mismo tiempo espera y saca de ello, si puede, el máximo rendimiento posible. Siempre lo hizo, pero ahora desarrolla su actividad corrosiva al máximo porque no lo comprende. Cuanto mayor es el papeleo y sobre todo el papeleo incomprensible, mayores defensas tiene. La gente firma a ojos cerrados todo lo que le ponen por delante. Luego se hace lo que a uno le parece. ¡Ah, el socialismo en sociedades con dos mil años de existencia! Un encanto… Lo que leen: un verdadero encanto.

Ese mundo rural me ha parecido a veces viejo, anquilosado, con una arterioesclerosis muy avanzada. Otras veces me pareció un mundo, pura y simplemente embrutecido. La creciente falta en la gente de un vocabulario para conversar y dialogar es alarmante. Sin embargo, la existencia de esa tabla rasa, de este páramo agostado, es una consecuencia del creciente divorcio entre la ciudad y el campo, que es como decir del creciente divorcio entre la cultura y lo rural. La lengua y literatura se desvían cada día más del pueblo. La lengua y la literatura y el periodismo incluso —sí, el periodismo también a pesar de su tono ínfimo—, están en posiciones que son prácticamente inaccesibles para el pueblo. A los intelectuales no les interesa ya hacerse entender por el pueblo. Se parte de la idea de que el pueblo no existe, lo cual es una perfecta imbecilidad. No se cuenta para nada con el pueblo. La lengua cada vez más apta para la fórmula y para la precisión, no tiene apenas que ver con las

aproximaciones, titubeos, balbuceos del hablar rural. Muchas veces el titubeo es voluntario y deliberado, pero en realidad existe. De aquí que la cultura, lo que se llama en las ciudades la cultura, no ofrezca pasto alguno a la gente. En las barberías de los pueblos suele encontrarse a veces algún diario ilustrado.

—¿Qué leen de esos papeles? —he preguntado alguna vez a los barberos.

—Van directamente a los monos, pero el pie que llevan no suelen entenderlo. Me dicen: «Tú que sabes tantas cosas, ¿qué quiere decir eso?». Se les escapa el contenido del chiste.

¡Pero cómo no se les ha de escapar si estas agudezas suelen ser la flor de aglomeraciones urbanas dilatadas, inmensas!

Una de las cosas más sorprendentes de los payeses es el desprecio que sienten por lo que en las ciudades se llama la inteligencia. Lo que no tiene un interés práctico inmediato no solamente lo consideran inútil y superfluo, sino que lo consideran como algo ínfimo, con unas sobras molestas. Todo lo que está relacionado con el espíritu, con la inteligencia es un estorbo, precisamente porque no es práctico. El interés que se pueda tener por la verdad, por la claridad, por la higiene en todos los órdenes de la vida, no interesa en el campo.

—La verdad —me dijo un día un payés—, no es cosa de compromiso…

Quería decir que la verdad no comprometía a nada. Ello significa que la clase, como tal, desconfía siempre del espíritu y sus trabajos y que ante ellos se cierra a la banda sistemáticamente. No es que yo crea también que entre la teoría y la práctica no exista un mundo de diferencias. En realidad, teoría y práctica son dos valores absolutamente opuestos. Pero aquí lo sorprendente es la cerrazón *a priori* contra uno de los términos, la voluntad de limitación, deliberada y clarísima.

El tema es apasionante e inagotable. Además, entre nosotros, totalmente virgen. En este país, donde hay escrita tanta literatura rural, a pocos se les ocurrió sospechar que existen payeses perfectamente específicos, normales, de carne y hueso.